



MARCADO PARA EL
OMEGA

LA SERIE DI ROMANCE MPREG DEI FRATELLI LUNA

ASHE MOON

Derechos de autor © 2017, 2024 por Ashe Moon

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

MARCADO PARA EL
OMEGA

LA SERIE DI ROMANCE MPREG DEI FRATELLI LUNA

ÍNDICE

¡Recibe M/M en tu bandeja de entrada!

La Serie de los Hermanos Luna

1. Christophe
2. Mason
3. Christophe
4. Mason
5. Christophe
6. Mason
7. Christophe
8. Mason
9. Christophe
10. Mason
11. Christophe
12. Mason
13. Christophe
14. Mason
15. Christophe
16. Mason

EPÍLOGO

Grazie mille per la tua lettura!

Mantente en contacto con Ashe

SIGUIENTE EN LA SERIE...

CAPÍTULO EXTRA GRATUITO

Mantente al día con las ofertas y los nuevos lanzamientos suscribiéndote al boletín personal de Ashe Moon [AQUÍ](#), o escanea el código QR de abajo con la cámara de tu teléfono.



* * *

Si buscas algo más personal, ¡también puedes unirte a mi grupo privado de Facebook, [Ashe Moon's Ashetronauts!](#) Es principalmente un grupo de habla inglesa, pero todos son bienvenidos y estaremos encantados de tenerte. ¡Haz clic en el enlace o escanea el código QR de abajo con la cámara de tu teléfono!



Mi grupo es un espacio seguro para charlar conmigo y con otros lectores, y donde también realizo sorteos exclusivos y anuncios especiales. ¡Espero verte allí!

LA SERIE DE LOS HERMANOS LUNA

La historia de Loch - *Casado con el Omega*

La historia de Vander - *Doctor del Omega*

La historia de Arthur - *Atado al Omega*

CHRISTOPHE



Gran parte de mi primera infancia era un borrón en mi mente, marcada por vívidos destellos de memoria que han vivido conmigo hasta ahora, imposibles de olvidar. Todavía podía recordar claramente la primera vez que logré transformarme en mi forma de lobo cuando tenía cuatro años. Madre y Padre observaban desde un lado, rodeados por las siluetas de mis parientes. El tío Edsel estaba allí, al igual que la abuela. Arthur, mi hermano pequeño, también estaba presente. Era solo un bebé, envuelto en los brazos de Madre.

La transformación surgió de forma natural. Padre me había dicho qué esperar, y ya había estado experimentando los precursores de una transformación completa durante semanas antes; mis orejas de lobo brotando repentinamente en la parte superior de mi cabeza, un pie convirtiéndose al azar en una pata, pantalones rasgándose debido a una cola inesperada, ese tipo de cosas. Me encontraba solo en medio de un claro circular en el bosque cerca de la Mansión Luna, con los ojos de mi familia fijos en mí. Cerré los ojos y me concentré en el lobo que podía sentir dentro de mí, luchando por liberarse. Podía sentir mis huesos moviéndose dentro de mi cuerpo. Estaban cambiando de forma, rompiéndose, encajando en nuevos lugares. Cuando abrí los ojos y miré mis manos, las puntas de mis dedos se estaban retrayendo hacia sí mismas, mis uñas se convertían en garras y mi piel brotaba un pelaje oscuro. Por un momento me asusté, pero Padre me había dicho que no tuviera miedo, así que el sentimiento pasó rápidamente y fue reemplazado por emoción. Era un lobo. Había completado mi primera transformación y comenzado mi viaje hacia mi destino como el primer alfa de la familia Luna, líderes de la Manada Luna Creciente.

Los recuerdos de la ceremonia de transformación a menudo se entremezclaban con los de la visita al Vidente alrededor de un año después, cuando tenía cinco años.

Recordaba la mano aparentemente gigantesca de Padre envolviendo la mía mientras

caminábamos por el pasaje iluminado por velas hacia las cámaras del Vidente. El santuario olía fuertemente a incienso de pino, como el humo de un incendio forestal, todo combinado con el sabor metálico de la sangre animal a menudo utilizada para la adivinación. Me asustaba la idea de cómo se usaría la sangre, ¿me empaparían con ella? ¿Tendría que beberla?

—Christophe Luna —dijo el Vidente, su voz áspera como la grava. Vestía una pesada capa de terciopelo negro con una capucha que ocultaba todo su rostro excepto por un hocico largo y canoso que sobresalía de la sombra. Estaba en forma de semi-transformación; parte lobo, parte hombre—. Primer hijo de Basch y Stella Luna. Acércate.

Padre soltó mi mano y dio un paso atrás hacia la oscuridad, dejándome solo. Hice mi mejor esfuerzo por ser valiente, tan valiente como un niño de cinco años podía ser.

—Sí —dije, dando un paso adelante hacia el círculo de luz de las velas.

—Quítate la ropa —dijo el Vidente.

Dudé, inseguro de qué hacer. Miré por encima de mi hombro a Padre, quien asintió hacia mí. Lentamente me quité la ropa y me quedé desnudo en el círculo, con la piel de gallina extendiéndose por mi cuerpo. El Vidente entró lentamente en el círculo de luz de las velas, y un baile de luz iluminó sus ojos debajo de la capucha. Jadeé cuando los vi. Eran blancos lechosos con cataratas, ciegos, pero sentí que podía ver *todo*. Se alzaba sobre mí y movía una mano huesuda y con garras sobre mi cabeza, con la palma abierta. En su otra mano, sostenía el cráneo de algún animal cubierto de cadenas doradas incrustadas con gemas verdes y rojas brillantes. El cráneo contenía incienso, y el humo de pino brotaba de las cuencas de los ojos. Estaba aterrorizado y cerré los ojos con fuerza. Mis orejas se aguzaron al escuchar al Vidente moverse a mi alrededor, sus pies arrastrándose por el suelo de piedra.

El Vidente murmuraba para sí mismo, gruñendo encantamientos y oraciones en un idioma que no podía entender. Abrí los ojos de nuevo. Circulaba a mi alrededor, moviéndose como oscuridad líquida bajo el brillo de las velas, y el humo del cráneo flotaba cerca del suelo, creando una neblina etérea de zarcillos que parecían que iban a alcanzarme y agarrarme. Se detuvo frente

a mí y sumergió un pulgar en una depresión en la parte superior del cráneo. Su pulgar regresó cubierto y goteando sangre. Presionó su pulgar contra mi frente y lo arrastró hacia abajo hasta llegar al espacio entre mis ojos.

—Sí... Sí, lo veo —dijo—. Serás un lobo leal de altos ideales. Te levantarás cuando la ocasión lo requiera para proteger lo que aprecias. Y... —Hizo una pausa e inclinó la cabeza, olfateando el aire—. ¿Qué es esto? Hay algo... Tu pierna.

—¿Mi pierna?

—La marca en tu pierna...

—Es una marca de nacimiento —dije, orgulloso. La marca era una coloración oscura en mi muslo derecho interno, del tamaño de mi palma, y se parecía a la huella de una pata de lobo con una almohadilla faltante—. Madre dice que trae suerte.

—Hmm... Esto no es una marca de nacimiento ordinaria —dijo el Adivino. Agitó el cráneo de animal y una cortina de humo descendió por el aire. Tosí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Padre.

—Esto es... raro.

—¿Qué es? —preguntó Padre con impaciencia.

—Esta es la marca de una pareja destinada —me dijo el Adivino—. Es una marca mística, una de las pocas que aún ocurren. En algún lugar del mundo hay, o habrá, un lobo cuya huella de pata coincidirá perfectamente con esta marca.

—¿Una pareja destinada? —pregunté. Estaba nervioso, sin saber qué significaba esto.

—Sí —respondió el Adivino con su voz áspera. Entrelazó sus dedos nudosos frente a él—. Un alma gemela a la que te sentirás atraído, y de quien te enamorarás profundamente, y ella de ti. La asociación definitiva. La pareja perfecta. Vuestro vínculo no puede ser roto por nada, porque ha sido creado por el destino.

Padre se sentó frente a mí en la parte trasera del coche familiar durante el viaje de regreso. Sacó una botella de cristal de la nevera empotrada en la puerta del coche y se sirvió un vaso. —No existe tal cosa como una marca de pareja destinada, Christophe —me dijo—. Es una tontería.

—¿No existe? —pregunté.

—No, Christophe, no existe. Lo que tienes es solo una marca de nacimiento.

—Pero, ¿cómo supo que estaba ahí? Era ciego.

—No subestimes el sentido del olfato completamente desarrollado de un lobo, especialmente cuando no pueden usar sus ojos.

—¿Tú y Madre no tenéis marcas?

—Christophe, ver al Adivino es solo un ritual que debemos realizar por respeto a la tradición. Lo que debes aprender como el primogénito alfa de nuestra familia, Christophe, es que no existe tal cosa como el destino, excepto por las responsabilidades que tu familia espera de ti. No relegues tu propósito en la vida a ideas románticas.

—Sí, Padre —respondí, y durante los siguientes veintidós años de mi vida mantuve la esperanza de que algún día encontraría al amor destinado de mi vida.

* * *

Caminé por el pasillo para comenzar mi rutina matutina de despertar a mis hermanos, algo que había hecho casi toda mi vida. Me detuve frente a la puerta de mi hermano menor Vander, y contuve mi golpe. Vander se había ido. Se me había olvidado que había dejado la casa para ir al norte en un pequeño "viaje de autodescubrimiento" después de no haber logrado entrar en la renombrada Escuela de Artes de Combate de la Academia Dawn. Siempre había sido el sueño de Vander convertirse en un luchador, así que su decisión de irse era comprensible. Estaría mintiendo si dijera que no estaba un poco celoso. Ser un omega le daba a Vander ciertas ventajas familiares que Madre y Padre nunca permitirían para el resto de nosotros, los hermanos alfa, especialmente yo. Después de todo, yo era el mayor. Tenía la responsabilidad con mi familia de asumir el liderazgo del clan, y eso significaba manejar muchos asuntos familiares, incluyendo el control de mis hermanos menores en nombre de mis padres. Nunca hubo tiempo ni oportunidad para la aventura en mi vida.

Pasé por la puerta de la antigua habitación de Loch. Mi hermano alfa más joven era ahora un hombre casado y se había mudado de la casa familiar hace unos tres años. Eso sí que había sido una sorpresa. Loch siempre había sido el menos disciplinado de la familia. Siempre era difícil para el alfa más joven, especialmente cuando eres el menor de otros tres alfas. Entendía la lucha de Loch, pero nunca fui menos estricto con él. Sentía que la única manera de cumplir con mis deberes como su hermano mayor era ser tan estricto con él como lo serían Madre y Padre. Al final, supongo que funcionó. Se abrió camino a través de la Escuela de Artes de Combate con notas excepcionales, y la omega con la que inicialmente se había casado a través de un arreglo entre familias resultó ser perfecta para él.

A los veintisiete años, yo seguía soltero. El mayor, graduado de la Facultad de Liderazgo Alfa de la Academia Dawn, y por derecho propio el soltero más codiciado de los hermanos Luna. En el fondo de mi mente, supongo que siempre creí que sería el primero en encontrar el amor debido a lo que el Adivino me había dicho sobre mi marca de nacimiento, pero aquí estaba, sin siquiera una sola relación en mi haber.

Nunca había dejado de creer que la marca significaba algo especial, aunque mantuve mis sentimientos al respecto completamente para mí mismo. A veces la miraba y me preguntaba si

realmente había una persona por ahí con una huella de pata que coincidiera con las manchas oscuras de piel, como tinta marrón derramada sobre mi muslo. Se sentía un poco ridículo creer en algo así, especialmente a medida que envejecía. Tal vez Padre había tenido razón todo el tiempo.

Levanté la mano para golpear la puerta de Arthur, pero él la abrió antes de que pudiera hacerlo. —Buenos días —dijo, y me hice a un lado para dejarlo pasar. Los dos caminamos juntos hacia el comedor donde debíamos reunirnos con Madre y Padre para el desayuno familiar.

—Sabes, Christophe, no necesito que vengas a golpear mi puerta todas las mañanas. No necesito que me despiertes.

—La fuerza de la costumbre —dije, ajustándome los puños de la camisa y alisándome la chaqueta—. Ahora que Vander y Loch se han ido, no tengo a nadie a quien mandar. Sé amable conmigo y déjame seguir haciendo lo único que se me da bien.

Arthur esbozó una sonrisa, y nos dirigimos por el pasillo flanqueado por altos retratos pintados de nuestros antepasados, cuyos ojos parecían seguirnos mientras caminábamos. Cuando éramos niños, mis hermanos me seguían de cerca cada vez que teníamos que atravesar este pasillo, agarrándose del brazo o la camisa del otro. Las pinturas me hacían sentir igual de incómodo, pero como hermano mayor tenía que mostrar una cara valiente.

La familia Luna era una de las más antiguas de Wolfheart, y nuestro clan, los Lunas Crecientes, uno de los más poderosos. Cualquier ansiedad que solía tener al caminar por este pasillo de mis antepasados había desaparecido hacía tiempo y había sido reemplazada por orgullo. Cada retrato me recordaba a los grandes hombres y mujeres que me habían precedido, y que habían trabajado para proteger el legado de esta familia. Al final del pasillo, en paredes opuestas, estaban los retratos de Madre y Padre. Eventualmente, mi retrato se incluiría aquí, junto con el de mi futura pareja.

Si alguna vez encontraba una.

No es que no hubiera tenido la oportunidad en el pasado. Había tenido relaciones, pero ninguna parecía funcionar. De quién era la culpa, no lo sé. Tal vez era mía. Tal vez me aferraba a la esperanza de que mi alma gemela predestinada realmente estuviera allí fuera, en alguna parte.

—¿Emocionado por la fiesta de Ian? —preguntó Arthur. Ian era nuestro sobrino de casi cuatro años, el pequeño de Loch. Madre y Padre habían organizado una gran celebración para su cumpleaños esta noche, y se había invitado a varios de los clanes aliados más ricos y poderosos. Para Madre y Padre, sería una oportunidad de socializar con los otros jefes de familia, hacer nuevas conexiones y pulir viejas amistades. Para jóvenes alfas como Arthur y yo, significaba relacionarnos con todos los demás betas y omegas elegibles de otras familias. Arthur me estaba tomando el pelo. Sabía que mi aparente estoicismo hacia el romance era una fachada. Por supuesto que estaba emocionado ante la perspectiva de conocer a alguien. Conocer a *la* persona.

Era difícil ser de alta cuna. Se esperaba de nosotros que nos emparejáramos con alguien que fuera digno, lo que básicamente significaba otros de alta cuna o aquellos con algún tipo de estatus, y ahora que me había graduado de la Academia, había sido difícil conocer nuevas parejas potenciales. Además, estaba tan ocupado todo el tiempo con mis deberes: cuidar de mis hermanos, ayudar a mis padres, aprender las habilidades que necesitaría para eventualmente convertirme en líder del clan. Todo era tan abrumador, y a veces...

A veces deseaba poder escapar de todo. Dejarlo todo atrás.

—Ni de lejos tan emocionado como tú —dije—. Intenta comportarte, Arthur. Es la fiesta de cumpleaños de Ian, no una fiesta de emparejamiento. No hagas que nadie se sienta incómodo. Sé lo condenadamente directo que puedes ser a veces.

—No tengo ni idea de a qué te refieres —respondió con picardía—. Soy amigable.

—Eres un coqueto.

Se encogió de hombros. —Y tú eres un mojigato. Relájate, Christophe. Sabes que Madre y Padre

organizaron esto como una excusa para que conociéramos a algunos bombones.

—No sé si lo diría de esa manera —dije. Tenía razón, pero yo estaba tratando de ser apropiado. De nuevo, fuerza de la costumbre. Tal vez era un mojigato, pero sentía que tenía que serlo. Después de todo, había mucho en juego sobre mis hombros. Pero *estaba* emocionado. ¿Quién sabe? Tal vez algo realmente sucedería esta noche. Cumpliría con mi deber como anfitrión y como el mayor, pero una vez que las cortesías estuvieran fuera del camino y todos estuvieran instalados, haría mis rondas al igual que Arthur.

Bueno, tal vez no *exactamente* como Arthur. Yo sería más comedido.

—Buenos días, Madre. Padre —dije al entrar en el comedor. Los dos ya estaban en la mesa desayunando, mirando sus tabletas.

—Va a nevar allá arriba —dijo Madre—. ¿Crees que Vander esté bien?

—Está bien, Stella —dijo Padre—. Buenos días, Christophe. Arthur.

—Buenos días, chicos —dijo Madre—. Vaya. Miren esto. —Señaló su tableta—. "Misteriosa serie de robos en el Distrito Blackwood, tercera finca de clan atacada". ¿Aún no han atrapado a este ladrón? Qué aterrador. Y el Distrito Blackwood está tan cerca de nosotros.

—¿La policía tiene pistas? —pregunté.

—No parece —dijo, escaneando el artículo—. Entran y salen sin ser detectados. Dice que a veces ni siquiera notan que falta algo hasta semanas después.

—No deben haber estado robando nada importante, entonces —dijo Padre, volviendo a mirar su tableta.

—Poniéndote al día con los acontecimientos actuales, ¿eh, papá? —dijo Arthur, dando una palmada en el hombro de padre mientras se dirigía a la mesa de servicio. Lo seguí. La mesa estaba surtida con la variedad habitual de alimentos para el desayuno, todos preparados por el personal de servicio de la casa Luna. Cereales, hogazas de pan recién horneadas, fruta cortada, salchichas gordas, tocino en rodajas gruesas, huevos, tomates a la parrilla, papas al horno mezcladas con cebollas caramelizadas, sopa humeante y jarras de leche, café y té. Elegí algunos de mis favoritos; me encantaba la forma en que nuestro chef preparaba el tocino, crujiente, pero no tanto como para que no quedara un poco graso y jugoso. Arthur tomó un tazón de cereal y algo de fruta.

Padre gruñó. —Como deberías estar haciendo tú. ¿Sabes que los clanes Garra Rosa, Cola Torcida y Bosque Dorado estarán aquí esta noche? Junto con el clan Río de Hielo, por supuesto. Tres de los clanes más ricos y mejor criados de Wolfheart, y todos sus miembros principales.

Arthur se encogió de hombros. —Solo muéstrame a los solteros y creo que estaré bien.

—Sabuesos del Infierno —dijo padre, levantando la vista de su tableta para lanzar una mirada incrédula a Arthur—. Por favor, intenta ser digno, Arthur. Esta gente es importante. No queremos dar una mala imagen de nuestro clan.

—Me portaré bien —dijo Arthur con una pequeña sonrisa—. Aunque no nos engañemos. Todos sabemos que esta fiesta es para más que solo celebrar el cumpleaños de Ian. —Me guiñó un ojo, y yo puse los ojos en blanco, pero no pude contener una sonrisa—. Christophe y yo nos divertiremos. Lástima que Van no esté aquí.

—Un momento —dijo madre, dejando su tableta—. Eso me recuerda. Anoche recibí un correo electrónico de tus tíos en Lupania. Tus primos vendrán a la fiesta.

—¿Los primos Volk y Lukas? —dijo Arthur, sorprendido—. ¿Hablan inglés? La última vez que nos vimos, solo hablaban lupanio.

—No, por eso, Christophe, me gustaría que te encargaras de ellos.

Parpadeé. Arthur me miró, sabiendo lo que esto significaba. Tener que acompañar a mis primos de quince años significaba que cualquier oportunidad de socializar de verdad sería prácticamente inexistente. Tendría que mostrarles los alrededores, presentarlos a los invitados, actuar como traductor... y ni siquiera hablaba lupanio.

—¿Christophe? —dijo madre, esperando mi confirmación.

Mantuve mi decepción en mi interior, como siempre hacía.

—Por supuesto, madre —dije—. Estaré encantado.

Adiós a mis esperanzas de conocer a alguien especial.

MASON



—*N*o lo entiendo —dijo mamá, negando con la cabeza. Sostenía el cheque con reverencia en sus manos temblorosas. Temía que pudiera romperlo accidentalmente en dos. — ¿Cómo conseguisteis juntar este dinero? Pensé que no podríamos pagarle al Sr. Bellock a tiempo...

—No te preocupes, mamá —dijo Jennifer. Se agachó para estar a la altura de mamá en su silla de ruedas y le rodeó los hombros con el brazo—. Mason y yo pudimos conseguir trabajo extra otra vez. Como te dije, no tienes que preocuparte por pagarle a Ackson Bellock su *cuota*. —Su tono cambió al pronunciar la palabra, lleno de veneno.

—Así es —dijo con calma—. Jennifer y yo tenemos todo bajo control.

—Es que no entiendo cómo pueden estar ganando tanto dinero. Especialmente tú, Jennifer, solo tienes dieciséis años. No estás haciendo nada... ¿Estás tratando tu cuerpo con respeto?

—Por los Sabuesos del Infierno, mamá —dijo Jennifer, dándose una palmada en la frente—. No me estoy prostituyendo. Aunque, por otro lado, Mason... Los Omegas están *muy* solicitados. — Me lanzó una mirada astuta.

—Cierra el hocico, Jennifer —gruñí—. Yo estoy haciendo la mayor parte del trabajo pesado —le aseguré a mamá, lo cual no era del todo cierto. Aunque era cuatro años mayor que mi hermana, ella era más que capaz de cargar con su parte—. Jennifer solo está ayudando.

—Ni siquiera deberían estar haciendo nada de esto —dijo mamá, con lágrimas corriendo por sus mejillas—. Soy vuestra madre. Yo debería estar cuidando de ustedes dos.

—No, mamá —dije—. Somos una familia. Nos cuidamos los unos a los otros.

Mamá dijo: —Ven aquí, cariño. Vengan aquí —y los tres nos abrazamos.

—Te quiero, mamá —dijo Jennifer—. No te preocupes. Mason y yo nos encargaremos de todo.

Un aullido penetrante desde fuera interrumpió nuestro momento familiar. Mamá gimió, se secó los ojos y rodó su silla de ruedas hasta la ventana que daba al frente de nuestro complejo de apartamentos.

—Ese maldito vagabundo merodeador ha vuelto —dijo—. Estamos pagando tanto en cuotas del clan, lo mínimo que podrían hacer es mantener limpio este maldito vecindario. Oh, está orinando en la entrada de nuevo. —Abrió la ventana de golpe y asomó la cabeza—. ¡Disculpe! —gritó—. ¡Deje su marca en otro lugar, no nos gusta tener que olerlo cada vez que salimos por la puerta!

Me acerqué y eché un vistazo por la ventana. En la calle, tres pisos más abajo, un lobo desaliñado con ojos salvajes levantó la cabeza hacia nosotros y soltó otro aullido demencial antes de volver a su forma humana y alejarse cojeando calle abajo, casi derribando a un par de adolescentes de aspecto rudo que lo maldijeron y escupieron en la acera tras él. Un helicóptero rugió sobre nuestras cabezas, su foco de búsqueda parpadeando de un lado a otro como un ojo errático, y dos patrullas de policía pasaron a toda velocidad por nuestra calle con las sirenas aullando, yendo a hacer absolutamente una mierda de nada para detener los desbordantes crímenes que ocurrían cada hora de cada día en el Sureste de Wolfheart. Cerré la ventana.

—Jennifer y yo vamos a salir a comprar comestibles —dije—. Vamos a preparar la cena antes de que tenga que irme a mi turno.

—Cariño, no tienes que hacer eso. Puedo salir de esta cosa al menos para cocinar la cena para nosotros.

—Mamá —dije—, todavía no sabemos qué le pasa a tus piernas. Solo tómallo con calma, ¿de acuerdo? Nosotros nos encargaremos.

—¿Por favor? —añadió Jennifer.

Mamá lo pensó y asintió, mirando hacia otro lado. La derrota indefensa en su rostro me partió el corazón. Odiaba verla así. Era la mujer más fuerte que conocía, además de mi hermana pequeña. Lo peor era que apenas podíamos permitirnos conseguirle la silla de ruedas. Las clínicas a las que podíamos permitirnos llevarla solo podían proporcionar analgésicos y un breve examen, que solo arrojaba signos de interrogación. Sus piernas simplemente no funcionaban bien, y transformarse en lobo solo lo empeoraba sucesivamente, lo que significaba que sus opciones de trabajo ahora eran escasas o nulas.

Pero tal vez... Tal vez después de esta noche, finalmente podríamos permitirnos conseguir ayuda real para mamá, un médico que pudiera arreglarlo.

Jennifer y yo salimos del edificio de apartamentos, evitando cuidadosamente el apestoso charco de orina de lobo que manchaba la pared debajo de los buzones. Solo otro hermoso día en el vecindario.

—Esta sí que es la grande —dijo mientras doblábamos por la acera, caminando lo suficientemente cerca como para poder hablar en voz baja. Nos habíamos vuelto muy buenos en eso; nunca se sabía cuándo los oídos de la policía podían estar atentos a lo que decíamos—. La seguridad estará concentrada en la fiesta. La oportunidad será enorme, y la necesitamos. Voy a volver a la escuela. Podemos conseguirle a mamá un mejor tratamiento y tomarnos un descanso.

—O no hacerlo más —sugerí.

Ella se rio.

—Bueno, es bueno ser optimista, pero seamos realistas. Acordamos mantenerlo en secreto. No más de lo que realmente necesitamos.

—Claro...

—Eso plantea la pregunta. ¿Cuánto tiempo más podemos seguir haciendo esto?

—No lo sé. Pero no voy a mentir, hay una parte de mí que realmente disfruta fastidiar a esos hijos de puta ricos.

—Lo sé —dijo Jennifer—. Además, apenas notan lo que nos llevamos. ¿Cuántos ni siquiera se han dado cuenta de que les han robado? ¿Qué dice eso de ellos?

—Sí —dije. Era todo tan molesto de pensar. El hecho de que esos pedazos de basura engreídos y de alta cuna pudieran vivir en sus propiedades, bañándose en un lujo que apenas les importaba. Era cierto. Jennifer y yo habíamos infiltrado tantas mansiones que ni siquiera habían notado que faltaba algo. Demonios, a veces encontrábamos pilas ordenadas de dinero simplemente tiradas en los mostradores, o piedras preciosas en cuencos como decoración, como si fueran caramelos—. Aun así... He estado pensando mucho en ello, y creo que deberíamos parar después de este. Cada vez que salimos estamos arriesgando todo, incluso si nos llevamos cosas que apenas son detectables.

Ella dejó de caminar.

—¿Estás bromeando? ¿Cómo pagaremos las cuotas del clan? ¿Nuestros gastos de vida? ¿Los costos médicos de mamá? Todavía estoy en la pre-academia, y no es como si tú hubieras ido a una academia o algo así. Sin ofender, Mason, pero ¿qué más podrías hacer para ganar dinero?

—Encontraré algo —dije, molesto porque tenía razón. No era bueno en nada, excepto en esto—. Encontraré otro trabajo de seguridad. Hagamos este último trabajo, y hagámoslo a lo grande. Lo suficientemente grande como para mantenernos por un tiempo. Un respaldo mientras trabajo.

Jennifer suspiró.

—De esta manera podemos cuidar a nuestra familia. Estamos sobreviviendo. Sabes que vamos a luchar para llegar a fin de mes de cualquier otra manera, Mason.

Aunque llevaba una expresión testaruda en su rostro, pude ver el miedo que se ocultaba justo debajo. La mayoría solo habría visto el rostro de una tenaz adolescente de dieciséis años, pero Jennifer era mi hermana. Sabía exactamente cómo se sentía. Me acerqué a un puesto de periódicos con una copia del *Wolfheart Herald* en la ventana y señalé uno de los titulares en la parte inferior de la página.

—Mira esto —dije, y leí el titular—. Continúan los allanamientos. El ladrón de Blackwood sigue suelto.

Ella sonrió con suficiencia.

—Creen que solo hay uno de nosotros.

—Ese no es el punto, Jennifer. Hemos llegado a la primera plana. Hemos pasado meses sin siquiera aparecer en el periódico. Pronto, estaremos aquí arriba. —Golpeé con el dedo el titular principal, impreso en grandes letras negras en la parte superior—. ¿Y entonces qué?

La expresión de Jennifer se suavizó mientras asimilaba mis palabras.

—Si nos atrapan, ¿quién cuidará de mamá? —pregunté.

Ella se mordió el interior de la mejilla, miró hacia la acera y asintió.

—Sí.

—Vamos —dijo—. Sigamos caminando.

Continuamos por la calle, pasando junto a un lobo rojo sin hogar que yacía acurrucado en la acera. Nos miró y se rascó detrás de la oreja con su pata trasera, y luego preguntó si teníamos alguna moneda de sobra. Metí la mano en mi bolsillo y le lancé las pocas monedas que tenía.

—Dijiste que deberíamos ir a lo grande —dijo Jennifer—. ¿Qué sugieres? ¿Que nos llevemos las joyas de la familia o algo así? ¿Alguna reliquia familiar?

—No, nunca podríamos revender algo así. En los planos de la casa, hay un guardarropa dedicado cerca de la entrada. Es como toda una habitación donde todos los invitados dejarán sus objetos de valor.

—Cierto, lo recuerdo. ¿No serán solo abrigos y cosas así?

—Te sorprenderías. He trabajado en fiestas como esta antes, y los tipos de cosas que esta gente trae solo para presumir su dinero pueden ser ridículos. Pero bueno para nosotros.

En la tienda de comestibles, compramos justo lo suficiente para hacer una sopa sencilla para la cena. Pollo, frijoles, tomates, col rizada, patatas... No era mucho, especialmente no para dos lobos jóvenes, pero no podíamos permitirnos comprar mucho más. La mayor parte de nuestro dinero había ido a parar a Ackson Bellock y sus malditas "cuotas del clan". En Wolfheart, no eras nada sin un clan. No podías conseguir trabajo, no podías conseguir un lugar para vivir. Eras un blanco fácil. Un lobo sin manada no podía sobrevivir.

Nuestra familia no tenía mucha opción para la membresía del clan. Éramos de clase baja. Nada. El Clan del Barranco Sangriento era un montón de montones de mierda de perro viscosos, pero eran uno de los únicos que nos aceptarían, sin mencionar el único que podíamos pagar de alguna manera.

—Esto está delicioso, chicos —dijo mamá, sonriendo mientras comía una cucharada de sopa de pollo—. Gracias por cocinar otra vez.

—De nada —dije, levantándome para limpiar mis platos—. Tengo que prepararme para el trabajo.

—¿Tienen que hacerte trabajar en ese turno de noche? —preguntó ella—. Debes estar agotado.

—Estoy acostumbrado.

—Ah, mamá —dijo Jennifer—. Voy a ir a casa de Ava esta noche. Haremos una pequeña pijamada. ¿Está bien?

—Por supuesto —dijo mamá—. Es maravilloso. Deberías salir más, disfrutar tus vacaciones. No trabajar.

—Gracias, mamá —dijo ella.

Lavé mi tazón en el fregadero y subí a mi habitación. Abrí el armario y saqué mi bolsa de botín, una mochila especial diseñada para adaptarse a mí tanto en forma humana como de lobo. La puse en la cama junto al viejo uniforme de guardia de seguridad que usaba como tapadera. De un compartimento especial cortado en la pared en la parte trasera del armario, saqué una tableta y un pequeño juego de herramientas. Metí el kit en la mochila y puse la tableta en mi escritorio. Hubo un golpe en la puerta.

—¿Sí?

—Soy yo —dijo Jennifer en voz baja.

—Pasa.

Entró y cerró la puerta tras ella. —Mamá está tomando su copa de vino y viendo la tele. No nos molestarán.

—Vale —dijo, y me senté en el escritorio—. Echa un vistazo.

Encendí la tableta, y Jennifer acercó una silla junto a mí. Navegué por los archivos del dispositivo y abrí el plano de una casa. La mansión de los Luna, nuestro objetivo.

—Bien —dijo ella—. ¿Cuál es tu plan?

—El guardarropa de la entrada. Entramos por el sistema de ventilación que viene del techo, caemos dentro, revisamos todas las pertenencias de los invitados guardadas allí y nos escabullimos. Fácil.

—¿Eso es todo?

—Será más fácil que andar a escondidas por la casa. Todo estará contenido en una sola habitación.

—No estoy convencida de que haya algo que valga la pena robar allí —dijo Jennifer.

—Confía en mí en esta. He visto a alguien dejar un bolso incrustado de diamantes antes. Habrá un montón de cosas valiosas, ¿y cuántas personas van a esta fiesta?

—Según mi investigación, al menos cien. —Lo pensó por un momento y luego se encogió de hombros—. Vale. Hagámoslo.

—Genial. Repasemos lo que sabemos sobre el sistema de seguridad y cómo vamos a acceder a la ventilación...

CHRISTOPHE



*M*e quedé a un lado mientras mi hermano Loch y su esposo, Tresten, saludaban a madre y padre. Tresten tenía a su hijo Ian en brazos.

—Hola, Ian —dijo padre—. ¿Cómo está mi pequeño nieto? Feliz cumpleaños. Tengo algo especial para ti más tarde durante tu fiesta.

—¿Un regalo? —preguntó Ian esperanzado.

—Sí —dijo padre, sonriendo. Era inusual verlo sonreír, pero parecía no poder evitarlo cuando estaba cerca de Ian.

—¿Qué es?

—¡Paciencia! Ya lo descubrirás. —Le besó la cabeza y luego se volvió hacia Loch, enderezando su expresión—. Loch.

—Papá —dijo Loch. Padre extendió la mano y palmeó el bíceps de Loch, como si lo estuviera evaluando por su fuerza. Asintió para sí mismo, aparentemente aprobando. Loch siempre había sido un poco la oveja negra, y aun después de probarse a sí mismo graduándose de la Escuela de Artes de Combate, su relación con padre seguía siendo algo tensa. Yo sabía que padre lo amaba, pero ser cortante con sus emociones hacia mí y mis hermanos era simplemente la personalidad de padre.

—Así que me han dicho que pronto recibirás tu rango de maestro —le dijo padre a Loch—. Felicidades.

—Gracias, papá —dijo él.

—Siempre pensé que Tresten alcanzaría el rango de maestro antes que tú.

Loch se rio entre dientes.

—Probablemente lo habría hecho, de no ser por tomarse un tiempo libre debido al embarazo. Pronto lo logrará.

—En menos de dos años, espero —añadió Tresten. Bajó a Ian, y el pequeño se transformó en su forma de lobo y comenzó a dar brincos por la habitación.

—Ian —dije—, ¿no vas a saludar a tus tíos?

Correteó hacia Arthur y hacia mí, sus patas resbalando por el suelo de madera.

—Hola, tío Christophe. Hola, tío Arthur.

—Hola, pequeñín —dijo Arthur, alborotando el pelaje de la cabeza de Ian—. ¿Te estás divirtiendo ahora que puedes transformarte?

—¡Es *genial*! —dijo Ian, saltando alrededor con la cola meneándose. Luego corrió al otro lado de la habitación, deteniéndose a mitad de camino para dejarse deslizar—. ¡Yuhuuu!

Arthur se rio, y yo me permití una sonrisa. Se volvió para hablar conmigo mientras Loch y Tresten se ponían al día con madre y padre.

—Qué mono. No puedo creer que ya esté cumpliendo cuatro años. Todavía me cuesta creer que sea el hijo de Loch. Siempre pensé que él y yo seríamos los últimos en casarnos, y resultó ser el primero.

—¿Quién pensabas que sería el primero? —pregunté.

—Bueno... Tú, supongo. —Ladeó la cabeza y añadió—: Cuando éramos niños, al menos.

Me reí.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Estás insinuando que me he vuelto indeseable?

—No, para nada. Has estado tan absorto en tus deberes durante tanto tiempo, que no estoy seguro de si aún sabes cómo hablar con posibles parejas. —Se metió las manos en los bolsillos y me dedicó una sonrisa.

Maldito Arthur y su encanto. Esa sonrisa podría poner en celo a cualquier chica o a cualquier omega. Le devolví una sonrisa rígida, y él me dio una palmada en el hombro.

—Qué gracioso —dije.

—Solo bromeaba, Christophe. Sé que no tienes mucha opción. Mira, no te desanimes por lo de esta noche, ¿de acuerdo? Todavía hay una posibilidad de que conozcas a alguien. ¿Qué te gusta, de todos modos? Nunca hemos hablado mucho de eso.

—No me gusta hablar de esas cosas —dije.

—¿Por qué no? Somos hermanos.

—Es que... Es incómodo.

—Relájate. Vamos, dime. Tal vez pueda guiar a algunas en tu dirección.

—Voy a estar cuidando a nuestros primos, ¿recuerdas?

—¿Ah, sí? A algunas personas les gusta eso. Ya sabes, la figura de autoridad madura. Verán que eres bueno con los niños.

Suspiré.

—Entonces —insistió Arthur—. ¿Hembras o machos? ¿Betas u omegas?

Realmente no estaba de humor para este tipo de conversación.

—No te preocupes por mí, Arthur —le dije—. En serio. Por favor.

Ian se deslizó y chocó contra mi pierna.

—Cuidado —le dije con severidad—. Te vas a lastimar antes de tu fiesta.

—Lo siento, tío Christophe —dijo, con las orejas ligeramente caídas, y se escabulló.

—Eh, despacio, chico —dijo Loch, riendo mientras se acercaba a saludarnos—. Me alegro de veros, chicos.

Loch y Arthur se abrazaron, dándose palmadas en la espalda. Cuando se acercó a mí, nuestro abrazo fue rígido y un poco incómodo. Yo quería mucho a mi hermano, pero él y yo nunca nos habíamos entendido. Siendo el tercer alfa, nunca había sido el tipo responsable, y yo siempre había tenido que limpiar sus desastres. Todavía me resultaba difícil relacionarme con él.

—Christophe —llamó mi madre, haciéndome señas para que me acercara.

—¿Sí, madre?

—Perennia y Polton Whitefang del Clan del Árbol Blanco llegarán en breve, son uno de los que han acordado quedarse con nosotros esta noche.

—Sí —asentí.

—Después se dirigirán a su propiedad de vacaciones en Diamond Dust, y Perennia me ha informado que ella y su esposo están transportando algunos objetos preciosos y muy valiosos. Ha insistido mucho en que les permitamos guardarlos de forma segura.

—De acuerdo —dije—. El guardarropa tiene una puerta con llave, y tendremos a dos de nuestro personal vigilándolo toda la noche, así que...

Mi madre negó con la cabeza.

—Está insistiendo en que la dejemos usar la caja fuerte electrónica.

Suspiré.

—Si ella la usa, todos los invitados van a exigir acceso a ella.

—Lo sé, lo sé. ¿Puedes ayudarla a guardar sus cosas allí, discretamente?

—Sí, por supuesto.

—Gracias, Christophe —dijo, y me dio un beso en la mejilla—. Bueno, será mejor que vaya a prepararme antes de que empiecen a llegar todos.

La señora Perennia Whitefang era una mujer enorme, al menos tres veces más ancha que su esposo calvo y unas tres cabezas más alta. Cuando su coche se detuvo frente a la casa, me impresionó que incluso pudiera caber en la parte trasera. El conductor se apresuró a abrir la puerta y ella salió, secándose el sudor de la frente a pesar del aire acondicionado del coche y del fresco clima del día. Su marido la siguió, acunando una caja de madera pulida en sus brazos regordetes.

—Ten cuidado, Polton —dijo ella, con aspecto irritado—. Sé lo torpe que puedes ser. Tal vez el conductor debería llevarla...

—Tendré cuidado —respondió su marido con voz chillona—. Benjamin se está encargando del equipaje.

El conductor sacó varias maletas enormes del maletero del coche.

—¿Le echas una mano? —susurré a Stephen, nuestro jefe del personal de la casa.

—Sí, señor —respondió Stephen y sacó un carrito para ayudar al conductor con las maletas mientras yo iba a saludar a los Whitefang.

—Señor y señora Whitefang, bienvenidos a la casa de los Luna. Soy Christophe Luna. ¿Qué tal el viaje hasta aquí?

—Oh, *espantoso* —dijo Perennia. Me puso su bolso en los brazos y se abanicó la cara—. Haga que lleven esto a mi habitación, por favor.

Mantuve una sonrisa agradable en mi rostro y los hice pasar.

—Mis padres están terminando algunas cosas y bajarán a saludarles en breve. ¿Les gustaría que les diera un rápido recorrido por la casa? Señor Whitefang, mi padre me ha dicho que está muy interesado en la historia y la genealogía.

Polton se animó, sonriendo por encima de la caja de madera que llevaba en los brazos.

—Quizá le interese nuestra sala ancestral —continué—, donde tenemos pinturas, libros y registros históricos que trazan las líneas de la familia Luna hasta...

—No, no —dijo Perennia, agitando la mano frente a ella, como si hubiera oído algo malo—. Estamos bastante agotados y nos gustaría que nos mostraran nuestra habitación para poder refrescarnos antes de la fiesta. Ahora bien, me han dicho que tienen una caja fuerte especial que puedo utilizar para guardar mis objetos de valor.

—Así es. Está...

—Bien. Lléveme allí inmediatamente. Es para alguien *muy* especial en Diamond Dust, y debe recibir la máxima atención —Sus mejillas se tornaron de un rosa intenso, mientras que el rostro

de su marido se encendió con una rápida irritación. Sonreí y asentí. Solo quería quitarme a estos dos de encima lo antes posible.

Los conduje al interior de la casa y fui directamente a la sala de almacenamiento que usábamos como guardarropa durante los eventos. Se había instalado un escritorio junto a la entrada, donde dos miembros del personal de la casa estarían apostados para cuidar las pertenencias de nuestros invitados. Introduje un código en el teclado numérico junto a la puerta y la cerradura se abrió con un zumbido. No entendía por qué ella no consideraba que eso fuera suficiente seguridad. No es como si fueran a almacenar sus cosas aquí a largo plazo, y los únicos invitados serían otros miembros del clan de alta cuna. Nadie estaría interesado en sus pertenencias, fueran lo que fueran.

Normalmente usábamos la habitación como una especie de bóveda para guardar varias cosas, como registros, premios, los zapatos extra de mi madre y las llaves de todos los vehículos que nunca parecíamos usar, junto con las llaves de nuestras otras propiedades. La habitación estaba forrada con estanterías empotradas a lo largo de las paredes y una larga estantería de doble cara que recorría el centro. Aproximadamente la mitad de la habitación se había despejado para las pertenencias de los invitados, y al fondo estaba la caja fuerte electrónica donde se guardaban las diversas llaves y documentos importantes.

—¿Esta es su caja fuerte más segura? —preguntó Perennia. Miró su puerta de metal gris por encima de la nariz, como si quisiera decir que había visto mejores. La verdad era que a mi madre y a mi padre no les gustaba guardar dinero ni nada valioso, como joyas, dentro de esta caja fuerte. Tenían una bóveda separada para eso en el sótano, una que era mucho más segura, pero no iba a decir ni una palabra al respecto.

—Sí, señora Whitefang. Sus cosas estarán seguras aquí —Introduje un código en la puerta y esta se abrió—. Puede poner su caja justo aquí —Coloqué mi mano en un espacio vacío en el estante forrado de terciopelo verde—. ¿Quiere que guarde también su bolso?

—No, me gustaría que lo llevara a mi habitación, muchas gracias —dijo, como si fuera algo que debería haber sabido sin preguntar.

Su marido se adelantó y deslizó la caja en el estante, y yo cerré la caja fuerte.

—¿La revisará durante la noche? —preguntó mientras salíamos de la sala de almacenamiento.

Había aprendido el arte de la paciencia y la serenidad mental en el Colegio de Liderazgo Alfa, y había tratado con muchas personas irritantes —en mi posición, no escaseaban—, pero me sentía molesto por la fiesta y esta mujer estaba empezando a sacarme de quicio de verdad.

—No se preocupe, señora Whitefang. La habitación es muy segura y tendremos a dos miembros de nuestro personal de la casa vigilándola durante toda la noche. Ahora, este es Stephen, nuestro jefe de personal. Él les mostrará su habitación.

Stephen, que esperaba con el carrito del equipaje, hizo una rápida reverencia. —Por aquí, por favor.

—Los veré a ambos en la fiesta. Si necesitan algo, Stephen les asistirá personalmente —Asentí a modo de despedida, di media vuelta y escapé rápidamente.

Entré en el salón principal, donde los trabajadores aún estaban montando las mesas y la decoración para la fiesta. En ese momento, lo único que tenía en mente era conseguir una copa de algo. La necesitaría para sobrevivir al resto del día.

—Señor —Uno de nuestros empleados levantó la mano y se apresuró hacia mí—. Una pregunta rápida. La señora Luna... eh, su madre... quería flores rojas para los centros de mesa, pero la empresa cometió un error y entregó flores blancas. ¿Qué deberíamos hacer?

—Estoy seguro de que las blancas están bien.

—La señora Luna parecía muy decidida a tener flores rojas...

Dejé de caminar y tomé al hombre agitado por los hombros. —Puedes echarme la culpa a mí si lo hace. Es una fiesta de cumpleaños infantil. Blancas, rojas, no creo que a él realmente le importe. Pero hay algo que puedes hacer por mí.

—Oh, sí, señor. Lo que usted pida.

—Encuétrame una bebida, por favor. Una fuerte.

Pronto, tenía un vaso de whisky de miel de oso en la mano, y huí al exterior para disfrutarlo en el único lugar donde nadie podría encontrarme. Atravesando el jardín de rosas, coloqué el vaso en el suelo y, después de echar un vistazo rápido alrededor, me transformé en mi forma de lobo. Recogí suavemente el vaso con la boca y me metí en un espacio entre dos setos que formaban un túnel de enredaderas y ramas entrecruzadas. La luz del sol se filtraba entre los espacios del follaje, salpicando el suelo con charcos de luz titilante, como reflejos en el agua. Continué a través de los arbustos y hacia el bosque hasta que salí a un bosquecillo de manzanos. Volví a mi forma humana, tomé un sorbo de mi whisky y suspiré.

Un pequeño arroyo murmuraba entre los árboles, y junto a él había una gran roca plana: mi roca. Había convertido este lugar en mi escondite secreto cuando era joven, y a veces me escabullía aquí cuando necesitaba estar solo. Hacía mucho tiempo que no venía aquí. El tiempo y las responsabilidades simplemente no lo habían permitido, por mucho que quisiera escapar. Me senté en la roca y bebí un sorbo. Debería haber traído la maldita botella entera, aunque beber demasiado definitivamente no sería una buena idea. Había demasiadas cosas que tendría que manejar esta noche.

Tenía el privilegio de ser quien manejaba los asuntos familiares. Mi padre era un hombre respetado, y algún día yo ocuparía su posición. Pero a veces no podía evitar sentir celos de mis hermanos. Loch estaba casado. No había mucha presión sobre Arthur después de graduarse de la academia, y se lo estaba pasando en grande divirtiéndose. Vander, al ser el único omega, recibía un trato especial, y estaba en el norte, encontrándose a sí mismo.

Un viaje de autodescubrimiento.

No pude evitar reírme. La idea me resultaba tan ajena. La libertad de simplemente levantarse e irse, y contar con la aprobación de madre y padre para hacerlo... Era algo que yo nunca podría hacer.

No es que lo necesitara. Sabía quién era. Algún día lideraría esta familia. Ese era mi destino.

Cerré los ojos y me recosté sobre la roca, extendiendo los brazos a ambos lados. Sentía como si hubiese estado corriendo un maratón interminable, ¿y cuándo fue la última vez que me detuve a tomar un descanso? Hacía mucho tiempo. Estaba cansado. Y más que eso, me sentía... vacío.

La luz del sol se filtraba a través de los árboles y creaba puntos brillantes de color rojo en mis párpados. Hacía bastante frío en la sombra, y el sol se estaba poniendo. Creí percibir el olor a nieve en el aire, no aquí, sino a kilómetros y kilómetros al norte, el aroma transportado por el viento y las nubes. Una parte de mí deseaba estar lejos, en medio de esa nieve.

Mi mano bajó distraídamente hasta mi muslo, donde estaba mi marca de nacimiento. Tal vez nunca conocería a esa persona especial. Quizás padre tenía razón: todo era una sarta de tonterías. Las personas no estaban destinadas ni predestinadas las unas a las otras. No había nadie allí fuera que coincidiera con la marca de nacimiento, y era ridículo de mi parte seguir creyendo eso. Tenía veintisiete años. Era demasiado mayor para seguir creyendo en las historias de viejas adivinas.

Al final, probablemente me emparejarían con alguien elegido por mis padres, alguien adecuado para la familia.

Pero estaba bien. Así era como tenían que ser las cosas. Como dije, ese era mi destino. Estaba de acuerdo con eso.

Pero, ¿realmente lo estaba?

Mi teléfono vibró en mi bolsillo, me incorporé y lo saqué.

Mierda, era madre.

—¿Hola?

—Christophe, ¿dónde estás? Los invitados están empezando a llegar y ni siquiera han terminado de colgar las pancartas. Quienquiera que hayamos contratado no está haciendo un buen trabajo.

—Estaré allí enseguida, solo salí a tomar un poco de aire...

—Bueno, date prisa, por favor —El altavoz crujió cuando ella lo cubrió con su mano, y escuché su voz amortiguada hablando frenéticamente con alguien—. Está bien, está bien. ¿Qué? ¿Lo están? Christophe, tus primos están aquí.

La llamada se cortó, y me quedé mirando la pantalla en blanco por un momento antes de guardarlo en mi bolsillo. Me levanté y me sacudí algo de tierra de los pantalones y la camisa. Tendría que cambiarme cuando regresara.

Normalmente, este ajetreo me habría energizado. Ni siquiera habría pensado en salir a tomar un descanso, y mucho menos en venir hasta aquí, al borde de la propiedad, pero hoy me sentía diferente. Tal vez era solo porque, en una rara ocasión, me había permitido hacerme ilusiones sobre esta noche.

Me terminé el resto del whisky, me transformé en lobo y me dirigí de vuelta a la casa.

MASON



—*M*íralos a todos —le susurré a Jennifer mientras observaba a través de los prismáticos desde nuestro punto de ventaja en el bosque—. ¿Todo esto por el cumpleaños de un crío? Por cómo va vestida la gente, cualquiera diría que el chaval es el rey de Wolfheart. Malditos ricachones.

—Bueno, es que *prácticamente* es de la realeza —susurró mi hermana en respuesta—. Ya sabes, todo eso de ser un Luna y parte del Clan de la Luna Creciente.

—Nunca me acostumbraré a ver cómo vive esta gente —murmuré—. Jamás podré entenderlos. Para mí, no son más que escoria. —Le pasé los prismáticos a Jennifer—. Todo parece en orden. Rodearemos por el lado oeste como planeamos originalmente. La mayor parte de la actividad parece concentrarse en la zona del salón de baile y la terraza exterior.

Las palabras salieron con amargura. El simple hecho de que tuvieran salones de baile y terrazas y mierdas así me cabreaba. Aquí estábamos nosotros, apenas sobreviviendo en nuestro diminuto apartamento que probablemente cabría cien veces o más en solo una esquina de esa maldita mansión.

Sí, me importaba un carajo robarle a esta gente. Ninguno de ellos tenía redención en mi opinión.

—Parece que están haciendo un brindis de cumpleaños o algo así —dijo Jennifer—. Están sacando una tarta de cumpleaños. Sabuesos del infierno, es la tarta más elegante que he visto en mi vida.

—Déjame ver —dije, y ella me pasó los prismáticos.

Miré a través de los amplios ventanales que daban al salón de baile de la mansión Luna, donde todos estaban reunidos. Dos hombres con gorros blancos de chef estaban sacando una tarta de varios pisos tan alta como ellos. En el centro de la sala, con toda la atención centrada en ellos, había dos hombres y un niño pequeño. El cumpleaños y sus padres, supuse. Lentamente escaneé al resto de la multitud y me detuve. Una puerta que daba al balcón exterior se abrió, y una figura se deslizó afuera con una copa en la mano. Estaba oscuro y no podía verlo claramente. Al parecer, no estaba interesado en participar en el brindis de cumpleaños. Estaba solo, y se acercó a la barandilla de piedra del balcón y se apoyó en ella.

Al hacerlo, la cálida luz de las ventanas del salón de baile lo iluminó, revelando su rostro. Parecía unos años mayor que yo, alto, con un cuerpo bien formado pero no excesivamente musculoso. Su cabello era de un castaño oscuro y perfectamente peinado. Miraba a la distancia con los grandes ojos rojos de un alfa, con una expresión de anhelo en su hermoso rostro.

Mi corazón dio un vuelco. Sentí que se me formaba un nudo en la garganta e intenté tragarlo para deshacerme de él. No es que nunca hubiera visto a un alfa macho atractivo antes, pero me sentí inmediatamente atraído por él. Había algo especial en él.

Ninguno de estos ricos cabrones tenía redención. Y sin embargo, de repente, ahí estaba el hombre más atractivo que jamás había visto. Casi *dolorosamente* atractivo. ¿Y en qué estaría pensando este guaperas para parecer tan condenadamente melancólico? ¿El alfita rico y guapo estaba triste por su dinero, su mansión y su fiesta elegante?

—Oye. ¿Hola?

—¿Eh? ¿Qué?

Bajé los prismáticos. Jennifer me miraba frunciendo el ceño. —¿Cómo que "eh"? —dijo—. ¿Qué

está pasando allá abajo? Has estado mirando fijamente durante como cinco minutos.

—No es cierto.

—Sí que lo es. Tenías la boca toda abierta, así. —Dejó caer la mandíbula, exagerando.

—Cállate —dije, y le lancé los prismáticos—. Solo estaba analizando la fiesta. Venga, pongámonos en marcha.

Jennifer miró a través de los prismáticos. Pensé que iba a ver al tipo que yo estaba mirando y se burlaría de mí por ello, pero solo se encogió de hombros, metió los prismáticos en su bolsa y me siguió.

¿Quién sería, de todos modos?

Nunca lo sabría. Mejor así. Además, aunque estuviera buenísimo, apostaría dinero a que era estirado, mimado, caprichoso y probablemente terrible en la cama también.

Me dije todo esto e intenté sacarlo de mi mente, pero su rostro quedó grabado en mis pensamientos.

¿Cómo podía alguien a quien solo había visto a través de unos prismáticos tener este efecto en mí?

No te preocupes por eso, pensé para mis adentros. Pronto te olvidarás de él. Solo estás nervioso y emocionado por lo que estás a punto de hacer, eso es todo.

Jennifer y yo nos dirigimos hacia la línea de árboles y luego nos transformamos en nuestras

formas de lobo. Su pelaje marrón oscuro la camuflaba fácilmente entre el follaje, pero mi pelaje blanco resaltaba como un faro, así que tuve que moverme con cuidado, asegurándome de permanecer bajo una densa cobertura en todo momento. Había estudiado libros sobre técnicas antiguas de caza en manada que describían cómo moverse silenciosamente a través del terreno y cómo disimular los movimientos, y Jennifer y yo nos habíamos vuelto muy buenos en mantener el sigilo.

A medida que nos acercábamos a la mansión, los sonidos de la fiesta se hacían más fuertes, y mis orejas transformadas podían captar conversaciones individuales. Filtré las tonterías de las que hablaban, manteniéndome alerta solo por señales de detección, aunque dudaba que alguien nos notara. Todos estaban demasiado preocupados tratando de impresionarse mutuamente, alardeando de su riqueza y sus mierdosos éxitos. Todo eso me enfermaba.

El piso principal de la casa estaba elevado unos quince pies sobre el suelo, así que rápidamente cruzamos los árboles y corrimos hacia un lado del edificio. Nos detuvimos allí por unos segundos, esperando para asegurarnos de que todo estuviera despejado. Asentí a mi hermana y continuamos, manteniéndonos cerca de la pared. Había ventanas justo encima de nosotros, y las sombras de las personas en el interior se proyectaban en el suelo. Nos movimos hacia el balcón, donde sabía que encontraríamos un panel de acceso a la ventilación. Aferrándonos a las sombras, los dos éramos prácticamente invisibles.

¿Seguiría él ahí arriba? Desde nuestra posición abajo, solo podía ver una pequeña porción de la barandilla del balcón. Era ridículo, pero una parte de mí quería verlo, aunque fuera por un momento.

La barandilla estaba vacía.

Me molestó sentirme decepcionado. No debería estar distrayéndome, especialmente por algo tan tonto.

En la oscuridad bajo el balcón, justo adelante, podía ver el pequeño panel rectangular de ventilación que era nuestra entrada. Todo lo que teníamos que hacer era cruzar las sombras por

un breve momento antes de deslizarnos bajo la terraza saliente del balcón. Rápido y fácil, especialmente sin nadie aquí. Le hice una señal a Jennifer con la cabeza: *vamos*.

Me moví hacia adelante, saliendo de las sombras...

Y sentí unos dientes aferrarse a mi cola. De repente, me jalaron hacia atrás.

¡Ay, mierda!

Era Jennifer. Había usado sus mandíbulas para detenerme. La miré, cuestionándola enojado con los ojos, y ella respondió con una mirada silenciosa hacia el balcón. Seguí su mirada y me estremecí.

Él estaba parado *justo* ahí.

De alguna manera, me había distraído tanto pensando en él que ni siquiera me había dado cuenta de que se había acercado a la barandilla. No nos había visto. Todavía tenía esa mirada perdida en su rostro y estaba girando distraídamente un vaso de lo que parecía ser whisky.

Nos quedamos quietos como estatuas. *Maldición, era guapo*. Pero esto era lo más cerca que quería estar de él. Si miraba hacia abajo y nos veía, se acababa el juego. Tendríamos que salir corriendo y todo se iría a la mierda. Último trabajo, arruinado. Sin dinero para los tratamientos médicos de mamá. Sin dinero para sobrevivir los próximos meses.

Mi corazón latía tan fuerte en mi pecho que temía que pudiera oírlo.

El tipo tomó un sorbo de su whisky y lo dejó sobre la barandilla de piedra.

Mierda... Si se quedaba ahí arriba, solo sería cuestión de tiempo antes de que nos viera. Estábamos bien escondidos, pero no éramos invisibles. Todo lo que necesitaría sería una larga mirada hacia el suelo, y ahí estaríamos. Quería mirar hacia atrás para ver cómo lo estaba tomando Jennifer, pero tenía demasiado miedo de hacer cualquier movimiento. *En la primera oportunidad que tuviéramos, necesitábamos movernos.*

Entonces, escuché que se abría la puerta del balcón y los sonidos de la fiesta llenaron el aire nocturno. Alguien más estaba saliendo.

—Oh, mierda. ¡Christophe! No me di cuenta de que estabas aquí fuera.

El alfa —Christophe, aparentemente— se dio la vuelta, sorprendido. Observé con horror cómo su codo golpeaba el vaso en la barandilla. Este giró en el aire, derramando whisky por todas partes, y se precipitó hacia el suelo, donde se hizo añicos justo a mis patas.

Una mirada, y nos descubrirían.

CHRISTOPHE



Cuando mis primos fueron a cambiarse, aproveché ese breve momento para servirme una copa y salir a tomar aire. Fue una tontería creer que habría tenido tiempo para socializar y coquetear con alguien, incluso si no hubiera estado a cargo de hacer de chaperón. Había tantas cosas que tenía que hacer, que lograr cruzar la habitación y salir por la puerta fue un milagro en sí mismo.

Bebí mi whisky y miré hacia la oscuridad silenciosa del bosque que rodeaba nuestra casa. Una parte de mí quería saltar desde el balcón y correr hacia el bosque hasta mi lugar secreto, pero por supuesto que no iba a hacer eso. Hubo un tiempo en mi vida en que escapar podría haber tenido sentido, pero ese tiempo había pasado hace mucho. Era un alfa adulto, y los alfas no huían.

Un alfa enfrentaba su destino con orgullo y fuerza, sin importar cuál fuera.

Y no es que me disgustara el rumbo de mi vida. No, estaba agradecido por las responsabilidades y el privilegio que tenía.

Era una noche tranquila, y el cielo estaba despejado y sin luna, iluminado solo por un millón de estrellas centelleantes. Era hermoso, romántico, el escenario perfecto para enamorarse.

Ese ciertamente no era el rumbo de mi vida. No esta noche. Probablemente ninguna noche.

Gemí y bebí más de mi whisky. Por lo general, no me ponía tan malditamente melancólico por

las cosas, especialmente por algo tan tonto. Pero aquí estaba, lamentándome. Lamentándome y bebiendo.

¿Qué pasaría si huyera? Si simplemente dejara todo atrás y lo abandonara todo.

Podría hacerlo, solo por una noche. Podría dejar este lugar atrás y fingir que ya no tenía responsabilidades. Podría vivir como mis hermanos, libre de encontrar mi propio destino.

En realidad, ¿qué me lo impedía?

Todo lo que tenía que hacer era dar el salto.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras dejaba el vaso en la barandilla del balcón. El oscuro borde del bosque me llamaba, llenándome de un anhelo tan poderoso como la atracción de una luna llena. Podía sentir a mi lobo interior queriendo ser liberado, luchando por ser contenido. Quería ser libre, pero más que nada, quería aparearse.

Sabuesos del Infierno, ¿era eso? ¿Todo esto se reducía a... estar cachondo?

Resoplé.

Si ese fuera el caso, podría ocuparme de ello rápidamente más tarde en mi habitación.

Detrás de mí, la puerta se abrió de repente y me vi envuelto por el ruido de la fiesta.

—Oh, mierda. ¡Christophe! No me di cuenta de que estabas aquí fuera.

Me di la vuelta para ver a Arthur de pie en la puerta, con una chica bonita con un vestido brillante en su brazo. Ella parecía un poco avergonzada; con las mejillas sonrojadas, como si la hubieran atrapado haciendo algo impropio.

—Arthur —dije, con una pequeña sonrisa—. Los dejaré a ustedes dos...

Escuché el sonido de vidrio rompiéndose en el suelo de abajo y me di cuenta de que acababa de despachar a mi único amigo de la noche.

—Mierda —murmuré, y me incliné sobre el balcón para mirar.

Mirando hacia abajo, vi dónde se había roto e hice una nota mental para que uno de los asistentes lo limpiara.

—Lo siento por eso —dijo Arthur—. Oh, ella es, eh, la señorita Melany Dewal del Clan Garra de Rosa. Melany, mi hermano, Christophe.

—Encantada de conocerte, Christophe —dijo, estrechándome la mano—. No me había dado cuenta de que todos los hermanos Luna eran tan guapos.

—¿No dijiste que tenías una hermana, Melany? —preguntó Arthur antes de guiñarme un ojo—. Estoy seguro de que a Christophe le vendría bien una buena conversación para la noche.

—La tengo —dijo ella—, pero no puedo imaginarla manteniendo ningún tipo de diálogo sustancial. Es decir, a menos que Christophe disfrute entreteniendo a niñas de diez años.

—Yo...

En ese momento, la puerta se abrió de golpe nuevamente y salieron Volk y Lukas Luna, mis primos.

—¡Christophe! —dijo Volk con su marcado acento lupanio—. Por favor, muestra. ¡Nosotros listos! ¡Muestra! ¡Muestra!

Contuve un suspiro.

—Nuestros primos, de visita desde el extranjero. Tengo que irme —dije mientras pasaba junto a mi hermano y su nuevo amigo, esforzándome por recordar el poco lupanio que había aprendido en la escuela. ¿Cómo se decía que necesitaba conseguirme una bebida? Mi mente quedó en blanco.

—Vamos —dije, pronunciando lentamente—. Necesito conseguirme una bebida.

Me siguieron como dos cachorros tras el líder de la manada mientras regresaba al salón de baile. Los niños corrían por todas partes, serpenteando entre las piernas de los adultos mientras jugaban, y divisé al pequeño Ian en su forma de lobo persiguiendo un conejo robótico, regalo de Padre. Me detuve junto a Julius y Desmond Croc, los abuelos de Ian. Me volví hacia mis primos para presentarles a su familia extendida.

—Um, *rrekvhek*... no, *rrekvhak* —no podía recordar ni una maldita palabra en lupanio ni para salvar mi vida—. No importa. Julius, Desmond, estos son mis primos Lukas y Volk, que están de visita desde Lupania.

—Encantado de conocerlos —dijo Julius—. Lupania. Es un país fascinante y hermoso. ¿Sabían que tiene algunos de los mejores sanadores de esa parte del mundo? ¿Qué piensan estudiar cuando sean mayores?

Mis primos me miraron desconcertados.

—Ah, no hablan mucho inglés —le expliqué a Julius—. Mis padres me han asignado como su traductor, lo cual fue un poco imprudente considerando que solo he tomado una clase de lupanio.

—Oh —dijo Julius—. Bueno, ¿sabes quién podría ayudarte un poco? El señor Polton Whitefang. Habla lupanio bastante bien. Desmond, ¿lo has visto?

—Por supuesto que sí —respondió su esposo con su característica voz más alta de lo necesario—. La última vez que lo vi estaba en la sala de fumadores. Quería hablar con él, pero parecía que ya había tomado unas cuantas... —Hizo un gesto de beber con la mano—. No sé si te sería de mucha ayuda, Christophe.

—Supongo que estoy dispuesto a correr ese riesgo —dije, mirando a mis primos, que tenían expresiones de ciervo encandilado.

Guié a mis primos hacia la sala de fumadores, deteniéndome para saludar a algunos invitados más. Decidí no buscar otra bebida. Andar por ahí con una copa constantemente en la mano podría no dar una buena impresión a las mentes más jóvenes.

Mi padre usaba la sala de fumadores para reunirse con clientes y miembros importantes del clan, y esta noche era el lugar donde los adultos podían ir para escapar de las festividades infantiles. No se permitían niños, y eso incluía a mis dos primos. Me sentí mal por tener que dejarlos en el pasillo, especialmente porque no estaba seguro si les estaba diciendo "esperen aquí" en lupanio o "embriáguense", pero cualquier momento libre de mis deberes de chaperón era bienvenido.

La gran sala circular estaba llena de curiosidades de la familia Luna, incluyendo tres enormes retratos de tres ancestros alfa de hace cinco generaciones. Miraban con severidad, sus ojos vigilantes siempre evaluando la calidad de sus descendientes. De niño, esta sala me intimidaba. Era el lugar al que rara vez se me permitía entrar, y cuando lo hacía, sus ojos siempre estaban sobre mí, cuestionando mi valía como un alfa Luna.

Esta noche, la sala tenía un ambiente inusualmente jovial y bullía con los invitados que querían escapar del ruido de los más jóvenes afuera.

—El señor Whitefang —susurré al asistente en la puerta—. ¿Está aquí?

—Sí, señor. Justo en el extremo opuesto de la sala, junto a las bebidas. ¿Quiere que lo traiga para usted?

—No, está bien. Gracias.

Polton Whitefang destacaba como un lobo negro en un banco de nieve. Estaba desplomado en un sillón de cuero, su cabeza calva brillando de sudor y sus ojos recorriendo la sala sin rumbo mientras sostenía un vaso de algo con ambas manos. Levantó la mirada hacia mí cuando me acerqué, y pude ver de inmediato que Desmond tenía razón: no me iba a ser de ninguna ayuda.

—Señor Whitefang —dije, tomando asiento a su lado—. Solo quería verificar con usted para asegurarle que sus pertenencias están seguras. ¿Se encuentra bien? ¿Le gustaría que le trajera algo de agua?

—No me importan una mierda esas malditas piedrasss —balbuceó. Extendió la mano para dejar su vaso en una mesa lateral imaginaria, y rápidamente lo atrapé cuando lo soltó. Puso su brazo alrededor de mi hombro y se inclinó hacia mí—. Pero graciasss. Lo aprecio, joven. Bueno, mi esposa lo hará. Es lo único que le importa, esas malditas gemas. Oh, ¿qué estás bebiendo?

Señaló el vaso en mi mano —su vaso— y luego me lo quitó y comenzó a beber de él.

—Ah, déjeme conseguirle uno nuevo, señor Whitefang —dije, quitándole el vaso. Me puse de pie y llamé la atención del asistente, que se apresuró a acercarse—. Tráele agua y que alguien lo ayude a llegar a su habitación —dije.

—Sí, señor.

—Sabesss —dijo Polton Whitefang, agarrando mi hombro y tirando de mí de vuelta al sillón—. Es realmente lo único que le importa. Ojos del Alfa, así se llaman. ¿Y sabes para quién son?

—No —dije, realmente sin interés en escuchar sobre las cosas de su esposa.

—Johnathan Burnside.

La forma en que dijo ese nombre sonaba como si estuviera a punto de vomitar. —Me temo que no sé quién es —le dije.

—No —dijo—. Claro que no. No lo sabrías. Solo lo sabrías si estuvieras tomando lecciones de esquí en el maldito resort Diamond Dust.

—Ya veo —dije. Maldita sea, no estaba aquí para escuchar sus problemas matrimoniales. Miré alrededor de la habitación. Era obvio que la gente evitaba mirar hacia acá para no verse arrastrada a interactuar con Polton. ¿Dónde estaba ese asistente?

—¡Justo frente a mis narices! —exclamó Polton, golpeando mi brazo—. ¡Ni siquiera le importa!

—Lo siento —dije. No sabía qué más decir.

—Hemos estado yendo a ese maldito resort casi cada maldita semana. ¡Todos los *regalos*! ¿Y por qué tengo que estar *yo* allí?

Hice un ruido ambiguo y le di mi sonrisa más tranquilizadora. Sus ojos estaban vidriosos y parecían mirar a través de mí. Finalmente, la puerta se abrió y el asistente entró con una botella

de agua en una bandeja y...

Oh, *maldita sea*.

Con Perennia Whitefang a cuestas.

—Agua, señor —dijo el asistente, entregando la botella a Polton—. Si me acompaña, hemos preparado una habitación tranquila para usted.

—¡Preferiría *no* hacerlo! —gritó Polton, levantando el dedo al aire—. ¡Estoy bien *aquimismo*!

—¡Polton, estás borracho! —siseó Perennia, agarrando su brazo—. Estás haciendo el ridículo. ¡Ve con este hombre! ¡Ve!

Lo levantó de un tirón. Esperaba que opusiera algún tipo de resistencia y montara una escena de borracho, pero para mi sorpresa se calló de inmediato, como un cachorro avergonzado. El asistente lo tomó del brazo y lo ayudó a salir de la habitación, no sin algunos tropiezos.

—Mis disculpas por mi esposo —dijo Perennia.

—No es problema en absoluto. Si me disculpa, necesito-

—Ah, me gustaría que me llevara a la habitación segura para revisar mis pertenencias. Solo para asegurarme de que todo esté en orden.

—Le aseguro, señora Whitefang, que todo está seguro. La habitación está cerrada con llave y vigilada en este momento.

—¿Cerrada y vigilada por quién, Christophe? ¿Por quién? No conozco a estos hombres. Podrían ser cualquiera, podrían ser ladrones.

—La mayoría del personal de la casa ha estado con mi familia desde antes de que yo naciera, señora —dije—. Y un insulto a mi familia es un insulto al Clan de la Luna Creciente.

La boca de Perennia se abrió y cerró como un pez boqueando por aire, y al final, cruzó sus enormes brazos sobre el pecho y resopló una disculpa apenas audible.

—Bajaremos a la habitación y revisaremos sus cosas, y una vez que vea que todo está bien, le pido que confíe en la seguridad y disfrute del resto de la fiesta. ¿De acuerdo?

Resopló de nuevo y asintió. Sonreí.

—Por favor, sígame.

MASON



De vuelta en forma humana, cerré la rejilla de ventilación detrás de nosotros y seguí a Jennifer mientras se arrastraba hacia la oscuridad absoluta del conducto de ventilación. Mi corazón latía aceleradamente. Nos habrían atrapado si no hubiera sido por esa ventana de oportunidad de medio segundo cuando él nos dio la espalda.

Nos detuvimos y activamos pequeñas linternas frontales que apenas iluminaban el pasaje por delante. No podíamos arriesgarnos a que se filtrara luz que pudiera delatarnos.

—¿Lista? —susurró Jennifer por encima de su hombro.

—Vamos a hacerlo de una puta vez —dije, y avanzamos lenta y silenciosamente.

El sistema de ventilación era un laberinto que serpenteaba por toda la casa, y habíamos memorizado el camino que necesitábamos tomar para llegar a nuestro destino. Aun así, a pesar de la preparación, era un poco inquietante movernos solo de memoria, sin haber estado aquí antes. ¿Habría alguien caminando en el pasillo junto a nosotros o debajo, a solo unos metros de distancia? ¿Estábamos siendo lo suficientemente silenciosos? Jennifer y yo siempre habíamos sido hábiles para movernos rápida y silenciosamente, desde que éramos niños. Habíamos escapado de los matones en nuestro edificio de apartamentos tantas veces que dejaron de intentar atraparnos. Habíamos puesto a prueba nuestras habilidades muchas veces durante nuestros pequeños atracos. A pesar de todo eso, nunca dejaba de ser emocionante.

Jennifer y yo deberíamos haber dejado esto hace mucho tiempo. Tal vez por eso no lo habíamos

hecho.

Nuestras luces brillaban en la chapa metálica mientras motas de polvo luminosas flotaban frente a mis ojos como luciérnagas. Ambos manteníamos nuestras orejas transformadas en forma de lobo para que fuera más fácil detectar cualquier señal de que nos hubieran descubierto. Aunque estábamos debajo del primer piso, aún podía escuchar la fiesta en el piso de arriba, un ritmo constante de golpes sordos mientras la gente se movía. Poco a poco, se fue haciendo más silencioso a medida que nos alejábamos del área del salón de baile.

Después de cinco minutos de arrastrarnos, llegamos a lo que a primera vista parecía un callejón sin salida, pero en realidad era donde la ventilación giraba noventa grados verticalmente, llevándonos hacia el techo del primer piso donde eventualmente estaríamos sobre nuestro destino. Casi habíamos llegado.

Jennifer se puso de pie en el conducto vertical y levantó su pie derecho. Me arrastré hacia adelante y aseguré su pie en mi hombro derecho, sosteniendo su tobillo firmemente con mi mano. Hicimos una pausa por un momento, escuchando.

—No hay moros en la costa —dije—. No oigo a nadie.

—Sí —respondió, y se impulsó hasta estar de pie sobre mis dos hombros. Adelanté mis rodillas y me puse de pie, levantándola hacia el pasadizo. Luego, ella agarró el borde de la ventilación horizontal sobre nosotros y se izó.

Su voz flotó de vuelta hacia mí. —¿Necesitas la cuerda?

Incliné la cabeza hacia atrás. La ventilación cruzada estaba a unos dos metros de altura, no demasiado lejos. Podía hacer el salto, pero tenía que tener cuidado de hacerlo con el menor movimiento posible para no delatarnos.

—Puedo hacerlo —dije.

El espacio era estrecho. No tenía suficiente espacio para balancear mis brazos y ganar impulso extra para el salto. Necesitaría tenerlos ya extendidos por encima de mí, como un buzo saltando a una piscina, y hacer el salto de esa manera. Me froté las manos, tomé un respiro profundo y doblé las rodillas hasta que tocaron el metal. Luego, con una fuerte exhalación, mis pies dejaron el suelo.

¡Mierda! ¡No fue suficiente!

Mis dedos se engancharon en el borde pero inmediatamente comenzaron a resbalar. ¡Iba a caer!

Mi mano derecha cedió primero, y la izquierda medio segundo después. Debí haber estado suspendido en el aire por una fracción de segundo antes de que las manos de Jennifer salieran disparadas y agarraran mi muñeca. Mi cuerpo se balanceó hacia adelante, y me detuve de impactar contra el lado de la ventilación con mi mano libre. Un *dong* bajo y hueco vibró a través de la ventilación. Hice una mueca. No fue tan malo como podría haber sido, pero aun así.

Jennifer me subió y me agarré del borde para impulsarme el resto del camino. Ella me lanzó una mirada.

—Gracias —le dije.

—La próxima vez, usa la cuerda —dijo, y siguió gateando.

Mientras avanzábamos, mi mente volvió al hombre que había visto de pie en el balcón. La idea de quién era —un niño mimado y rico sin absolutamente ninguna preocupación en la vida excepto cuánto dinero quedaba en su cuenta bancaria— me enfurecía. Ahí parado, quejándose con su caro whisky y su estúpido traje. Maldita sea. No tenía idea de quién era y lo odiaba.

Pero lo que más odiaba de él era lo atractivo que era. No, lo atractivo que yo lo encontraba. Eso era culpa mía. Podría haberlo sacado completamente de mi mente, pero su apuesto rostro se quedó allí, negándose a irse, burlándose de mí. Quería verlo mejor. Quería ver su cara de nuevo para poder encontrar algún defecto y olvidarme de él.

Es uno de ellos. ¿Qué más hay que buscar?

Por alguna razón, eso no era suficiente para hacerme olvidar de él.

Jennifer se detuvo, y casi estampé mi cara contra sus talones. Miró por encima de su hombro y señaló el suelo. *Aquí.*

Asentí.

Avanzó unos metros más, revelando un panel de ventilación rodeado de luz que se filtraba desde la habitación de abajo. Se dio la vuelta en el lado opuesto del panel, y ambos miramos a través de la rejilla para ver un suelo de mármol cremoso. Cerré los ojos y saqué la nariz de mi lobo.

Olía bien, sonaba bien. Podía oír gente hablando fuera, pero la habitación estaba vacía. Asentí a Jennifer, y quitamos el panel y lo apartamos. La luz llenó el conducto, y Jennifer apagó su linterna frontal. Se dio la vuelta de nuevo, se deslizó hacia adelante y se dejó caer en la habitación. Aseguré magnéticamente una línea a la abertura de ventilación y luego la seguí.

Jennifer miraba todo con ojos bien abiertos. Le sonreí y levanté el pulgar. *Bingo.* La habitación estaba llena de estantes y percheros repletos de pertenencias. Había al menos dos docenas de bolsos, varios de los cuales parecían estar tachonados de diamantes. Abrigos de piel, chaquetas e incluso algunos bolsos de fin de semana. Sin duda, esto era un *botín*. Un botín importante.

Ambos nos quitamos las mochilas, abrimos las cremalleras laterales para expandirlas y nos pusimos manos a la obra. Jennifer fue a por los bolsos y carteras, y yo fui a por los abrigos.

Trabajamos en silencio, sin saber cuánto podrían oír las personas al otro lado de esa puerta.

Sabuesos del infierno, las cosas que esta gente traía consigo. Varias de las chaquetas de hombre tenían fajos de dinero metidos en el bolsillo del pecho que sumaban más valor que algunos de nuestros botines enteros. Había bolígrafos de oro macizo, un encendedor que probablemente costaba tanto como un coche, y aún más dinero en efectivo. Al parecer, a los tipos les gustaba llevar fajos de billetes encima.

Me dirigí hacia el fondo de la habitación, con mi bolsa ya casi llena.

—Estoy llena —susurró Jennifer, agarrando la cuerda que colgaba del techo—. ¿Estás bien?

Metí un par de guantes de piel en mi bolsa y la cerré, y entonces lo vi. —Vaya. Esto no estaba en el mapa.

Una caja fuerte.

Me acerqué y miré el teclado en la puerta. Jennifer se acercó a mí.

—Es electrónica. ¿Alguna vez has intentado abrir una de estas? —le pregunté.

—Sí —dijo ella—, pero solo lo he hecho un par de veces, y no sé cuánto tiempo...

—¿Trajiste tu equipo?

—Por supuesto.

—Tenemos algo de tiempo extra, veamos qué hay dentro.

Frunció el ceño y luego dejó su mochila en el suelo. —No creo que sea buena idea.

—Tenemos tiempo —repetí. Solo habíamos estado allí menos de cinco minutos.

—De acuerdo —dijo, y sacó una pequeña bolsa de su mochila.

Mientras ella trabajaba, me acerqué a la puerta para estar atento por si venía alguien. El camino seguía despejado y libre. Nadie sabría que habíamos estado allí hasta que la fiesta terminara, y aun así, probablemente no se darían cuenta de que les habían robado.

—*¿Traje mi fajo de billetes conmigo esta noche, cariño?*

—*Oh, no lo sé.*

—*Supongo que no.*

Pasaron diez minutos. Luego quince.

Empecé a pasear por la habitación.

Todavía teníamos tiempo. A estas alturas, probablemente podríamos estar aquí toda la noche sin que nadie nos encontrara.

—Para ya —dijo Jennifer—. Me estás volviendo loca.

—¿Cuánto más? —pregunté.

—No lo sé. Depende del firmware del sistema. *Podríamos* simplemente irnos, ¿sabes? No esperábamos esto.

—Lo sé, lo sé. Pero... Es nuestro último trabajo. Vamos, pensé que tú, más que nadie, querrías saber qué hay dentro.

—Sí quiero, pero... No estoy acostumbrada a quedarme tanto tiempo. Espera. Espera, lo tengo. Va a abrirse.

—¡Sí! Jennifer, eres increíble.

Me apresuré. El panel de la caja fuerte parpadeó en verde mientras una serie de números se desplazaba por la pantalla, y nos inclinamos con impaciencia. La cadena de números que se desplazaba comenzó a detenerse, una columna a la vez, hasta que quedó un único dígito final.

—Allá vamos —susurró Jennifer.

El número se detuvo. El panel se puso rojo.

Y entonces comenzó a sonar una sirena, tan fuerte como un aullido a la luna.

Nos miramos. Los ojos de Jennifer estaban abiertos de par en par.

Ambos hablamos al mismo tiempo.

—*Mierda.*

—¿Cómo se apaga esto? —grité.

—¡No lo sé! ¡Tenemos que salir de aquí!

Agarró su bolsa del suelo y corrió hacia la cuerda de escape conmigo pisándole los talones. Me deslicé hacia una silla que estaba en la esquina y la atranqué bajo el pomo de la puerta justo cuando escuché que se liberaba el cerrojo. La puerta se empujó hacia adelante y se atascó contra la silla, y por la abertura llegaron los gritos confusos de las personas del otro lado. Inmediatamente comenzaron a golpear la puerta con los hombros.

—¡Christophe, vamos! —gritó Jennifer. Ya estaba a mitad de camino por la cuerda.

—¡Ve! —le grité, y ella se deslizó hacia arriba y desapareció en el conducto. Corrí y salté hacia la cuerda, subiéndome tan rápido como pude. Jennifer me miró desde arriba con ojos grandes y asustados.

La puerta vibró con una fuerte patada, una y otra vez. Alcancé el conducto y Jennifer agarró mis muñecas, luchando por tirar de mí hacia adentro. ¡No podía moverme! ¡Estaba atascado!

—¡La bolsa! —gritó Jennifer—. ¡Está atascada!

Hinchada con el botín, se había enganchado en la abertura. En un momento de pánico, meforcé y tiré, pero fue inútil. Sabía que no tenía otra opción. Aún agarrado al borde, solté una mano a la vez y dejé que la bolsa cayera de mis hombros. Golpeó el suelo y reventó, esparciendo las golosinas por el piso justo cuando la puerta se abrió de golpe.

Miré por encima de mi hombro y vi a dos hombres con traje —parte del personal de la casa—

mirándonos con incredulidad atónita. Entonces apareció *él*.

—¿Qué demonios está pasando? —gritó. Una mujer llegó detrás de él, vio el desastre dentro y soltó un chillido agudo.

Nuestros ojos se encontraron por primera vez. Su mirada penetró la mía y una emoción eléctrica recorrió todo mi cuerpo.

Con un último tirón, desaparecí en el conducto.

—¡Vamos, vamos, vamos!

Gateamos lo más rápido que pudimos, golpeándonos dentro del ducto, rezando para que no tuvieran el sistema memorizado como nosotros.

Mierda. Me había vuelto arrogante y codicioso, y no tenía idea si íbamos a poder salir de esta. Al menos no habían visto a Jennifer.

Me esforcé por escuchar sus movimientos; podían oírnos, nos estaban siguiendo.

—En el momento en que salgamos de este conducto, quiero que corras —dije—. Suelta tu bolsa, transfórmate y corre. Estaré justo detrás. ¿Entendido?

—¿Qué? ¿Estás loco? No voy a soltar mi bolsa.

—Solo me conocen a mí. No podemos arriesgarnos a que también vayan por ti. Sal de aquí tan rápido como puedas, maldita sea. Yo llevaré la mochila.

—Mason... —Podía escuchar el miedo en su voz. Jennifer era dura, pero solo era una niña. Nunca habíamos estado en esta situación antes.

—Haz lo que te digo, Jennifer —dije, haciendo mi mejor esfuerzo por sonar tranquilo—. Estaremos bien.

Bajamos por el conducto vertical. Ya casi estábamos. No podía oírlos más, pero sabía que estarían afuera, buscando en todos los paneles de acceso de ventilación. Era una casa enorme, así que tal vez, solo tal vez, tendríamos suerte.

No podía dejar que atraparan a Jennifer. Por el bien de mamá. Ella no podía enterarse de que Jennifer había estado haciendo esto.

Jennifer desatornilló rápidamente el panel de acceso y lo abrió. Podía oír el alboroto de la fiesta en el piso de arriba, las voces de los invitados tratando de averiguar qué estaba pasando. A regañadientes, se quitó la mochila y me la entregó.

—Ve directo al bosque, antes de que a alguien se le ocurra buscar aquí. Yo iré por donde vinimos y te encontraré allí. Es mejor que nos separemos. ¡Ve!

Asintió y en segundos estaba en su forma de lobo, corriendo a través de la oscuridad lejos de la casa. Yo también me transformé, el pelaje blanco cubriendo mi cuerpo mientras mis músculos se expandían y mis huesos se reconfiguraban. Jennifer desapareció en la línea de árboles, y me volví para moverme a lo largo de la casa.

—¡Eh, tú! ¡Detente!

Me di la vuelta y lo vi —a Christophe— de pie en el balcón, señalándome. Qué gracioso cómo pasé tan rápido de querer verlo mejor a desear que nunca hubiera existido. Qué gracioso que *él* de entre todas las personas fuera el que me persiguiera. ¿Quién demonios era, de todos modos?

¿El jefe de seguridad?

Salí disparado y de inmediato sentí un dolor agudo y helado que me recorrió la pata. Un aullido escapó de mi boca mientras mi pierna se doblaba y daba una voltereta en la tierra. Cuando me enderecé, vi que había pisado justo el vaso de whisky roto. No sabía qué tan mala era la herida, pero estaba sangrando. Apreté los dientes contra el dolor y corrí.

Detrás de mí, escuché un impacto en la tierra.

¡Mierda! ¡Me estaba persiguiendo el muy cabrón!

Sentía como si me clavarán colmillos al rojo vivo en la pata cada vez que hacía contacto con el suelo, pero me negué a aminorar el paso. Me arriesgué a mirar por encima del hombro y lo vi en plena persecución, un lobo negro enorme con intensos ojos rojos. Estaba sobre mí, su cuerpo apuntado y enfocado, como un avión de combate. Lo loco era que de alguna manera yo seguía siendo más rápido que él. Estaba en mejor forma, pero eso no significaba que pudiera relajarme. Estaba poniendo algo de distancia entre nosotros, pero ¿cuánto tiempo podría mantener este ritmo?

Rompí la correa de mi mochila con los dientes, desabrochándola, y luego la arrojé hacia atrás a mi perseguidor en un intento patético de crear algún tipo de obstáculo. Además, me estaba ralentizando. Era doloroso deshacerme de ella, pero tenía que hacerlo.

Joder. Con las manos vacías. La había cagado. Esto era lo que pasaba cuando te volvías codicioso.

La mansión había quedado muy atrás. Bordeé el límite del bosque, con el sonido de mi corazón retumbando fuertemente en mis oídos. No necesitaba mirar, podía sentirlo detrás de mí, ganando terreno lentamente. Cada paso era una agonía. Sentía como si un sudario se cerniera sobre mí, la oscuridad cerrándose, estrechando mi visión. Adelante. Adelante. Solo necesitaba aguantar más que él. Tenía que llegar a casa. Tenía que llegar a Jennifer. No podía dejar que me atrapara.

Aguanta, Mason. Sigue adelante.

Me desvié hacia el bosque y zigzagueé entre los árboles, saltando sobre troncos caídos e ignorando las punzadas de dolor que me atravesaban la pierna.

No te detengas.

Puedes hacerlo.

Las ramas se enganchaban en mi pelaje, como garras intentando arrastrarme al suelo. Los árboles pasaban como señales en una carretera. Sentía como si mis piernas me llevaran por sí solas, como si ya no estuviera en control. Lo único que me importaba era escapar y llevar a mi hermana de vuelta a casa sana y salva. Ya nos las arreglaríamos con el dinero... Encontraríamos la manera de sobrevivir.

Nunca más volveré a hacer esto. Esta fue la última vez.

Era una promesa que lancé al cosmos, a quien quiera que estuviera escuchando, y la respuesta que recibí no fue la que esperaba.

Mientras saltaba sobre un árbol caído, mi pierna herida se tensó y cedió bajo mi peso, enviándome al suelo dando tumbos. Cuando intenté ponerme de pie nuevamente, un dolor candente atravesó mi cuerpo, casi arrancándome la consciencia. Volví a desplomarme y, por primera vez, vi el corte que recorría el centro de mi pata. Sentía que estaba a punto de desmayarme. Entonces me di cuenta de que estaba solo.

Una brisa silbó entre los árboles, agitando el follaje y haciendo levantarse un remolino de hojas muertas del suelo. Lenta y cuidadosamente, me puse de pie, evitando poner presión sobre mi pata. Mi pelaje blanco estaba empapado de rojo.

Necesitaba encontrar a Jennifer. Necesitaba-

De repente, él explotó desde la espesura, una masa de pelaje negro y músculos duros de la que solo alcancé a ver un destello antes de que se estrellara contra mí. Sentí cómo el impacto me vaciaba los pulmones, y caí al suelo. No había forma de que pudiera levantarme, incluso si no me estuviera inmovilizando con sus patas delanteras. Se alzaba sobre mí, con los dientes al descubierto en un gruñido furioso. Quería pelear contra él, enseñarle cómo se hacían las cosas en mi barrio, pero apenas podía moverme. Apenas podía pensar. El túnel se cerraba a mi alrededor y me estaba desvaneciendo rápidamente.

Las sirenas rompieron el silencio del bosque.

Todo lo que podía hacer era rezar para que Jennifer hubiera escapado sin ser notada.

CHRISTOPHE



Observé cómo la policía cargaba al omega en la parte trasera de la ambulancia mientras los invitados a la fiesta miraban boquiabiertos desde sus coches al marcharse. Atado a una camilla y aún en forma de lobo, el idiota testarudo se había negado a volver a su forma humana, aunque eso le hubiera ayudado a sanar la desagradable herida que se había hecho cuando dejé caer aquel fatídico vaso de whisky.

Si hubiera tenido éxito con su pequeño atraco, se habría llevado una cantidad increíble de dinero y objetos de valor —dos bolsas llenas— incluyendo los preciosos regalos de Perennia Whitefang. Estaba furiosa, por supuesto, y si no hubiera sido por su estatus relativamente bajo, probablemente habría montado una escena más grande de la que hizo. Su marido parecía divertido con todo el asunto, observando en silencio con una sonrisa en la cara. Se marcharon poco después de que llegara la policía, diciendo Perennia que ya no se sentía segura en nuestra casa. No intenté detenerla.

Aun así, tenía una razón válida para sentirse insegura. No podía creer que nos hubieran robado. A pesar de que teníamos un sistema de seguridad de última generación, había logrado eludir todo colándose en el sistema de aire acondicionado y, para empeorar las cosas, el guardarropa no tenía ningún tipo de sistema de vigilancia en su interior. Simplemente nunca había habido una razón para ello. Había hectáreas y hectáreas de bosque salvaje en todos los lados de nuestra casa, y eso era una seguridad en sí misma.

—El tipo sabía lo que hacía —dijo Loch. Él, Arthur y yo estábamos en el guardarropa, ahora vacío, y me acerqué a la caja fuerte para examinarla. Nada de lo nuestro había sido tocado.

—Obviamente —dije—. Sabía cómo acceder a esta habitación. Debía tener información sobre la casa.

—Sin mencionar que fue capaz de abrir la caja fuerte —dijo Arthur—. ¿Es el mismo ladrón que atacó el Distrito Blackwood?

—Me lo pregunto —dije—. El ladrón de Blackwood nunca robó nada grande, sin embargo. Nada de esta escala. Aunque tenía que estar tan bien preparado como este tipo, para poder salirse con la suya sin ser detectado durante tanto tiempo.

—Apuesto a que son el mismo —dijo Loch.

—Christophe.

Todos nos enderezamos al oír la voz de Padre. Estaba de pie en la puerta del guardarropa, con la mano en el marco. La puerta colgaba flojamente de una bisagra, rota después de que la derribara de una patada.

—¿Sí, Padre?

—Ven conmigo.

Lo seguí fuera de la habitación. No podía evitar sentirme pequeño, como si fuera un niño otra vez y Padre estuviera a punto de reprenderme por mis errores. Y había cometido muchos errores. Asegurarme de que la fiesta transcurriera sin problemas había sido mi responsabilidad, y aunque el incidente no fue mi culpa, podría haber organizado una mejor seguridad. Además, después de dejarlos solos, mis dos pequeños primos se habían ido y de alguna manera se las habían arreglado para conseguir algo de whisky de miel de oso, así que no solo teníamos invitados molestos, una mancha en nuestra reputación y una puerta rota, sino que también teníamos a dos niños borrachos vomitando en el baño. Afortunadamente, Madre se ofreció a cuidarlos. Parecía

conmocionada por el robo, y creo que de todos modos necesitaba algo para distraerse.

—Lo has hecho bien —dijo Padre, y lo miré sorprendido.

—Gracias, Padre —respondí—. Yo no siento lo mismo.

—Fue una situación desafortunada que podría haber ocurrido independientemente de la preparación. Te encargaste de todo y, además, atrapaste al ladrón.

Salimos al frente de la casa, donde un equipo de policía se movía por la propiedad recogiendo pruebas. Padre puso su mano en mi hombro. —Estás listo para liderar este clan —dijo—. Tal como estabas destinado a hacerlo.

—Gracias, Padre. —Por alguna razón, sus palabras no me hicieron sentir tanto orgullo como habría esperado.

—Te estoy otorgando plenos poderes del clan en este asunto —continuó Padre, con una sonrisa—. Haz un seguimiento con el inspector jefe sobre esta situación.

Ahora *sí* que estaba sorprendido. Plenos poderes del clan. Eso significaba que me estaba dando permiso para actuar en su nombre.

—Pon al ladrón tras las rejas o hazlo exiliar. Tu juicio, te dejo la decisión a ti.

—Sí, padre —dije.

Me apretó el hombro y volvió a entrar, dejándome solo afuera. La policía estaba rociando el camino que había tomado el ladrón, donde su pata herida había dejado un rastro de huellas

ensangrentadas. Seguí el rastro de vuelta hacia la casa, las huellas ahora no eran más que una bruma difusa de agua color óxido. Me detuve al lado de la casa, cerca de donde él había pisado el vaso de whisky roto. El vidrio había sido limpiado, barrido junto con todas las demás evidencias de que algo había ocurrido aquí esta noche. Pronto, todo volvería a la normalidad. Se mejoraría la seguridad de la casa, enviaríamos regalos de condolencia a todos los invitados, y todo quedaría olvidado.

Ahora era mi responsabilidad hacer justicia al canalla que decidió que sería una buena idea robar a los Luna.

Apoyé la espalda contra la pared, sintiendo el repentino peso de esta nueva responsabilidad. Este era el tipo de decisiones que tomaría como líder del clan. Cosas reales. Decidir el destino de las personas que traicionaban las reglas del clan, o de aquellos que se cruzaban en nuestro camino. Determinar lo que era mejor no solo para mi familia, sino para un clan entero. Cientos y cientos de personas.

Ahora realmente sentía que podía usar ese trago.

Me agaché y enterré la cara en mis palmas. Necesitaba mantener la compostura. Por supuesto que las cosas no iban a ser fáciles. Nunca esperé que lo fueran.

A través de las grietas de mis dedos, vi algo en el suelo que casi me detuvo el corazón. Me incliné hacia adelante para tener una mejor vista de la única huella de pata ensangrentada que el equipo de limpieza había pasado por alto. Me llamó la atención, porque conocía esa huella tan bien como la mía propia. ¿Me lo estaba imaginando? No podía ser posible, ¿verdad? Pero no, realmente estaba ahí, hasta la única almohadilla faltante. Era la misma huella de pata que había llevado en mi muslo derecho desde el nacimiento. Mi marca de pareja destinada.

* * *

Me senté en la sala de fumadores ahora vacía, el olor de la fiesta aún persistía en el aire, una mezcla de perfume, colonia y entremeses. Hundiéndome en el sillón, agitaba un vaso de whisky

en mi mano y ocasionalmente lo llevaba a mis labios. Un fuego crepitaba en la chimenea frente a mí, y los retratos de mis antepasados me miraban desde arriba. Me sentía notablemente como mi padre en ese momento, algo que me resultaba extrañamente inquietante. Todo sobre este día me había sacado de quicio.

Mis pensamientos me llevaron de vuelta al momento en que pateé la puerta del guardarropa y lo vi a punto de desaparecer en el techo. No había pensado mucho en cómo se veía en ese momento, pero ahora estaba estrujándome el cerebro, tratando de recordar cada detalle de su rostro. Venía como un borrón. Era atractivo, eso sí lo recordaba, con pelo pálido y ojos azules intensos. Se veía joven. Definitivamente más joven que yo. Era un omega; sus ojos y pelaje lo delataban. Era un criminal y ladrón, y también el dueño de esa huella de pata.

Las marcas de pareja destinada no son reales.

Me sentía entumecido. Quería creer que era una coincidencia. Debía haber miles, quizás millones de lobos con una almohadilla faltante en su pata, y solo resultaba que yo tenía una marca de nacimiento que llevaba esa apariencia. Algo en lo profundo de mí sabía que ese no era el caso, sin embargo. Podía sentirlo en mis entrañas, que era *real*.

¿No había querido creer que era real? ¿Por qué estaba tratando de convencerme de lo contrario ahora?

¿Qué significaba?

La puerta de la sala de fumadores crujió al abrirse, sacándome de mis pensamientos. Miré por encima del hombro y vi que era Arthur. Caminó hacia la mesa de licores y se sirvió un vaso de whisky de una de las garrafas de cristal, y lo trajo a la silla junto a mí. Gimió al sentarse.

—Vaya noche, ¿eh? Estuve así de cerca, Christophe. Así de cerca. —Levantó la mano, midiendo una pulgada con su pulgar e índice—. La hija del líder del Clan del Bosque Dorado. *Tan* caliente. Refinada, con un toque travieso. No conoces a muchas así muy a menudo. De todas las noches

que teníamos que ser jodidamente robados.

Solté una risa por la nariz que fue más bien un leve reconocimiento. Mis pensamientos estaban tan lejos de los problemas de chicas de Arthur como podían estarlo.

—Me preguntó si había una habitación donde pudiéramos estar solos, y yo solo dije 'elige una'. Íbamos a hacerlo, y la alarma sonó. Podría haber simplemente...

—¿Arthur?

—¿Qué?

—¿Crees en las parejas destinadas?

Se rio. —Para algunas personas, tal vez. Para mí no, sin embargo. Yo creo en... Parejas destinadas para la noche.

—¿Incluso si tuvieras una marca de pareja destinada? ¿Qué harías?

Me lanzó una mirada. —A ti te dijeron que tienes una, y no crees en esas tonterías. Aunque, supongo que si alguien apareciera con mi marca, eso sería algo. Ciertamente podría cambiar de opinión. Si supiera que esa persona existe, no pararía hasta conocerla —Se encogió de hombros—. O no. ¿Por qué me preguntas esto? No habrás conocido a alguien esta noche después de todo, ¿verdad?

Negué con la cabeza. —No.

—Mm —Tragó su bebida de un solo trago—. Qué lástima. Por cierto, buen trabajo persiguiendo

a ese imbécil hoy. Lo seguiste por casi un kilómetro y medio. Estoy impresionado. No sabía que tenías esa resistencia.

Arthur me miró fijamente, esperando que respondiera, pero no me interesaba.

—Padre me encargó resolver la situación —dije.

—No me sorprende.

—Me dio autoridad total del clan —añadí.

Sus ojos se abrieron de par en par. —Vaya. Primera vez, ¿eh?

—Sí.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Nunca he tenido el destino de alguien en mis manos.

—Sé que papá haría un ejemplo de él. Exilio. O algo peor.

Se levantó y me dio una palmada en el hombro. —Debo decir, Christophe, que me alegro de no estar en tu lugar. No sé cómo manejas toda esa presión. Te tengo mucho respeto.

—Mm.

Arthur se fue, devolviéndome a la soledad de mis pensamientos. No, soledad no era la palabra correcta. *Él* estaba allí, en el centro de mis pensamientos. Este hombre que no conocía. Este omega. Este criminal.

La marca en mi pierna pareció hormiguitar, como si la hubieran tocado con electricidad estática. Estiré mis pantalones y me froté el muslo con la palma, sin saber si solo había sido mi imaginación. Esa huella de pata. Su huella de pata. No podía ser real. Me estaba convenciendo de cosas falsas porque últimamente me sentía descontento. Era solo una coincidencia, tenía que serlo. ¿Cómo podía ser posible estar marcado desde el nacimiento? Ese tipo de magia podría haber existido hace mucho tiempo, pero no hoy. Ya no.

Me tragué el resto de mi whisky y comencé a pasear por la habitación. No se me exigía visitar al culpable en persona, no para algo como esto. Podría hacer una llamada telefónica al inspector jefe y decirle cuál sería el castigo decidido por el Clan de la Luna Creciente. Casi con certeza, el tipo de persona que andaba por ahí allanando casas no tendría el respaldo de ningún clan de influencia, así que no habría disputas ni argumentos.

Pero necesitaba saber. *Necesitaba* verlo, y con suerte poner fin a esta estupidez.

Poniéndome la chaqueta, pasé junto a Stephen en el vestíbulo principal. Estaba con dos miembros del personal de la casa, los tres empujando carritos de copas de champán vacías.

—Voy a tomar el coche, Stephen —dije.

—¿A esta hora, señor?

—Voy al centro.

—Sí, señor... ¿Quiere que lo lleve?

—No. No tardaré mucho. Ah, y Stephen...

—¿Señor?

—No se lo digas a mis padres.

Asintió. —Por supuesto.

Rugí hacia el centro de Wolfheart, tomando las carreteras restringidas especiales reservadas solo para altos funcionarios del clan. Los túneles brillantemente iluminados pasaban a través de las montañas y serpenteaban profundamente bajo tierra, evitando las autopistas abarrotadas y las calles repletas de la ciudad. Poco después tomé la salida que me llevó directamente al complejo policial, y subí por una rampa hasta una plataforma elevadora que llevó el coche al estacionamiento del complejo. El mismo Inspector Jefe Burnside se apresuró a recibirme.

—Señor Luna, no sabía que vendría esta noche.

—Es una visita inesperada —dije.

—Supongo que está aquí para ver al hombre que entró en su mansión.

—Así es.

Lo seguí por el complejo, que a pesar de la hora aún bullía de vida mientras los oficiales trabajaban. Vi a un lobo gris amordazado con la cara llena de cicatrices siendo arrastrado por dos oficiales, uno en forma humana y otro en forma de lobo. Arrastraba las patas, haciendo todo lo posible para dificultar su traslado, y finalmente incluso levantó una pata y comenzó a orinar en la pared. Los oficiales gritaron y tiraron de la cadena conectada a un collar alrededor de su cuello, y él dejó escapar un aullido ahogado. Aparté la mirada.

—¿Es esta su primera vez en el complejo, señor Luna? —preguntó el Inspector Jefe Burnside—. Solo me he reunido con su padre.

—Lo es.

—Bueno, bienvenido a la perrera. Probablemente sea un shock venir aquí desde tu mundo. Te acostumbrarás. Por cierto, déjame agradecerte por las donaciones hechas por tu clan. Realmente apreciamos tu ayuda.

—Por supuesto —dije, distraído. No quería hacer vida social, quería verlo a *él*—. Entonces, ¿qué sabe sobre este hombre? ¿Cuál es su nombre?

—No apareció en ninguna de nuestras bases de datos. Esta es la primera vez que lo atrapan. No sabemos su nombre, pero es solo cuestión de tiempo. No te preocupes.

—Le preguntaré.

El jefe se rio.

—Adelante, pero dudo que te diga algo. Por aquí.

Colocó su mano en un escáner de pared, desbloqueando una puerta frente a nosotros con un fuerte zumbido. Dentro había una larga fila de celdas cerradas con gruesas paredes de vidrio. Personajes poco recomendables caminaban o se sentaban en ellas, algunos en forma humana, otros en forma animal. Hice contacto visual con un enorme oso de pelaje desaliñado que luego se levantó de su cómicamente pequeña cama y se alzó hasta el techo. Llegamos a la última celda. En ella había un hombre acurrucado en su catre con la espalda hacia mí, una manta cubriéndolo. Comparado con las personas en las otras celdas, parecía fuera de lugar. Aunque no podía ver su rostro, había algo en él. Se veía pequeño. Vulnerable. Sentí un extraño tirón en el pecho. Mi

corazón latía con fuerza.

—Despierta ahí dentro —dijo el jefe, y presionó un botón que emitió un fuerte zumbido dentro de la celda. El hombre se sobresaltó y se incorporó de golpe. Lentamente, se dio la vuelta. Acunaba su mano derecha, que estaba envuelta en un vendaje blanco. Se puso de pie, y la manta se deslizó de sus hombros, revelando que estaba desnudo hasta la cintura, su pequeño cuerpo esculpido con músculos. No era de extrañar que pudiera superarme corriendo, incluso con una pata lastimada. Su poderosa fisicalidad era obvia.

Entrecerró sus ojos de zafiro brillante hacia mí, y sentí que mi corazón empezaba a latir un poco más rápido. Era hermoso.

Su voz emergió, un gruñido bajo de su garganta.

—Tú.

MASON



El zumbido de la alarma me sacó de mis pensamientos. No estaba durmiendo; era imposible conciliar el sueño con todo lo que tenía en mente. Estaba preocupado por Jennifer. Estaba bastante seguro de que había logrado escapar sin ser detectada porque la policía aún parecía creer que yo había estado solo, pero ahora Jennifer estaba por su cuenta. ¿Y qué le diría a mamá? Eventualmente descubrirían quién era yo. ¿Estaría Jennifer a salvo? ¿Descubrirían que ella estuvo involucrada?

No soportaba pensar en mamá descubriendo lo que había estado haciendo, y mucho menos en que nos descubrieran a los dos.

La había cagado a lo grande. Me había vuelto arrogante. Había ideado todas las precauciones para mantenernos a salvo, y al final, fui yo quien decidió ignorarlas. Si tan solo hubiera ignorado esa maldita caja fuerte...

Lo peor era que no teníamos nada que mostrar por ello. Y si descubrían que éramos responsables de los robos de Blackwood... ¿Qué pasaría con mamá si Jennifer y yo ya no estuviéramos? No tenía a nadie más.

Hacía calor en la celda, así que me había quitado la camisa. Mi mano derecha palpitaba dolorosamente bajo los vendajes. Me dijeron que tardaría más en sanar debido a lo mal que la había destrozado en mi intento de escape.

—Despierta ahí dentro.

¿Qué demonios querían a esta hora? ¿Era parte de su juego de interrogatorio? ¿Preguntas interminables, sin tiempo para descansar?

Me di la vuelta y me sorprendí al ver quién estaba de pie junto al inspector jefe.

¿Qué hacía él aquí? *Christophe*. Ese era su nombre. Había pensado que podría ser parte del equipo de seguridad o algo así, pero verlo de nuevo ahora cambió mi opinión. No tenía esa vibra. Y a juzgar por su forma impecable de vestir... Era alguien importante.

Maldición. ¿Era un Luna?

Con esa revelación vino una mucho más pesada. Si era un alfa Luna, entonces eso significaba que tenía una influencia directa sobre cuál sería mi castigo.

—Tú —dije.

Parecía que me estaba juzgando, mirándome con desprecio, y eso me cabreaba. Y odiaba que aún lo encontrara atractivo, incluso después de todo esto. Era como si mi cuerpo y mi mente estuvieran chocando entre sí. Se veía jodidamente perfecto, especialmente al verlo de cerca, casi abrumadoramente así. Sentía un hambre profunda y dolorosa por dentro, como si quisiera devorarlo. Podía sentir la sangre corriendo hacia mi polla, e hice todo lo posible por alejar las fantasías que habían comenzado a arremolinarse en mi cabeza. Este hijo de puta presumido era el enemigo. Y era la razón por la que estaba sentado en esta maldita celda.

Se arregló los gemelos y le dijo algo al jefe, quien asintió y nos dejó solos. Nos miramos fijamente, un silencio espeso se instaló entre nosotros. El hombre que estaba al otro lado del cristal parecía ser ligeramente diferente del que había espiado en el balcón. Aquel estaba perdido en sus pensamientos. Recordaba haber visto algo en sus ojos, un anhelo por algo que había despertado mi curiosidad. No había nada de eso aquí, ahora. Este hombre era todo negocios.

—Mi nombre es Christophe Luna —dijo, con una voz de barítono aterciopelada que podía sentir incluso a través del cristal que nos separaba—. Primer alfa de la familia Luna.

Así que, era un Luna, el primer alfa.

—Dado que acabo de presentarme, lo cortés sería que tú también dieras tu nombre.

Miré al techo y me rasqué la nariz con el dedo medio. Él resopló. ¿Fue eso una risa?

—¿Sabes a quién le estabas robando? —preguntó.

—Sí. A gente que no habría echado de menos nada de esa mierda.

—Le robaste a miembros de algunos de los clanes más poderosos del país, bajo mi techo. ¿Sabes quién es el Clan de la Luna Creciente?

Fingí pensar. —¿Un montón de imbéciles?

Suspiró y metió una mano en su bolsillo. Sus ojos me escanearon perezosamente de arriba a abajo, y se frotó la barbilla. De repente me sentí extrañamente cohibido. Frunciendo el ceño, tomé la parte superior del uniforme blanco de prisionero del extremo del catre y me la puse.

—Se me ha dado la autoridad para decidir, en nombre de mi clan al que ofendiste, cuál será tu castigo. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo —respondí con seriedad—. ¿Qué satisfará el llamado de sangre del clan? Eso es lo que vas a decidir. De hecho, apuesto a que ya lo has decidido. Entonces, ¿por qué demonios estás aquí? ¿Qué quieres de mí? ¿Quieres que suplique? ¿Que me ponga de rodillas?

Alejí el pensamiento de mí mismo arrodillándome frente a él mientras se desabrochaba el cinturón. Sabuesos del infierno, ¿qué me pasaba?

—No —dijo—. Quería verte en persona. No quería que fueras solo una marca sin rostro en un papel cuando decida lo que van a hacer contigo.

—Entiendo. Querías ver qué clase de tipo increíble pudo colarse en tu casa justo bajo tus narices —extendí los brazos—. Aquí me tienes.

Sus ojos se desviaron hacia mi mano vendada. —Eso debe doler —dijo.

—He tenido peores —dije, encogiéndome de hombros. Era mentira.

—Te falta una almohadilla en esa pata cuando está transformada. ¿No es así?

¿Cómo diablos sabía eso? Cubrí mi mano inconscientemente. —Es un defecto de nacimiento —dije—. ¿Qué te importa a ti?

Cambió el peso de un pie a otro, y por una fracción de segundo, hubiera jurado que vi su expresión suavizarse, convirtiéndose en la que pertenecía al hombre del balcón.

—Nada importante —dijo—. Dejaste huellas de patas ensangrentadas por toda mi propiedad. Se destacó.

Lo miré fijamente. ¿Qué buscaba? Parecía que quería decir algo más al respecto, como si hubiera más que quisiera preguntar. Qué raro.

—¿Qué, quieres verla? —pregunté—. ¿Tienes algún tipo de fetiche con las patas?

—¿Qué? No seas ridículo.

Sonreí con suficiencia. Por su expresión, pude ver que había logrado meterme bajo su piel. Probablemente no era la mejor idea irritar al tipo que iba a decidir mi castigo, pero a veces simplemente no podía evitarlo. Y por alguna estúpida razón, estaba disfrutando jugar con él. ¿Qué se escondía bajo ese exterior pulido y perfecto? ¿Qué podría decir para hacer que ese otro yo que había visto saliera de nuevo?

—Me dicen que no puedo quitarme este vendaje por al menos una semana. Aparentemente, todo el correr que hice realmente me jodió.

—No deberías haber corrido.

—No me habrías atrapado si no hubiera pisado ese vidrio. Para ser un alfa, eres bastante lento.

Me miró con una mirada que hizo que mi corazón latiera más rápido. ¿Por qué diablos me estaba emocionando tanto al provocarlo? No era el mismo tipo de placer que obtenía al ser un listillo con las personas que odiaba, esto era algo completamente diferente.

—Bueno, felicidades —dijo—. Sigues siendo el que está en la jaula. ¿Vas a decirme tu nombre?

—Come comida para perros.

Christophe asintió para sí mismo, y luego dio un paso adelante para quedar justo frente al cristal. Presionó su palma contra él, como si estuviera tratando de tocarme. Una parte de mí quería transformarme y lanzarme contra él, tratar de asustarlo un poco, pero sabía que no estaba intimidado por mí. Tal vez eso me molestaba un poco.

—Está bien —dijo—. El Inspector Jefe Burnside me conseguirá tu nombre tarde o temprano, creo que sería más agradable si pudieras dármelo personalmente. Una presentación adecuada.

Tenía razón. Eventualmente, descubrirían quién era yo. Pero les iba a tomar un tiempo. Mientras mantuviera la boca cerrada, no había nada en mí que pudiera identificarme, y cuanto más tiempo pasaran sin saberlo, más tiempo podría pasar mi familia sin que esto les llegara. Incluso si solo fueran unos días, estaba bien. Tal vez le daría tiempo a Jennifer para pensar en algo que decirle a mamá.

Me incliné hacia el cristal para que nuestras caras estuvieran a solo unos centímetros de distancia.

—Come. Mi. Trasero.

Sonriendo para mí mismo, me retiré de vuelta a la cama y me envolví en la manta. Jugar con él era divertido, pero ya había tenido suficiente. Además, tenía la corazonada de que si esto continuaba, eventualmente se me escaparía algo.

Lo escuché exhalar. —Está bien. Buenas noches, Come Mi Trasero —Un momento después, el clic de sus zapatos alejándose y el estruendo y zumbido de la puerta indicaron que se había ido. Era mi turno de exhalar. Mi corazón estaba acelerado.

Christophe Luna.

¿Qué demonios estaba sintiendo?

* * *

El zumbido mecánico de la alarma me despertó de golpe. No tenía idea de cuánto tiempo había

dormido, se sentía como si hubieran sido solo minutos, si acaso. El zumbido no cesaba, y me senté, con el sueño aún pegado a mis ojos. Me cubrí los oídos para tratar de ahogar el sonido y miré alrededor buscando un reloj. No había relojes aquí.

—Despierta, despierta —dijo la voz del Inspector Jefe Burnside mientras entraba en mi celda, flanqueado a ambos lados por dos policías lobos medio transformados, todo músculo y colmillos erizados.

—¿Qué hora es? —croé.

—Hora de que yo haga las preguntas. Levántate.

Los dos oficiales me pusieron las esposas y me sacaron a la fuerza de la celda. Mientras me arrastraban por el complejo, vislumbré la luz del sol matutino entrando por las ventanas y capté la hora en un reloj de pared. Supongo que había dormido más de lo que pensaba.

Me empujaron a una habitación tenuemente iluminada con paredes grises lisas y uno de esos espejos de doble vista, y me estrellaron contra una silla de metal. Mi estómago gruñó. Estaba hambriento.

El inspector jefe tomó asiento frente a mí. —La única razón por la que estoy perdiendo mi tiempo con una mierda de perro como tú es por quién le robaste. Siéntete afortunado. La mayoría de la basura no trata directamente con el inspector jefe. Ahora, ¿tienes algo que quieras decirme? ¿Hacernos esto fácil? Porque vamos a obtener lo que queremos, ya sea ahora o después.

—Un desayuno estaría bien —dije.

—¿Desayuno, eh? Bien. Bien, debes tener hambre. —Sacó una radio y habló por ella—. Everdeen, ¿todavía tienen desayuno en el comedor?

—Sí, señor —crepitó la radio.

—Tráeme un plato completo. De todo. Mucho tocino.

Mi estómago rugió ruidosamente al mencionar el tocino, y unos minutos después la habitación se llenó con el espeso aroma de huevos, salchichas, tocino azucarado, tomates a la parrilla y frijoles. El oficial le entregó el plato a Burnside, quien lo colocó en la mesa justo fuera de mi alcance. Observé cómo tomaba un trozo de tocino y le daba un mordisco. Crujió sonoramente, y él sonrió.

—Buena mierda. Ya he comido, pero siempre puedo comer más tocino, ¿sabes?

Se me hacía agua la boca.

—Entonces —continuó—. ¿Cómo te llamas?

Cerré los ojos y pensé en mamá y Jennifer. Solo necesitaba aguantar. Darle todo el tiempo posible para limpiar cualquier evidencia de que estaba trabajando conmigo.

—Jack —dije, mirando de reojo el plato de comida.

—Bien —respondió Burnside, con una sonrisa presumida—. Bien. Eso no fue tan difícil. Tu apellido, y podrás desayunar.

—Inoff.

La sonrisa desapareció lentamente. —Jack Inoff —murmuró para sí mismo, sacudiendo la cabeza. Luego se levantó de golpe y barrió el plato de la mesa. Golpeó la pared, esparciendo comida por todas partes.

—Escucha, pequeña mierda de perro. Me estoy perdiendo la carrera de mi hijo porque tengo que estar aquí contigo, así que ¿por qué no simplemente jodid...

La puerta se abrió y un oficial asomó la cabeza. —Jefe.

—¿Qué?! —gritó, dándose la vuelta. El oficial se encogió, como si esperara que le arrojaran una mesa.

—Um, lo siento, señor. Eh, está aquí otra vez. Quiere verlo. —Asintió hacia mí.

—¿Él? ¿Qué, crees que puedo leer mentes? ¿Quién?

—El señor Luna.

Burnside gimió. —Sabuesos del *infierno*. ¿Está aquí ahora mismo?

—Sí, señor.

Se volvió hacia mí y me apuntó con un dedo gordo en la cara. —*Quédate*.

CHRISTOPHE



Conocerlo en persona no había hecho nada para tranquilizar mi mente. No había podido mirar su pata, y me preguntaba si lo hubiera hecho, si habría marcado alguna diferencia. Aparte de un rostro atractivo, era despreciable, obviamente tosco y completamente lo opuesto a cualquiera que hubiera imaginado como mi compañero destinado. Admito que me había hecho ilusiones e imaginado que tal vez ocurriría algo mágico y descubriría algo asombroso.

Irritante. Tosco. Irrespetuoso. El solo pensar en mi interacción con él me hacía enrojecer. Pero, ¿qué podía esperar de un vulgar ladrón?

Y eso es todo lo que era. Un mapache escurridizo, recogiendo las sobras de la basura. Y sin embargo, no podía dejar de pensar en él.

No sabía por qué había decidido volver al recinto policial a la mañana siguiente. No tenía ninguna razón para perder mi tiempo de nuevo, pero me sentía obligado a regresar. Supongo que, a pesar de todo, estaba intrigado. Y verlo era una excusa para alejarme de los asuntos habituales del clan. Reuniones, reuniones y más reuniones. Cuidar de dos adolescentes con resaca. Más reuniones.

Al menos él era interesante.

Apareció el Inspector Jefe Burnside, y pude ver que estaba ocultando el hecho de que no le complacía verme de nuevo. Aun así, esbozó una sonrisa y extendió su mano. Los clanes superiores controlaban todo, incluido su salario. Sabía que tenía que seguir el juego.

—Señor Luna.

—Inspector Jefe. Buenos días. ¿Algún progreso con mi pequeño intruso?

—Estoy trabajando en ello, le prometo que tendré algo para usted en breve. Pero sabe, no tiene que esperar un nombre para decidir su sentencia. Puede hacerlo cuando quiera.

—Y me gustaría saber a quién estoy castigando —dije—. Y me gustaría verlo de nuevo.

Su sonrisa se convirtió en una línea delgada. —Bueno, eso es... Lo estoy interrogando ahora, y estoy haciendo buenos progresos. No creo que...

—Me gustaría verlo de nuevo —dije amablemente.

El rostro del inspector jefe se tornó ligeramente rojo, y se aclaró la garganta. —Está bien. Claro. Sígame.

—Gracias, Inspector Jefe.

Me llevó a una pequeña sala de interrogatorios con un escritorio en el centro, y el señor Imbécil estaba sentado en silencio detrás de él, con las manos esposadas. El suelo estaba cubierto de comida del desayuno. Pisé con cuidado sobre un tomate aplastado y me senté en la silla vacía frente a él. El inspector jefe cruzó los brazos y se quedó de pie junto a la puerta.

—Come Mi Culo —dije, y el hombre me miró. No pude evitar sonreír.

—¿Qué demonios quieres?

—Solo he vuelto para hablar. Tal vez averiguar cuál es tu nombre.

Resopló en respuesta.

—¿Qué es todo eso? —pregunté, señalando la comida en el suelo.

—El Jefe Quemabolas aquí está tratando de matarme de hambre —dijo—. No he comido desde ayer.

—¿En serio? Debes estar muerto de hambre.

—Famélico.

Odiaba la idea de que tuviera hambre, independientemente de quién fuera o qué hubiera hecho, y me enfurecía que el inspector jefe hubiera intentado aprovecharse de su hambre. Simplemente no estaba bien.

—¿Inspector Jefe? —dije.

—¿Sí?

—¿Le importaría dejarnos?

Balbuceó una protesta, pero lo interrumpí.

—Insisto —dije con firmeza.

Gruñó y se dispuso a salir.

—Ah, y haga que un oficial le traiga al señor Imbécil otro plato de comida, por favor.

—Ahora, señor Luna, no creo que...

—No, quizás no lo merezca. Nadie merece pasar hambre. La comida, por favor.

Se marchó furioso y, tras una breve espera, un oficial regresó con un plato de comida. Lo deslicé por la mesa y él comenzó a devorar todo.

—Gracias —dijo con la boca llena de comida. Era bastante adorable, verlo atiborrarse así.

—De nada, Cómemme el Culo.

—No me llames así —dijo mientras masticaba un trozo de tocino.

—¿Por qué no? Cómemme el Culo es tu nombre, ¿no? ¿Cómo más debería llamarte?

Suspiró. —Te odio.

—Te Odio. Qué nombre más extraño.

Me ignoró. —Bien, Christophe, ¿qué haces aquí?

—Recordaste mi nombre —dije. Estaba genuinamente sorprendido, y me produjo una sensación inesperada en el estómago. No me importaba un comino, así que, ¿por qué diablos me alegraba que recordara mi nombre?

—Sí, bueno, aun así no vas a saber el mío.

—Está bien. Cómeme el Culo, Te Odio, tengo muchas formas de llamarte. Me conformo con todas ellas.

Terminó el resto de la comida. —Entonces, ¿qué haces de vuelta aquí?

—Quiero saber qué llevaría a alguien a robar la casa de un clan importante. No es precisamente el objetivo más fácil. Y sin embargo, a pesar de todo el esfuerzo para aprender a entrar en mi casa —y sé que debe haber sido un trabajo arduo, pareces un idiota, pero obviamente eres muy hábil, al menos para entrar en lugares—, de todas las cosas que podrías haber robado, después de elegir un objetivo tan difícil, vas a por la habitación menos importante, con las cosas menos valiosas. ¿Billeteras? ¿Los botones de una chaqueta? Esas gemas en la caja fuerte eran valiosas, pero tengo la sensación de que fue una ocurrencia tardía. No planeabas originalmente ir por la caja fuerte, y ahí es donde te equivocaste.

Se encogió de hombros. —¿Cómo dice ese refrán? ¿Los despojos de un lobo son el banquete de otro? No buscaba hacerme rico, solo tomar lo que necesitaba.

—Oh, qué honorable de tu parte —dije—. Y robar era la mejor manera de hacerlo.

—Sí —dijo sin rodeos—. No conoces mis dificultades.

—Bueno, ya que aparentemente un trabajo honesto está fuera de cuestión, ¿por qué no simplemente robar la tienda de la esquina? ¿O a tu vecino de al lado?

—Porque —dijo, mirándome fijamente—, ellos están sufriendo tanto como mi familia. Tú y tus amigos elegantes no echarían de menos nada de eso. Tienen mucho más de donde vino todo eso. Mi madre está enferma, no puede trabajar. El maldito Clan del Barranco Sangriento se lleva el poco dinero honesto que podemos ganar solo por sus cuotas de protección. Apenas podemos permitirnos sobrevivir. No tienes idea de lo que es vivir en mi mundo.

Sentí una punzada de ira al escucharlo mencionar al Clan del Barranco Sangriento. Eran uno de los clanes importantes, pero eran notorios por sus miembros y prácticas deshonorosas. Uno de sus miembros había mandado a mi hermano menor al hospital, y los detestaba.

Así que, si estaba diciendo la verdad, robaba para mantener a su familia, y tomaba de los ricos porque no quería robar a los pobres. Era un criminal, y tal vez debería haberlo odiado por entrar en la casa de mi familia, pero curiosamente, de repente ya no sentía rencor hacia él. Ahora que sabía esto sobre él, me conmovía su situación.

Si era cierto. Podría estar mintiendo, pero estaba seguro de que decía la verdad. ¿O simplemente quería creer que era honesto porque pensaba que podríamos tener...

¿Qué?

¿Algún vínculo inexplicable que nos conectaba desde el nacimiento?

Por esto es que Padre no creía en cosas como las parejas destinadas. Creer en cosas así debilitaba la determinación. Hacía malos líderes. Y te hacía hacer cosas estúpidas. Cosas estúpidas, inexplicables, sin sentido, impulsivas.

—Tienes razón, no lo sé —dije.

—La gente como tú siempre va a joder a la gente como yo —dijo—. Siempre y para siempre.

—Tal vez podría ayudarte.

Me miró fijamente, sus ojos azul hielo entornándose. Podía verlo tratando de averiguar qué buscaba yo. Yo ni siquiera sabía qué buscaba. ¿Cómo diablos podría ayudarlo? ¿Por qué diablos dije eso siquiera?

—¿Ayudarme, cómo? ¿Por qué querrías *tú* ayudarme?

—Quizás... no quiero que te metan en la cárcel. Quizás, en cambio, preferiría rehabilitarte. Conseguirte trabajo. El Clan de la Luna Creciente no es nada como el Clan del Barranco Sangriento. Reunimos nuestra fuerza a través del honor y la integridad. Ayudando a los débiles, no aprovechándonos de ellos.

Se estremeció. —Claro. Y para hacer eso, todo lo que necesito es decirte mi nombre. Y una vez que lo tengas, convenientemente olvidarás lo que acabas de decir. Todos los clanes de sangre noble son iguales, solo se preocupan por los suyos.

Apreté los dientes y luché por mantener la compostura. La mera sugerencia de que mi manada era algo parecido a esos bastardos de Blood Gulch era suficiente para que me hirviera la sangre. Podría haber discutido, pero ¿de qué serviría?

Y en realidad, ¿por qué demonios *estaba* ofreciéndome a ayudarlo?

Me puse de pie y me ajusté la corbata. —No todos somos iguales —dije—. Imagino que no volveré a verlo. Decidiré su castigo una vez que el Inspector Jefe Burnside tenga su identidad. — Me di la vuelta para irme.

—No soy débil —dijo, apenas audible.

—¿Qué?

—Dije que no soy débil.

¿Era eso de lo que se trataba? ¿Su orgullo? La más pequeña sonrisa cruzó mis labios, pero la oculté bien. Probablemente habría hecho lo mismo en su posición.

Salí de la habitación, y el Inspector Jefe Burnside estaba esperando en el pasillo.

—Nos encargaremos de esto a partir de aquí —dijo, irritado—. No es necesario que vuelva.

Lo ignoré y me dirigí a la salida del complejo. Stephen estaba esperando junto al coche en el garaje, y abrió la puerta trasera para dejarme entrar. Me deslicé dentro. El fresco asiento de cuero crujió bajo mi peso, su ligera fragancia rodeándome. Stephen cerró la puerta y las luces de la cabina se iluminaron lentamente. La puerta del minibar se volvió transparente, revelando la variedad de licores selectos para mi viaje a casa. Estaba de vuelta en mi mundo.

El coche salió del camino de entrada, y toqué un botón para quitar el tinte de las ventanas para poder ver la ciudad pasar mientras salíamos de Wolfheart.

En realidad no había estado pensando cuando inventé la oferta de darle trabajo. Supongo que quería demostrarle algo, cambiar su mente obviamente desencantada. O tal vez era simplemente que quería seguir viéndolo.

Era absolutamente ridículo. Ni siquiera sabía su nombre. No sabía una maldita cosa sobre él, aparte de que era un criminal que había entrado a robar en mi casa. Para la mayoría de las personas cuerdas, eso habría sido suficiente para no querer relacionarse nunca con una persona.

Habría sido motivo de sobra para odiar a alguien. Pero esta maldita marca, y la posibilidad de que pudiera ser real... Se había apoderado de mí. Él se había apoderado de mí. Quería saber más sobre él.

Este sentimiento no tenía sentido, pero eso no cambiaba el hecho de que estaba ahí, doloroso y fuerte. Verlo en persona de nuevo solo me lo había confirmado. Me sentía atraído por este hombre. Lo deseaba.

—Stephen —dije, bajando la ventanilla divisoria entre los asientos traseros y delanteros.

—¿Sí, señor?

—Me gustaría que consiguieras la identidad de ese hombre. Autorización completa de los activos del clan. Hazlo discretamente e independientemente de la policía.

—Puedo tenerlo para usted esta noche, señor.

—Gracias.

* * *

—¿Ya has arreglado para que alguien repare esa puerta? —preguntó Madre mientras desayunábamos—. Sin mencionar que los conductos necesitan ser inspeccionados.

—Estoy trabajando en ello, Madre —dije—. Tendré a alguien pronto.

—Es antiestético —dijo ella—. Ya han pasado dos días. Por favor, ocúpate de ello.

—¿Y la persona responsable de todo esto? —preguntó Padre—. ¿Qué has decidido hacer?

—También estoy trabajando en eso —respondí, tan ecuanímente como pude.

—¿Qué está tomando tanto tiempo, Christophe? Solo dicta la sentencia y termina con ello. No necesitas tomarte tanto tiempo en algo tan pequeño.

—Es la vida de un hombre, así que quería darle la debida diligencia. Me ocuparé de ello después del desayuno —dije—. De ambas cosas.

Intercambió una mirada con Madre. Sabía lo que estaba pensando: que mi idealismo no duraría para siempre. Bueno, me aferraría a él mientras pudiera. Además, este era especial. No es que ellos necesitaran saberlo.

Mason Arkentooth, veinte años, omega.

Stephen, utilizando todos los recursos disponibles para el clan que se extendían muy por encima del sistema policial, me había conseguido su información en solo unas horas. Después de eso, había hecho mi propia investigación. La historia de Mason había resultado ser cierta: vivía con su madre y su hermana de dieciséis años. A su madre le habían diagnosticado recientemente una enfermedad degenerativa no especificada que le había hecho perder la movilidad en las piernas. Apenas sobrevivían, pero de alguna manera se las habían arreglado para pagar las ridículas tarifas del clan de Ackson Bellock, a pesar de que Mason no había tenido empleo en meses. Obviamente, nuestra casa no había sido el único objetivo de Mason.

Si hubiera dependido de Padre, Mason habría sido encerrado durante años y su familia arrojada a los rabiosos. Yo no iba a hacer eso. Independientemente de lo que sintiera por él, no iba a hacer eso. Este era mi primer acto de liderazgo, y iba a actuar con el verdadero espíritu de los Crescent Moons.

Después del desayuno, me retiré a una sala de estar vacía e hice una llamada telefónica al Inspector Jefe Burnside.

—Sí —dije, finalmente logrando pronunciar una palabra entre sus gritos de enojo—. No, me ha oído correctamente, Inspector Jefe.

—Escuche, todavía estamos trabajando en su identidad. ¡No lo entiendo!

—Sí, entiendo que aún están trabajando en identificarlo. Ya no tiene que preocuparse por eso.

—Señor Luna, este hombre le *robó*. Él...

—Inspector Jefe, no se quedará sin castigo. Créame. Simplemente estoy trasladando el asunto a manos de mi clan. Así que, por favor, no me haga repetirme. Debe ser liberado inmediatamente, sin más acciones por su parte. ¿Entendido?

Hubo un momento de silencio furioso. —Sí.

—Gracias por entender, Inspector Jefe —dije—. El departamento siempre podrá contar con una generosa donación del Clan de la Luna Creciente.

Colgué el teléfono y me sorprendió una cálida oleada de hormigueo que invadió mi cuerpo. Ahora podría descubrir qué tipo de persona era realmente Mason. Solo esperaba no haber cometido el mayor error de mi vida.

MASON



Después de que la policía me echara a la calle, hice autostop para cruzar la ciudad hasta mi barrio. Normalmente me habría transformado y corrido, pero mi estúpida pata seguía vendada y curándose.

No podía creer mi suerte. Simplemente no tenía sentido: no tenía idea de por qué, pero por alguna razón Christophe había decidido dejarme ir. Tal vez estaba tratando de demostrarme algo, que lo que había dicho sobre el honor de su clan era cierto. No lo sabía, no me importaba. Todo lo que importaba era llegar a casa para asegurarme de que Jennifer y mamá estuvieran bien.

Caminaba de un lado a otro en la acera debajo del apartamento, repasando todos los diferentes escenarios en mi mente. No tenía forma de entrar por mi cuenta, y tenía demasiado miedo de simplemente tocar la puerta. Tenía miedo de lo que mamá diría cuando la abriera.

Finalmente, decidí intentar por la ventana de Jennifer. Recogí una tapa de botella de la calle y la lancé contra el cristal. Después de un momento sin respuesta, recogí una pequeña piedra y la hice tintinear contra el vidrio. Un segundo después, las cortinas se abrieron y vi a mi hermana asomándose. Sus ojos se agrandaron y abrió la ventana de golpe.

—¡Por los sabuesos del infierno! ¡Mason!

Me llevé el dedo a la boca.

—No tan fuerte.

—¿Dónde has estado? —dijo, bajando la voz.

—Te lo cuento dentro. ¿Mamá está bien?

—Está bien. Le dije que te habías ido por trabajo.

—Eres increíble. Déjame entrar.

Fui hasta la puerta principal, y Jennifer la abrió. Me sonrió, y pude ver que estaba conteniendo su emoción por verme.

—Mamá, Mason está en casa.

—Lo siento, olvidé mi llave —grité.

Mamá estaba en la sala de estar, sentada en su silla de ruedas viendo la televisión.

—¿Cómo estuvo el trabajo, cariño? Un turno largo.

—Sí —dije. Me acerqué y le di un beso en la cabeza—. Estoy exhausto. Lo siento, mamá, voy a descansar.

—Ve a ducharte. Apesta. —Jadeó—. ¿Y qué le pasó a tu mano?

—Oh, nada. Solo me pillé los dedos con una puerta.

Fui a mi habitación y Jennifer me siguió, cerrando la puerta detrás de ella y dándome un fuerte abrazo.

—No tienes idea de lo jodidamente asustada que he estado —dijo—. He estado esperando que apareciera la policía. Pensé que te habían atrapado. Los vi...

—Lo hicieron. Me dejaron ir hoy. Ni siquiera averiguaron mi nombre.

—¿Qué carajo? ¿Te dejaron ir?

—No te lo vas a creer, pero ¿el alfa que me persiguió? El que estaba en el balcón. Es el alfa mayor de los Luna. Debe haber decidido que me dejaran ir.

Jennifer frunció el ceño.

—¿Por qué haría eso?

—El idiota estaba tratando de demostrar algo sobre su clan. Que no todos son como los de Blood Gulch. Qué ingenuo, ¿eh?

Dije esto, pero mis sentimientos no respaldaban mis palabras. Simplemente no quería que Jennifer se diera cuenta de que estaba completamente asombrado por Christophe Luna. No había conocido a muchos hombres íntegros. El hecho de que hubiera hecho eso sin siquiera saber quién era yo...

Algunas personas *eran* ingenuas, pero sabía que Christophe no lo era.

—No lo entiendo —dijo ella—, pero supongo que eso no importa. Estoy tan contenta de que estés bien. —Me abrazó de nuevo, y vi que estaba llorando—. Estaba tan asustada, Mason. No quería que fueras a la cárcel. Pensé que estábamos acabados.

—Lo siento, Jennifer —dije, abrazándola fuerte—. Todo fue mi culpa. No debería haberte hecho ir por la caja fuerte. Especialmente después de todas las precauciones que habíamos tomado. Me volví estúpido.

—Tienes toda la razón. —Se apartó de mí—. Y yo fui estúpida por escucharte. Ahora no tenemos nada. No sé qué vamos a hacer.

—Encontraré trabajo. Ya lo resolveré, ¿vale? Pero dime, ¿te deshiciste de todo? ¿De todas nuestras herramientas?

—No te preocupes —dijo ella, limpiándose la cara—. Todo ha desaparecido.

—Bien, bien. Estaremos bien. Voy a resolver esta mierda. Volveré a un trabajo legítimo.

—Pero, Mason. Un trabajo legítimo no pagará lo suficiente. Por eso robábamos en primer lugar.

—Oye, estoy tratando de ser optimista aquí —dije, empujando su hombro—. No tienes que recordármelo.

Esa noche, me encontré incapaz de conciliar el sueño a pesar del asombroso confort de estar de vuelta en casa, en mi propia cama. Había estado tan cerca del borde, de un destino que habría destruido a mi familia. Me avergonzaba de mí mismo, y no era porque me hubieran atrapado. Nunca debí haber corrido esos riesgos. Jennifer y yo nunca deberíamos haber empezado a robar para empezar.

Pero si no lo hubiéramos hecho, ¿dónde estaríamos ahora? ¿En la calle? ¿Habríamos podido cuidar de mamá?

Las lágrimas se agolparon en mis ojos, y volví mi cara hacia la almohada para silenciarlas.

Y nunca habría conocido a Christophe. Aunque probablemente eso no habría sido tan malo. Por mucho que le estuviera agradecido, el tipo aún me cabreaba. Y por mucho que me cabreara, no podía negar que me sentía igualmente atraído por él.

Mi mano derecha empezó a palpar, y la apoyé con cuidado en la almohada. No podía esperar a quitarme estas malditas vendas. Empezaban a picar, y necesitaría el uso completo de mi cuerpo si iba a encontrar trabajo. Nadie contrataría a un cambiador que no pudiera caminar sobre su pata.

Cada vez que cerraba los ojos, me encontraba pensando en él, y eso me cabreaba aún más. Solo era una cara bonita. Que era estúpidamente hermosa. Que quería besar.

Mierda.

Sentía que tenía que haber algo mal en mí. La forma en que me había hecho sentir, simplemente no tenía sentido.

Pero nunca lo volvería a ver. Debería haberme sentido aliviado: después de todo, él era mi juez, jurado y verdugo. Pero no lo estaba. En realidad estaba decepcionado. Deseaba poder verlo una vez más, y tal vez *realmente* poder hablar con él, conocer quién era. Pero eso era ridículo. Nunca sucedería, y por eso debería haber estado agradecido.

* * *

El interior del refrigerador estaba casi tan vacío como nuestra cuenta bancaria. Después de hacer una nota mental de lo que teníamos, saqué un cartón de huevos casi vacío y un pequeño paquete

de panceta y me dispuse a preparar el desayuno para los tres. Estaba en apuros y necesitaba empezar a ganar dinero pronto. Jennifer había estado ayudando a mamá a lavarse, y entró en la cocina y se apoyó en el fregadero mientras yo rompía los huevos en una sartén.

—Está empeorando —dijo Jennifer en voz baja—. Creo que se está extendiendo más allá de sus piernas.

—Estaremos bien —dije, sin querer mirarla. No quería que viera lo asustado que estaba.

—Puedo dejar la pre-academia —dijo ella—. Yo también puedo trabajar.

—No, no. Tienes que seguir en la escuela, Jennifer. Yo encontraré algo.

Me exprimí el cerebro, tratando de pensar en opciones. El problema era que había hecho esto tantas veces antes, y siempre al final la respuesta era clara: cualquier cosa para la que estuviera calificado no era suficiente para mantenernos. Siempre volvía a la misma opción.

Había recibido mi advertencia. Ignorarla sería condenarme, seguro. Pero ¿qué más había...?

—Buenos días, ustedes dos. Eso huele maravilloso, Mason —Mamá se dirigió en su silla de ruedas hacia la mesa del comedor—. Gracias por cocinar. —Pude ver que Jennifer tenía razón, sus movimientos parecían aún más limitados que antes.

—No hay problema, mamá —dije, echando las rebanadas de panceta en la sartén.

No, no podía volver a robar.

Sonó el timbre, y Jennifer fue a abrir.

—Déjame ir a mí —dijo mamá—. Ayuda a tu hermano con el desayuno. —Jennifer empezó a protestar, pero mamá levantó la mano y se dirigió en su silla hacia la puerta principal.

—Tráeme los platos, Jennifer —dije, apagando la estufa.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo mamá en la puerta principal.

—¿Es esta la residencia Arkentooth? —llegó una voz que envió una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

—¿Sí?

—Mi nombre es Christophe Luna. Estoy aquí para ver a Mason Arkentooth.

Me di la vuelta lentamente y vi que realmente era él, parado justo ahí en el umbral de mi puerta. Vestía igual que todas las veces anteriores: traje y corbata impecables, todo pulido y perfectamente ajustado. Nuestras miradas se cruzaron y sonrió, y sentí mariposas en el estómago y, aún más sorprendente, un pulso entre mis muslos. Casi tiro la sartén de la estufa. ¿Qué demonios hacía aquí?

Jennifer me miró con los ojos muy abiertos. Negué con la cabeza. *Estamos bien, no te preocupes.*

Eso esperaba.

—Luna —repitió mamá—. ¡Oh, por los Sabuesos! ¿De los Luna de Luna Creciente?

—Sí, señora.

—Por favor, pase —dijo ella—. Mason, ¿conoces a este caballero?

—Eh, sí —dije, encontrando mi voz—. Nosotros, eh...

—Nos conocimos a través de su trabajo —dijo Christophe—. Seguridad. ¿No es así, Mason?

—Sí... —balbuceé. ¿Cómo sabía que había trabajado en seguridad?

—¿Quizás le gustaría pasar a desayunar, señor Luna? —preguntó mamá.

—Oh, no, gracias. Pero si no le importa que tome prestado a Mason un momento para hablar sobre un trabajo que discutimos.

—Por supuesto —dijo mamá, luciendo encantada—. ¿Mason?

—Eh, claro. No me esperen, la comida se enfriará.

Seguí a Christophe bajando las escaleras hacia la calle. Había un gran auto negro estacionado en la acera, y un hombre abrió la puerta trasera para ambos.

—No voy a entrar ahí —dije, preocupado de que tal vez Christophe estuviera aquí para llevarme a alguna prisión secreta del Clan Luna Creciente, que quizás no me había librado después de todo. Aunque, por otro lado, tal vez estar encerrado en su mazmorra no sería tan malo.

Me reprendí mentalmente. *No*. Esto era serio.

—Sí, lo harás —dijo, y me agarró del hombro empujándome hacia el auto. Puede que no fuera un corredor muy rápido, pero tenía la fuerza de un alfa. Pensé en gritar, pero ¿de qué serviría? Nadie me ayudaría. Forcejeé, y él apretó su agarre y empujó la parte baja de mi espalda con su otra mano. De nuevo, sentí esa maldita descarga de emoción. *No me sueltes, no lo hagas*. Era la primera vez que me tocaba, y no debería haberlo disfrutado tanto como lo hice.

Presioné mi mano buena contra el marco de la puerta. Al menos podía hacérselo un poco difícil. Él empujó más fuerte, y yo resistí. Se sentía tan mal, pero en realidad me estaba excitando con esto. ¿Qué demonios me pasaba? Esto era serio, pero estaba jugando con él...

—*Entra* —gruñó, empujándome hacia adelante. Sentí su entrepierna presionarse contra mi trasero. ¡*Sabuesos del Infierno!* O Christophe era simplemente así de grande, o podría jurar que sentí un poco de excitación ahí también. Caí hacia adelante sobre el asiento de cuero, mi cara golpeando el cojín—. No vamos a ir a ningún lado. Solo vamos a hablar.

Se sentó y se arregló el traje, y pude ver que su rostro estaba ligeramente enrojecido.

—¿Qué quieres? —exigí.

—¿Es esta forma de tratar al hombre que te sacó de la cárcel, sin antecedentes?

Lo miré fijamente, incapaz de encontrar una respuesta. —¿Cómo me encontraste?

—El clan tiene sus propios recursos —dijo—. Mira, estoy aquí porque quiero ayudarte. Quiero ofrecerte algo de trabajo. Una oportunidad de redimirte. Poner a tu familia de pie.

—Ya has dejado claro tu punto. Tu clan es bueno. Felicidades. No necesito tu ayuda.

Me dio una mirada silenciosa e incrédula. Le devolví la mirada tan desafiante como pude, y

luego me desinfe.

—Maldita sea. Me siento como un maldito fracasado.

Se inclinó ligeramente hacia adelante. —Entonces déjame ayudarte.

—¿Qué ganas tú con esto?

Christophe lo pensó, y vi un breve destello de duda en su aire confiado. En ese momento, vi el rostro del chico en el balcón: buscando, anhelando... ¿perdido? Mi corazón saltó el más mínimo latido. ¿Qué quería de mí?

—Consigo confirmar algo —dijo finalmente—. Y con suerte, poner algo a descansar. No es algo que pueda explicar fácilmente.

—No lo entiendo —dije.

Sonrió. —Yo tampoco. Entonces, ¿estás interesado en escuchar lo que tengo que ofrecer?

—Dime.

—Como castigo por tu intento de robo, te ofrezco la oportunidad de reparar el daño que le hiciste a mi casa. La puerta que derribaste será fácil de arreglar, pero reparar lo que hiciste al moverte dentro de los conductos de ventilación podría llevar más tiempo. Al final, tendré una cuenta establecida para tu familia para ayudarlos a ponerse de pie. ¿Qué te parece?

La parte terca de mí quería rechazarlo rotundamente solo porque sí, pero no iba a hacerle eso a mi familia. Esto era exactamente lo que necesitábamos, y apenas podía creer que me lo

estuvieran ofreciendo.

—De acuerdo —dije—. De acuerdo, está bien. No es como si tuviera muchas opciones, de todos modos. ¿Cuándo empiezo?

Me sonrió con suficiencia. —Bueno, a menos que tengas algo más importante que hacer, puedes empezar ahora mismo.

Quince minutos después, tras avisar a mamá y Jennifer sobre mi nuevo trabajo, estaba de camino de vuelta a la residencia Luna, el único lugar al que nunca hubiera imaginado regresar. Y la parte más loca y ridícula de todo esto era que él estaba de nuevo en mi vida. Se sentó en el asiento contiguo al mío, con los ojos fijos en el paisaje que pasaba volando por la ventanilla del coche. Le eché unas cuantas miradas furtivas y no pude evitar sonreír para mis adentros.

¿Era completamente una locura que en realidad me sintiera emocionado de estar cerca de él?

—Escucha —dije, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros—. No sé qué pretendes, y me cuesta creer que esto no sea algún tipo de trampa para joderme. Pero... —suspiré y meforcé a decir las palabras—. Quiero confiar en ti. No es que tenga mucha elección. Supongo que sabes lo mal que están las cosas para mi familia. Mi madre no está en su mejor momento, y con mi padre ausente, soy el único capaz de traer lo suficiente para alimentar a mi familia. Jennifer, mi hermana, no puedo dejar que abandone la pre-academia. Yo ya cometí ese error. —Apreté los dientes—. Así que, supongo que lo que intento decir es... Joder. Gracias. Estoy confiando en ti.

Christophe me miró e hizo algo que me tomó completamente por sorpresa. Puso su mano en mi rodilla. —Yo también estoy depositando mi fe en ti, Mason —dijo—. Y espero no estar cometiendo un gran error.

CHRISTOPHE



*P*or supuesto, cuando les anuncié a mi madre y a mi padre lo que iba a hacer con Mason, pensaron que me había vuelto loco. Les expliqué mi justificación: que estaba en el espíritu y el deber de nuestro clan, y que este era el tipo de líder que quería ser. Al final, probablemente fue el odio hacia los Bellocks y el Clan Blood Gulch lo que los puso de mi lado. Sabía que en realidad no les *importaba* ayudar a Mason. Y al final, supongo que había ocultado mis verdaderas intenciones de por qué estaba haciendo esto.

¿Habría hecho lo mismo si no hubiera pensado que Mason podría ser especial?

No lo sabía. Y tal vez era una persona terrible por eso.

Lo cierto es que cada segundo que había pasado con él, incluso solo discutiendo en la comisaría, me había convencido de que *era* especial, que había algo cósmico que nos conectaba. ¿Cómo más podía explicar lo que sentía por él? Durante cada uno de esos breves momentos, mi atracción hacia él había crecido más y más. Cuando lo tocaba, era como si me hubiera alcanzado un rayo. Quería más. Quería sentirlo contra mí. Quería abrazarlo, tomarlo, hacerlo mío. Tal vez *sí* me había vuelto loco.

Durante ese viaje a casa, tuve que usar toda mi fuerza para no dejarme abrumar por su presencia. Tuve que obligarme a mirar por la ventana para no quedarme mirándolo fijamente.

Y sin embargo, a pesar de todo esto... Seguía siendo un omega de clase baja. Esa era la peor parte. Nunca podríamos estar juntos. No es que hubiera una regla explícita en contra,

simplemente era algo completamente inaudito. Sin mencionar que mi madre y mi padre nunca lo aprobarían.

¿Qué esperaba de todo esto?

No tenía idea. Pero sabía que necesitaba hacerlo, o me arrepentiría el resto de mi vida.

Mason me siguió a la casa, y pude ver lo nervioso e incómodo que estaba al volver aquí. Lo llevé al guardarropa, donde la vieja puerta aún colgaba a medias de sus bisagras. Dentro, la cubierta del conducto de ventilación estaba abierta, sin tocar desde que lo había visto desaparecer por ella. Lo único que faltaba era la cuerda de escalada, que había sido confiscada por la policía.

—Probablemente debería haber mencionado que nunca he hecho algo como esto antes —dijo, tímidamente.

—Descubriste cómo entrar aquí sin ser detectado a través de un sistema de conductos, así que creo que probablemente puedas resolver esto. Pero si necesitas algo, házselo saber a Stephen. Él es el jefe de nuestro personal doméstico y puede proporcionarte cualquier cosa.

Como si fuera una señal, Stephen apareció, empujando un carrito con herramientas, una puerta de repuesto y equipos electrónicos.

—Gracias —dijo Mason—. Supongo que será mejor que me ponga a trabajar, entonces.

—Volveré para ver cómo vas —dije. Lo dejé allí, mirando con expresión vacía los suministros frente a él. Subí las escaleras y luego me escondí detrás de un saliente donde podía observarlo sin ser visto. Continuó mirando la puerta durante unos minutos, rascándose ocasionalmente la cabeza, hasta que finalmente tomó un taladro y comenzó a quitar los tornillos retorcidos que sujetaban la cosa al marco. Suspiré. Quería encontrar una manera de hablar con él normalmente, no con esta incómoda división entre nosotros. Pero, ¿qué posibilidades había de que eso

sucediera?

Mi padre estaba en su despacho, y fui a informarle que Mason estaba aquí.

—Todavía no estoy contento con esto —gruñó sin levantar la vista de la pila de papeles que estaba examinando—. Tener a un criminal en nuestra casa. Podría estar haciendo un inventario de todo lo que poseemos.

—Le pido que confíe en mi juicio, padre. Percibo que es un hombre de buen carácter, solo que ha sido mal guiado.

—Intentó robarnos. Creo que eso es todo lo que se necesita decir. Pero siempre has tenido un buen sentido para juzgar a las personas, quizás mejor que yo. Solo espero que no te arrepientas de esta decisión.

Yo también lo espero, pensé para mis adentros.

—Solo asegúrate de sacarlo de aquí lo más rápido posible —dijo mi padre.

Mientras caminaba por el pasillo, Arthur pasó a mi lado y levantó la mirada de su teléfono.

—¿Quién es el omega? —preguntó.

—Mason Arkentooth —dije—. Es el tipo que se metió aquí la otra noche.

—¿Qué demonios hace aquí? —preguntó, y yo suspiré y se lo expliqué. Arthur me miró fijamente—. Qué raro. Vale. Interesante decisión, Christophe. Quizás baje a presentarme.

—No coquetees con él —dije, un poco demasiado rápido. Los ojos de Arthur se entrecerraron y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Nooo. ¿*Esa* es la razón por la que está aquí?

Maldición.

—No sé a qué te refieres —dije.

—Por los sabuesos del infierno, Christophe. No me digas que te gusta el tipo que intentó robarnos. Sé que estabas decepcionado por la fiesta, pero no pensé que estuvieras *tan* desesperado.

—Le estoy dando una oportunidad de redimirse —dije—. Eso es todo. No hay nada más en esto.

Arthur sonrió.

—Está bien, tío. Relájate. No tienes que fingir conmigo, ¿recuerdas?

Me ajusté los puños y me tomé un momento para recuperarme.

—Ni una palabra a madre y padre —dije.

Su sonrisa se convirtió en una carcajada y me dio una palmada en el hombro.

—Te cubro las espaldas. Pero, Christophe, no dejes que nuble tu juicio.

—No lo hace —dije, aunque ahora no estaba del todo seguro. La forma en que me sentía por él, la intensidad vertiginosa de todo, era como nada que hubiera experimentado antes. ¿Y si lo había juzgado mal? ¿Y si solo quería confiar en él?

No.

No podía dudar de mí mismo. Y más importante aún, no iba a dudar de él.

El teléfono de Arthur sonó y fingió un suspiro exagerado mientras continuaba por el pasillo.

—Estas chicas no me dejan en paz...

Mientras caminaba, me di cuenta de que estaba sonriendo. No podía creer lo bien que me hacía sentir saber que Arthur me apoyaba. Tener que contener mis sentimientos, mantenerlos ocultos de todos... me pasaba factura. Había sido así toda mi vida. Nunca se me permitió ser yo mismo, expresarme plenamente. Era el primer alfa y siempre tenía que actuar como tal. Simplemente tener esta parte de mis propios sentimientos en el mundo, finalmente, se sentía tan liberador. Caminé más rápido. Quería volver abajo, para ver cómo estaba Mason. Quería verlo.

Doblé la esquina del pasillo y me dirigí al lugar con vista al guardarropa, y miré hacia abajo.

Mi estómago dio un vuelco por la sorpresa.

Mason se había ido.

—Oh, mierda —dije en voz baja mientras bajaba apresuradamente las escaleras. La puerta rota del guardarropa había sido quitada del marco, y rápidamente miré dentro para ver si estaba allí. No estaba.

Las herramientas aún estaban esparcidas por el suelo. Stephen. ¿Dónde estaba Stephen?

No era tanto que estuviera preocupado de que Mason robara algo o huyera. Sabía dónde vivía. Estaba preocupado por estar equivocado. Me preocupaba que no fuera la persona que yo intuía que era. Eso sería peor que cualquier otra cosa.

Saqué mi teléfono y marqué el número de Stephen. La puerta principal se abrió y él entró empujando un carrito lleno de cables. Su teléfono empezó a sonar en su bolsillo y lo sacó, lo miró y luego me miró a mí.

—¿Señor?

—Stephen —dije, colgando—. ¿Dónde está Mason? —Me di cuenta de que mi corazón latía con fuerza. *Cálmate, Christophe.*

—Está afuera, señor. Haciendo ajustes a la puerta. Le proporcionaré más herramientas, espero que esté bien. ¿Debo ir a buscarlo?

—No, no, está bien. Gracias.

Salí y recibí la segunda mayor sorpresa de ese día. Ahí estaba, Mason Arkentooth, omega, trabajando en una sierra de mesa, sin camisa. La sierra gemía y levantaba aserrín de los paneles de madera que estaba empujando a través de ella. El sudor brillaba en las curvas de sus músculos. Sentí que mi polla cobraba vida y, sin pensarlo, empecé a agitar los brazos en el aire.

—¡Eh! ¡Eh! —grité.

Mason apagó la sierra y me miró fijamente desde detrás de unas gafas de seguridad.

—¿Qué? —dijo, irritado—. ¿Qué quieres?

—¿Qué estás haciendo?

—Arreglando la puta puerta, ¿qué te parece?

—Pero, ¿por qué estás *sin camisa*?

Continuó mirándome como si fuera un idiota.

—Tenía calor —dijo secamente—. Tienes la maldita calefacción a todo volumen ahí dentro.

—Sí, bueno... —Ahora me sentía como un idiota, como si verlo sin camisa hubiera causado un mal funcionamiento temporal en mi cerebro—. Es invierno. Tú... esto es... hay cierto estándar de vestimenta que se espera de las personas empleadas aquí... —Estaba balbuceando sin sentido.

—Puedo volver a ponerme la camisa —dijo.

—No —respondí rápidamente—. No te preocupes. —Señalé su mano vendada—. ¿Estarás bien?

—No te preocupes. Está sanando rápidamente.

—De acuerdo. Bien. Bueno, si necesitas ayuda...

—Stephen. Lo sé.

—Cierto. —Estaba a punto de ofrecer mi propia ayuda. Eso habría sido tonto.

—De acuerdo —dijo. Después de un momento mirándonos el uno al otro, preguntó—: ¿Hay algo más?

—Continúa —dije, y él se volvió hacia la sierra y la encendió de nuevo. Volví adentro, sintiéndome como un tonto.

Stephen estaba de pie en el vestíbulo. —¿Todo bien, señor? —preguntó.

Me froté la cabeza. —¿Stephen? Necesito un trago.

* * *

Me senté en el estudio de la planta baja con un portátil y un vaso de whisky, y miré fijamente la hoja de cálculo en la pantalla. Eran datos del último censo del clan, pero para mí solo parecía un gran revoltijo de números. No podía concentrarme. Todo lo que podía pensar era en el hombre trabajando en el salón principal. Podía escuchar el zumbido del taladro eléctrico mientras trabajaba, obviamente mucho más capaz de lo que se había hecho parecer.

Después de una hora de mirar improductivamente la pantalla de mi ordenador, cerré el portátil y fui a la cocina a preparar comida. No necesitaba hacer comida, teníamos chefs altamente calificados que podían hacer un trabajo mucho mejor que yo, pero decidí que quería preparar el almuerzo para Mason. Me aseguré de que Arthur no estuviera cerca; sabía que nunca dejaría de molestarme si descubría que estaba cocinando para Mason.

Cada uno de nosotros, los hermanos, había recibido algún tipo de formación en cocina durante la pre-academia, como era costumbre para un lobo de alta cuna. Sorprendentemente, Arthur era el mejor de todos nosotros, con Loch en segundo lugar, yo tercero y Vander el menos hábil.

Decidí hacer simples sándwiches a la plancha, fáciles de comer mientras se trabaja. Tenía mi propia receta especial, y a menudo los hacía para mí mismo cuando estaba trabajando. Me moví por la cocina, preparando todo y poniéndolo en una sartén. A último momento, decidí hacer también una sopa casera. Puse todo en una bandeja, suficiente para los dos, y llevé la comida afuera.

Mason seguía sin camisa, pero ahora se veía considerablemente más desaliñado y cansado. Arrastró la nueva puerta y la apoyó contra el marco mientras el sudor goteaba por su mejilla hasta su pecho. Frunció el ceño y se limpió la cara con el dorso de la mano, y se inclinó para inspeccionar el marco de la puerta.

—Mierda —murmuró. Soltó la puerta para mirar más de cerca un agujero cortado en la pared donde se exponía un revoltijo de cables. La puerta se tambaleó y comenzó a caer. Se volvió y la vio, y se lanzó al suelo para agarrarla antes de que golpeará el piso. Hizo una mueca de dolor, y me di cuenta de que la había atrapado con su mano lesionada.

Me apresuré y dejé la bandeja de comida en el suelo, y moví la puerta para quitársela de encima. —Por los sabuesos del infierno —murmuré—. ¿Estás bien?

Apretó los dientes y asintió. —Bien.

Vi que había una mancha roja creciente en su vendaje. Le agarré la mano. —No lo estás. Estás sangrando.

Tiró de su mano para soltarse. —Estoy *bien*.

—Déjame verla —dije, tomando su mano de nuevo. Saqué mi teléfono y llamé a Stephen para que trajera un botiquín de primeros auxilios.

—Te dije que estoy bien, maldita sea.

Intentó soltarse de nuevo, pero mi agarre era más fuerte que el suyo y lo sujeté firmemente. —Estás bajo mi techo, es mi responsabilidad mantenerte a salvo —dije—. Así que, cállate. Déjame cuidarte.

Podía ver que quería protestar, pero cerró la boca y miró hacia otro lado. Stephen llegó con un botiquín de primeros auxilios y luego desapareció en silencio, dejándonos solos. Lentamente, retiré el vendaje de la mano de Mason. Era un vendaje viejo, un poco sucio y ahora cubierto de aserrín y virutas de metal por trabajar en la puerta. Lo dejé a un lado e inspeccioné su mano desnuda. Un corte profundo recorría su palma. Estaba sanando, pero al atrapar la puerta se había abierto parcialmente de nuevo. Si esta era la pata que coincidía con la marca en mi muslo, no había evidencia de ello aquí en forma humana. Me di cuenta de que mi pulso había comenzado a acelerarse. Deseaba poder ver su pata y aclarar todo esto. Pero al mismo tiempo, temía lo que encontraría y lo que significaría.

—¿Sabías que los osos usan sus lenguas para ayudar a curar heridas? —dije, de la nada, y de inmediato me sentí estúpida. Estaba nerviosa, tratando de hacer conversación.

—Menos mal que no somos osos —gruñó.

Saqué un ungüento curativo del botiquín y lo extendí sobre su herida. Mason gruñó y agarró mi muñeca, sus ojos azules brillaron al encontrarse con los míos.

—Ay, *mierda*. ¿Intentas lastimarme?

—Oh, por favor. No llores.

Volvió a mirar hacia otro lado. Deseé que no lo hubiera hecho. Quería seguir mirando sus ojos.

Saqué un vendaje nuevo y cuidadosamente envolví su mano, asegurándome de mantenerlo

apretado. —Listo —dije, soltando su mano y extrañando inmediatamente la sensación en mi palma.

—Gracias —gruñó.

—De nada. También he traído el almuerzo. —Recuperé la bandeja de sopa y sándwiches y la acerqué—. ¿Tienes hambre?

—Puede ser —dijo.

—Come. —Puse la bandeja frente a él—. Voy a ayudarte —anuncié.

—¿Con qué? ¿La comida?

—Bueno, yo también tengo que comer —dije—. La comida y el trabajo también. Con tu mano así, creo que necesitas algo de ayuda.

—Stephen puede ayudar —dijo.

—Me gustaría que Stephen hiciera otras cosas. Yo te voy a ayudar. ¿De acuerdo?

Me miró, y creí ver el más leve indicio de una sonrisa rozar sus labios. —Supongo que no tengo opción.

—Bien —respondí—. Ahora, comamos. Tal vez podamos terminar de colocar la puerta antes de que termine la tarde.

—Vale —dijo—. ¿Alguna vez has hecho algo así? ¿Arreglar este tipo de cosas?

—Nunca —respondí, dando un mordisco a mi sándwich.

Por primera vez, escuché a Mason reír. Una risa real, no sarcástica, y fue maravilloso. No sabía que podía amar tanto el sonido de algo. Estaba perdida y completamente cautivada. ¿Cómo me había sucedido esto? Nunca pensé que pudiera ser posible, pero aquí estaba, estaba sucediendo.

—Bueno —dijo—. Supongo que estamos en el mismo barco. Lo resolveremos juntos.

MASON



En realidad no necesitaba su ayuda, pero estaría mintiendo si dijera que no disfrutaba de su compañía. Y todavía me asustaba lo mucho que la disfrutaba. Christophe venía de un mundo que yo despreciaba, pero pasar tiempo con él y conocerlo estaba empezando a hacerme ver las cosas de manera un poco diferente. Claro, era esnob y un poco engreído, pero también era amable y atento, y podía ver cuánto valoraba su honor.

Había elegido darme una oportunidad, confiar en mí y ver lo mejor de mí. Era más de lo que probablemente yo habría hecho por mí mismo, si estuviera en su posición.

La atracción que sentía por él había crecido más allá de lo físico. Siempre había habido algo en él. Llevaba consigo una intensidad, una energía primaria y sensual enterrada profundamente bajo su máscara seria y recatada que había notado desde el momento en que lo vi por primera vez. Ahora estaba empezando a disfrutar conocerlo. No que fuera a admitírselo jamás.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó—. Si pones eso ahí, el sistema no se armará.

—Oh, ¿ahora eres un experto? —le respondí bruscamente—. Leí el maldito manual de instrucciones, igual que tú. Dice que primero necesitas conectar a tierra el acoplamiento al sistema eléctrico, de lo contrario la puerta no se cerrará.

—Déjame ver eso. Dámelo. —Extendió la mano para agarrar la pieza del sistema de seguridad de la puerta que tenía en la mano, y yo la aparté de un tirón.

—¿Por qué no vas a balancear tu chequera o algo así? —le dije.

Era el segundo día trabajando en la reparación de la puerta rota, y sorprendentemente, a pesar de discutir por todo, el hecho de que trabajáramos juntos había sido realmente útil. No habría habido forma de que lo pudiera hacer solo, no con mi mano en ese estado. Christophe podría haber traído a alguien más para ayudarme, pero marcaba la diferencia para mí que hubiera elegido hacerlo él mismo, aunque no me debía ninguna prueba de su integridad.

—¿Por qué pensé que esto sería una buena idea? —murmuró—. Podría hacer esto yo solo y ya habría terminado.

—Oye, tú fuiste el que casi quiso atornillar la puerta al revés. No creo que hayas hecho un día de trabajo manual en tu *vida*.

Lo aparté con el hombro y encajé la pieza en el soporte dentro de la pared.

—Ahí está —dije—. Ya está puesta.

—¿Qué quieres apostar a que no va a funcionar?

—Va a funcionar.

—Te apuesto a que no.

—De acuerdo —dije—. Si funciona, entonces tienes que invitarme a cenar al lugar más elegante y exclusivo que conozcas.

—¿Y si no funciona? ¿Qué gano yo?

—Qué diablos sé yo. ¿Qué querías de mí?

No sé si fue solo mi imaginación, pero por un brevísimo momento la mirada de Christophe cambió. Era una mezcla de esa mirada de anhelo que le había visto antes, y algo más, algo que me hizo temblar las rodillas. Era una mirada peligrosa. Una mirada hambrienta. ¿Me lo había imaginado? ¿Había visto solo lo que quería ver?

—Si no funciona, entonces... tienes que cocinarme la cena. En tu casa.

Me estremecí. ¿Christophe sentado y cenando con mamá y Jennifer? ¿Qué tan vergonzoso sería eso? Las preguntas que imaginaba que mamá le haría a Christophe eran suficientes para hacerme querer desaparecer.

—Cocinar la cena, está bien, de acuerdo.

—¿Encendemos esta cosa? Puedes cambiar de opinión.

—Ni hablar. Hazlo.

Christophe alcanzó el panel de control en la pared, y contuve la respiración mientras lo tocaba. El panel se iluminó de azul, luego verde, y la palabra "ARMAR" apareció en la pantalla. Lo tocó con el dedo. Se escuchó un zumbido. Luego un clic desde el interior de la puerta. La pantalla se puso en blanco... y luego "ARMADO" comenzó a parpadear en ella.

—¡Joder, sí! —grité, dándole un codazo en el brazo—. Te dije que funcionaría. Te lo dije, te lo dije.

—Está bien, está bien —dijo, sacudiendo la cabeza—. No te emociones.

Me puse las manos en las caderas.

—Entonces. ¿Qué voy a comer en la cena? ¿Filete cubierto de oro?

No podía decir si solo fingía estar molesto. Podría jurar que vi una pequeña sonrisa asomarse en su rostro cuando apartó la mirada de mí. —Ya veré qué hacer. Mañana por la noche. Espero que no tengas otros planes.

—No, ninguno. Y más te vale que sea el lugar más elegante y exclusivo —dije—. Tengo un gusto muy refinado, ¿sabes?

¿Cómo habían llegado las cosas a este punto? Hace solo unos días, la idea de llevarme bien con alguien de la alta sociedad habría sido una broma completa para mí, ¿y ahora iba a cenar con uno? Era extraño pensarlo. De hecho, era tan loco que me daban ganas de estallar en carcajadas. Lo más sorprendente de todo era que realmente estaba feliz por ello.

Después de instalar el sistema de seguridad, Christophe desapareció para encargarse de lo que llamó "asuntos del clan", y yo pasé el resto del día dando los toques finales a todo antes de que Stephen me llevara de vuelta a casa.

El aullido de sirenas de policía distantes me recibió cuando salí de la parte trasera del coche hacia la acera sucia. En la entrada de mi edificio de apartamentos, el mismo maldito lobo sin hogar levantó la pata y orinó contra la pared.

—Vamos, hombre —dije, esquivándolo, y él me miró con el ceño fruncido como si lo hubiera ofendido de alguna manera. Un aullido tenso y distante perforó el aire, seguido de un eco de ladridos y gañidos. Más sirenas. Solo otra noche en el vecindario.

Dentro, mamá dormitaba frente al televisor en su silla de ruedas. Jennifer estaba en la mesa de la cocina, haciendo la tarea.

—La comida está en el refrigerador —dijo, levantando la vista—. ¿Cómo estuvo otro día en el paraíso?

—Genial —dije, y ella me lanzó una mirada.

—¿Genial?

Fui al baño y me quité el vendaje de la mano, y luego me lavé. La herida había sanado bien. Tiré el vendaje de tela y opté por una curita normal en su lugar. En un par de días más, la herida prácticamente habría desaparecido.

Jennifer apareció en la puerta del baño. —Esa no era la respuesta que esperaba oír. ¿De verdad ha sido genial?

Pasé junto a ella y volví a la cocina. Dentro del refrigerador había un plato de espaguetis con albóndigas, y lo metí en el microondas.

—Mamá lo hizo —dijo Jennifer, siguiéndome—. Le tomó una eternidad, pero insistió. Entonces, ¿cómo es allí?

—Más o menos lo que te imaginas. Ya viste el lugar. Tienen sirvientes para hacer prácticamente todo por ellos, incluso limpiarles el trasero.

—¿En serio?

—Nah. Bueno, no lo sé. Si lo hay, nadie limpia el mío por mí. Pero sí tienen sirvientes haciendo prácticamente todo.

—Entonces... ¿es genial?

El microondas sonó, y puse el plato de comida en la mesa. Olía maravilloso. Me alegraba que mamá aún pudiera cocinar, aunque debió haber sido muy difícil para ella hacerlo.

—No el lugar, me importan un carajo los sirvientes y todo eso. Es... no sé. —De repente me sentí incómodo al discutir esto con mi hermana pequeña. Podíamos entrar a casas juntos, pero este era un territorio inexplorado para mí—. Ha sido interesante pasar tiempo con Christophe.

—¿Por qué? —preguntó. Se sirvió un vaso de agua del fregadero y se sentó a la mesa conmigo.

—No sé —dije mientras me llenaba la boca de espaguetis—. No es como lo esperaba.

—Es bastante raro que esté siendo tan amable contigo —dijo ella—. ¿Qué crees que intenta conseguir?

—No creo que intente conseguir nada —dije—. Nunca pensé que diría esto de alguien de clase alta, pero creo que está...

¿Sexy como el infierno?

—...realmente tratando de hacer lo correcto.

—Sabuesos del Infierno —dijo Jennifer, golpeando la palma contra la mesa—. ¿Y si está *enamorado* de ti?

Tosí y casi lancé una albóndiga por la habitación. —¿Qué?!

—Sí. ¿Y si se enamoró de ti, y todo lo que ha hecho por ti hasta ahora ha sido porque te ama? ¿No sería eso tan romántico? Sería como un cuento. —Luego estalló en carcajadas y golpeó con el puño la mesa del comedor—. Excepto que eso nunca pasaría, porque nadie se enamoraría de tu cara fea.

—Jennifer, no golpees la mesa del comedor —dijo mamá, medio dormida.

—Lo siento, mamá.

Mamá respondió con un fuerte ronquido, y Jennifer me sonrió con suficiencia. —O tal vez tú estés enamorado de él. ¿Te gusta, Mason?

Me tragué el resto de los espaguetis y me levanté para lavar el plato. —¿Este es el tipo de cosas que pasan por la mente de mi hermana? ¿No eres demasiado joven para pensar en eso? ¿Cuántos años tienes, de todos modos, como doce?

—Eh, solo soy cuatro años menor que tú. Oye, ¿adónde vas?

—Otro día largo mañana, me voy a dormir —le revolví el pelo a Jennifer—. Termina tu tarea, mocosa.

—Imbécil.

—Jennifer, cuida tu lenguaje —murmuró mamá entre ronquidos.

—Lo siento, mamá.

Desaparecí en mi habitación y cerré la puerta. Mi corazón latía con fuerza. Me senté en la cama y respiré hondo varias veces. Se sentía extraño y emocionante escucharlo en voz alta. Era cierto, *sí* tenía sentimientos por él. Lo deseaba.

Me desvestí hasta quedar en ropa interior y me metí en la cama. Cada vez que pensaba en Christophe, mi corazón se aceleraba. Repasé los eventos del día, cada interacción que habíamos tenido, reproduciéndolos en mi mente. ¿Qué había significado ese toque? ¿Esa mirada? ¿Habían significado algo más, o solo estaba imaginando lo que deseaba?

Cerré los ojos y vi su rostro. Esa maldita sonrisa presumida suya. Esos ojos rojos. El aroma de su colonia, y cómo se mezclaba con el olor de su sudor cuando trabajaba. Se veía tan sexy cuando trabajaba. Se había negado a usar otra cosa que no fuera su traje, y yo lo había molestado por eso, pero en secreto pensaba que era increíblemente atractivo.

Sentí mi pene palpar mientras se hinchaba lentamente contra la tela de mi ropa interior. Podía sentir al omega dentro de mí anhelándolo, anhelando las cosas que solo él, un alfa, podía hacerme.

Mis pensamientos se estaban volviendo sucios.

Mi pene estaba duro como una roca, y lo liberé. Imaginé el de Christophe, y cómo podría ser. Fuerte, poderoso, intenso, justo como él. Imaginé cómo podría tomarme con él, cómo podría llenarme.

Sabuesos del infierno...

Me acaricié, el calor de mi pene llenando mi puño. Un gemido logró escapar de mis labios, a pesar de mi esfuerzo por contener mi voz. Me mordí el dorso de la mano y continué.

Él podría follarme, si quisiera. Se lo permitiría. Quería que lo hiciera. Podría hacerme su omega, podría sujetarme con esas manos fuertes y embestirme por detrás. Podría tomarme sin protección, no me importaba. Podría dejarlo dentro de mí, quería sentir su nudo, quería sentirlo todo dentro de mí. Podría darme su bebé si quisiera.

Oh, mierda...

Mis dedos de los pies se curvaron mientras mi pene se flexionaba, y el calor de mi semen se derramó sobre mi mano. Jadeé en busca de aire y abrí los ojos. Mi pene continuó palpitando con mi clímax, y la bruma comenzó a disiparse lentamente de mi cabeza.

—¿Qué fue eso? —murmuré para mí mismo, alcanzando un pañuelo. Nunca antes había tenido fantasías tan salvajes pasando por mi cabeza.

Me dejé caer sobre la almohada, con el corazón aún acelerado. El zumbido de un helicóptero resonaba fuera de la ventana, y la luz de un reflector bailó momentáneamente por el suelo de mi habitación. Escuché lobos aullando.

Todo en lo que podía pensar era en Christophe. ¿Cómo habían llegado las cosas a este punto?

No lo sabía. Lo único que sabía era que lo deseaba. Y lo deseaba con locura.

* * *

Al día siguiente, mientras iba en la parte trasera de la limusina hacia la mansión de los Luna, Stephen bajó la ventanilla divisoria y anunció que me asistiría en la inspección del sistema de conductos de ventilación.

—¿Dónde está Christophe? —pregunté, tratando de no sonar decepcionado.

—Tiene otros asuntos que atender, pero me ha pedido que le informe que no se ha olvidado de la apuesta. Se unirá a usted para cenar esta noche.

—Bien —asentí, aunque en realidad me había olvidado de la cena.

Stephen proporcionó un cable electrónico especial para examinar el interior de los conductos, y fue extraño seguir el camino que había tomado para irrumpir en la casa nuevamente. Introdujimos el cable en el sistema a través de las aberturas de ventilación en varias habitaciones, y fue la primera vez que vi más de la mansión Luna.

Durante toda mi investigación examinando el lugar antes del atraco, siempre había sentido disgusto por el lugar, y por todos los lugares que robaba. Era solo un lugar donde vivía gente rica. Ahora, mientras caminaba por los enormes pasillos llenos de gigantescos retratos al óleo antiguos de cambiantes de aspecto regio, no pude evitar sentirme asombrado. Había más que solo riqueza y dinero detrás de este lugar, había historia. Podía verlo, e incluso yo podía apreciarlo.

—Mi familia —una voz resonó desde el fondo del pasillo detrás de mí. Me di la vuelta y vi a Christophe caminando hacia nosotros. Hizo un gesto hacia los retratos—. Sus rostros están por toda esta casa. Antepasados, que se remontan casi hasta el comienzo del linaje Luna. Stephen, yo me haré cargo desde aquí. Gracias.

Stephen asintió y se fue silenciosamente.

—Creí que tenías trabajo que hacer —dije. Ahora estaba tratando de ocultar lo feliz que estaba de verlo.

—Lo tenía, pero la idea de que anduvieras solo por ahí... Estaba convencido de que romperías algo.

Resoplé.

—No estaba solo, Stephen estaba aquí. Y él sabe mucho más sobre estas cosas que tú.

Christophe sonrió.

—¿Entonces, qué estamos haciendo aquí?

—¿Tengo que mostrártelo? Deberías pagarme más.

Continuamos trabajando en la inspección de las diferentes secciones de los conductos mientras Christophe hablaba sobre la historia de su familia, señalando diferentes retratos y contándome quién estaba representado.

—¿Entonces, algún día estarás en estas paredes? —pregunté.

—Algún día —dijo. Ahí estaba de nuevo, ese anhelo en su voz.

—No sueñas muy contento con eso —dije.

Me miró sorprendido.

—¿Qué?

—¿Me equivoco? Sonabas infeliz.

—Es mi destino ser el líder de esta familia —dijo, irguiéndose—. No hay mayor honor que un hijo pueda tener. Es todo por lo que he trabajado toda mi vida, para lo que me han criado.

—Pero...?

Christophe parecía estar mirando a algún lugar lejano. Suspiró.

—Hay momentos en los que me pregunto si me estoy perdiendo algo. Como si todavía hubiera una parte de mi vida que aún no he encontrado. No sé si puedo ser el alfa destinado a liderar esta familia sin ello.

—¿Qué es? —pregunté—. ¿Qué te falta?

—Yo... no lo sé —dijo—. Esta es la primera vez que le cuento esto a alguien.

No estaba convencido. Él sí lo sabía, pero simplemente no quería decírmelo. No es que necesitara hacerlo. Obviamente era algo muy personal. No era asunto mío.

—El destino, el hado... Todo eso está más allá de mí —dije—. No tengo ni idea de para qué estoy destinado. Tal vez ni siquiera tengo un destino. Quizás ese tipo de cosas es solo para los de alta cuna. Creo que solo estoy aquí para existir. Tal vez mi destino es simplemente ser pisoteado por gente como tú.

—Lamento que tú y tu familia hayan sufrido por culpa de los clanes de alta cuna —dijo—. Los clanes honorables hacen todo lo posible por cuidar a los de baja cuna, pero solo hay tanto que podemos hacer. Y no todos son honorables, aunque afirmen serlo.

Asentí.

—Lo sé. Solo estaba medio en serio. Rápidamente me di cuenta de que estaba equivocado, al menos sobre ti. Me alegro de que no seas así.

Christophe sonrió y me apretó el brazo, y casi jadeo. Su toque era electricidad para mi piel, y todas las fantasías que había tenido la noche anterior de repente volvieron a mi cabeza.

—Tienes un destino, Mason —dijo—. Todos lo tienen. Creo en eso.

Continuamos por la casa, siguiendo el camino del conducto a través de las paredes, el suelo y el techo, deteniéndonos de vez en cuando para inspeccionar un nuevo lugar. Después de almorzar, Stephen reapareció silenciosamente para tomar el relevo.

—Tengo que atender algunos asuntos ahora —dijo Christophe—. Volveré por la noche para pagar la apuesta.

—De acuerdo —dije, teniendo que ocultar los sentimientos en mi voz por tercera vez—. Oh, yo, eh... Sé que dije que quería comer en un lugar súper elegante, pero todo lo que tengo es esta ropa... —Llevaba una camiseta y un par de vaqueros rotos, prácticamente lo único que poseía—. Y estoy algo sucio por el trabajo.

—Está bien —dijo Christophe—. A nadie allí le importará.

Stephen y yo trabajamos mayormente en silencio, pero eso estaba bien para mí. Estaba preocupado, pensando en Christophe. Había poco o ningún daño que afectara a los conductos, solo algunas abolladuras menores por la escapada de Jennifer y mía, y a medida que avanzaba el día, rápidamente me di cuenta de que no habría mucho más que hacer. Habría terminado de pagar mi deuda, y parecía que lo haría ese mismo día.

Y eso significaba que mi tiempo con Christophe estaba llegando a su fin.

Por alguna razón, no se me había ocurrido que nuestro tiempo juntos sería tan limitado. Simplemente no lo había pensado. Todo esto había sucedido tan rápido que apenas había tenido tiempo de recuperar el aliento, y mucho menos de dar sentido a mis sentimientos por él y lo que sucedería en el futuro.

La respuesta era obvia: no pasaría nada. Ambos volveríamos a nuestros mundos. Recordaría su generosidad y amabilidad por el resto de mi vida, tal vez la vida mejoraría un poco para mi familia, y tendría que olvidar todo lo que alguna vez sentí por él. Era inútil esperar algo más que la relación amistosa que teníamos ahora. Él era un alfa de alta cuna. Tenía su destino. Y yo no era nada. Nunca sería nada.

Sabuesos del Infierno, ¿estaba a punto de llorar?

Me aparté de Stephen y rápidamente me sequé una lágrima. Nunca lloraba.

No.

Nunca podría ser de alta cuna, pero no iba a ser simplemente nada. Christophe dijo que todos tenían un destino, tal vez solo tenía que reclamar el mío. Tenía que hacer algo de mí mismo, no sabía qué, pero no iba a simplemente arrastrarme por mi familia, y ciertamente nunca volvería a robar.

Me encontré queriendo trabajar más lento, o fingir que había encontrado algo que necesitaba reparación, pero no sirvió de nada. Era obvio que hoy sería mi último día en la mansión Luna, y mi último día con Christophe.

La noche cayó cuando me encontraba afuera, agachado sobre mis manos y rodillas frente al panel de acceso por el que Jennifer y yo habíamos entrado. Retraje la herramienta electrónica con forma de serpiente del conducto de ventilación, enrollándola. Stephen estaba de pie junto al monitor y lo apagó. Volví a colocar la cubierta del conducto y la atornillé.

—Parece que todo está en orden —dijo Stephen—. Y justo a tiempo. Iré a buscar al señor Christophe para usted, si quiere esperar en la entrada.

—Gracias —respondí abatido.

Lo seguí hasta la parte delantera de la casa. Él entró y yo esperé junto a las enormes puertas dobles de la entrada, observando cómo el sol se ponía sobre el bosque. Intenté sacudirme la tierra de la ropa, pero nada ayudaba realmente al hecho de que era vieja y estaba arrugada. De repente, me arrepentí de que fuéramos a algún lugar elegante. No tenía ni idea de cómo comportarme con elegancia. Iba a destacar como un pulgar dolorido.

Hablando de dolor, mi mano derecha había comenzado a palpar de nuevo, aunque estaba casi curada. La masajee suavemente, esperando que no hubiera nada malo en ella. La puerta principal se abrió y Christophe salió. Se había vestido de manera más informal y ya no llevaba su habitual traje completo, solo una camisa abotonada con un cárdigan. Llevaba colgada al cuello una bolsa especial, de esas que se pueden llevar cómodamente tanto en forma humana como de lobo.

—Espero no haberte hecho esperar —dijo.

Solo medio día, pensé. —No. ¿Vamos a transformarnos? —pregunté, señalando su bolsa.

—Sí —respondió—. En realidad... no vamos a ir a un restaurante. Espero que no te importe.

—Ah, ya veo. Probablemente no puedas llevar a alguien como yo a lugares así, ¿verdad?

—No, no es eso en absoluto. Querías ir a un lugar exclusivo, así que quería llevarte al lugar más exclusivo, con la comida más exclusiva.

—¿Dónde es eso?

—Bueno, sígueme y lo verás.

Su cuerpo tembló ligeramente y luego se transformó. Un pelaje negro se extendió por su piel, y su forma se expandió y creció hasta convertirse en la poderosa figura de un lobo alfa. Se puso a cuatro patas mientras su cara se alargaba en un hocico, sus orejas se desplazaban a la parte superior de su cabeza, y una cola brotaba por encima de sus patas traseras.

—¿Y bien? —dijo, con su voz profunda y retumbante, como el motor de un coche deportivo—. Te voy a dejar atrás. —Se dio la vuelta y comenzó a correr hacia el bosque.

Corrí tras él, mi cuerpo transformándose mientras avanzaba. Me puse a cuatro patas a mitad de zancada y rápidamente alcancé su flanco mientras mi transformación en lobo se completaba.

—Sigues siendo tan lento —dije, y sin pensarlo, le di un mordisco cariñoso en la pata trasera. Me estremecí por dentro, dándome cuenta del límite que acababa de cruzar, pero Christophe solo me miró por encima del hombro, con los ojos brillantes.

Nos adentramos en el bosque, corriendo alrededor de troncos caídos y árboles. De repente, tuve un flashback de la noche en que nos conocimos por primera vez, si es que realmente se podía llamar encuentro. Más bien un placaje.

Christophe se movía bastante lento y con cuidado, optando por maniobrar alrededor de los obstáculos en lugar de saltarlos. Luego los árboles se abrieron en un sendero que atravesaba el bosque, y lo cruzamos, adentrándonos cada vez más. Sabía que la dirección que llevábamos no nos llevaría a Wolfheart, así que me preguntaba qué tenía planeado Christophe.

Después de quince minutos corriendo, redujimos el paso a un trote. El sol aún se estaba poniendo, pero con la cubierta de los árboles, el bosque estaba oscuro. Entonces, más adelante, divisé algo que no debería haber estado allí. Luces. Guirnaldas de luces de colores colgadas en las ramas de un grupo de manzanos.

El sendero continuaba directamente hasta este lugar decorado en el bosque, iluminado como un jardín con cientos de pequeñas luces colgantes. En el centro había una gran roca plana, y sobre ella una mesa completamente puesta con dos sillas. Christophe se acercó trotando y volvió a su forma humana. Colocó la bolsa sobre la mesa y la abrió, y emergió el aroma de carne asada.

—¿Qué es este lugar? —pregunté, transformándome también.

—El lugar más exclusivo del mundo —dijo—. Con comida preparada por el chef más exclusivo del mundo: yo.

Me reí. —¿En serio? —Subí a la roca y miré dentro de la bolsa. Había dos recipientes con filete y langosta.

—Sí —dijo—. Vamos, siéntate.

Me senté, sintiéndome algo abrumado.

—Espero que no te importe —añadió—. El problema de ser un Luna es que todo el mundo lo sabe. Quería alejarme de eso por una noche, y eso no habría sido posible en un restaurante.

—Está bien —dije.

Christophe sacó una botella de vino y sirvió dos copas, luego emplató las comidas. Olían increíble.

—¿No es esto en lo que has estado ocupado todo el día, verdad? —pregunté.

—En parte —dijo—. De hecho, sí tenía asuntos del clan que atender.

—Bueno, gracias por cumplir.

Chocamos las copas.

—Y gracias por darme esta oportunidad, Christophe —dije—. Yo, eh... No soy muy bueno expresándome, pero quiero que sepas que significa mucho para mí.

Él asintió. —Come. La comida se enfriará.

Me lancé a comer, y estaba tan delicioso como olía. No podía creer que fuera algo que Christophe hubiera preparado.

—Entonces, ¿qué es este lugar? —pregunté—. Además del sitio más exclusivo del mundo.

—Es mi pequeño rincón de soledad. Cuando era niño, era prácticamente el único lugar al que podía escapar para estar solo. Pasaba aquí todo el tiempo que podía, que no era mucho realmente. Era difícil escabullirse. Ahora, vengo aquí de vez en cuando para pensar o comer solo.

—Es bonito —dije, lo cual era quedarse corto. Realmente quería decir que era hermoso, pero decir cosas así no era precisamente mi especialidad.

—Stephen me notificó que el trabajo está terminado —dijo Christophe.

—Sí. Afortunadamente fuimos bastante cuidadosos moviéndonos dentro de esos conductos, así que no hubo ningún daño.

Christophe arqueó una ceja. —¿Fuimos?

Me quedé helado. *Oh, mierda.* —Eh... quiero decir, yo. Yo.

—Tenías a alguien más ayudándote —dijo, riendo—. Lo sospechaba.

—No, en serio, yo...

Extendió la mano por encima de la mesa y la puso sobre mi muñeca. Un hormigueo eléctrico subió por mi brazo.

—Está bien, Mason —dijo—. Ya te lo dije, todo ha sido perdonado. Eso incluye a tu compañero. Pero espero que esto no signifique que alguien va a convencerte de volver a este tipo de trabajo.

Negué con la cabeza. —No. No, hemos terminado. En realidad, es mi hermana pequeña, Jennifer. Es una genio.

—¿En serio? Nunca lo habría adivinado.

No sabía por qué se lo había dicho, pero confiaba completamente en él. Y supongo que quería que supiera que no había estado trabajando con alguien malo. O con alguien con quien pudiera haber tenido una relación. Romántica. Había algo en la forma en que había dicho "compañero", como si pensara que tal vez había alguien esperándome en secreto... O quizás solo estaba imaginando todo eso. De repente me sentí realmente estúpido.

—No te preocupes —dijo, apretando mi muñeca—. De verdad, no se lo diré a nadie. Esto termina después de esta noche.

Sentí que se me apretaba el estómago.

—Sí. Gracias, Christophe. Supongo que este es el último día que nos veremos.

Terminamos de comer el resto de la comida en silencio. Después, Christophe recogió los platos y los metió en la bolsa, luego rellenó nuestras copas de vino. Luego fue y apagó las luces. Arriba, a través de los huecos entre las copas de los árboles, brillaban un billón de estrellas. Christophe tomó su copa y se tumbó en el borde de la roca, poniendo sus manos detrás de la cabeza para hacer una almohada mientras miraba al cielo. Era la primera vez que lo veía tan relajado, tan casual. Era como ver a una persona totalmente diferente. Tomé mi copa y me uní a él.

—No puedo ver este tipo de vista desde donde vivo —dije—. Demasiadas luces. Hay tantas estrellas ahí arriba.

Christophe asintió en silencio. En el continuo silencio que había caído entre nosotros, mi corazón comenzó a latir más rápido. Podía oírlo retumbando en mis oídos.

—Tal vez —dijo suavemente—, este no tiene que ser el último día que nos veamos.

Mi corazón dio un salto, y lo miré. —¿Eh? —Pensé que lo había oído mal.

Christophe continuó mirando las estrellas. Luego se volvió lentamente para mirarme, sus ojos carmesí brillando en la tenue luz como estrellas fundidas. Podía sentir mi pulso latiendo en la palma de mi mano derecha. No dolía, pero se sentía caliente y extraño.

—Mason, no quiero que este sea el último día que pasemos juntos.

Di un respingo cuando sentí sus dedos tocar mi mano, luego envolverla lentamente. El latido que sentía desapareció de repente, dejando mi mano hormigueando, como si se hubiera quedado

dormida. *¿Esto estaba pasando realmente?*

—¿Qué quieres decir? —balbuceé. Me sentía congelado en el sitio.

Christophe se inclinó. Cerré los ojos.

Entonces lo sentí. Suavidad y calidez contra mis labios, el cosquilleo de su aliento en mi mejilla.

Casi le doy un puñetazo en la cara por la sorpresa. En su lugar, afortunadamente, le devolví el beso. Mis labios se derritieron en los suyos, y sentí que el mundo comenzaba a girar y ceder, como si fuéramos las únicas dos personas que existían. Nuestro beso comenzó con pequeños roces, y lentamente se volvió más fuerte y hambriento. Ambos parecíamos no querer ser el primero en parar. Sentí la lengua de Christophe jugar contra mis labios, y lo recibí dentro, saludándolo con un toque de mi propia lengua.

Nuestras lenguas continuaron intercambiándose, y gradualmente nuestros besos se volvieron más pequeños y ligeros hasta que me quedé sin aliento, con los labios entreabiertos y esperando más de él. Un dolor pulsaba entre mis piernas.

—¿Qué está pasando? —susurré aturdido.

—Pensé que sería obvio —dijo él—. Que sentía esto por ti.

—Para mí no lo era.

—¿Ni siquiera con la cena romántica?

—¿Esto era romántico?

Sonrió con picardía. —Pensé que *yo* era el despistado.

—Cállate. —Lo besé de nuevo y sonreí—. Vaya. —Aún incrédulo, le di unos cuantos besos más en los labios y me reí—. Esto es una locura. No parece real.

—No lo parece —coincidió Christophe—. Especialmente porque pensé que me odiabas.

—Bueno, en cierto modo sí. Pero para ser honesto... Oh, esto es jodidamente vergonzoso de decir.

—Dímelo.

Dudé por un momento. —Me sentí atraído por ti desde el momento en que te vi. Nunca antes me había sentido así por nadie.

—¿Cuando fui al complejo policial?

Negué con la cabeza. —No —dije—. Incluso antes de eso. Fue la noche que me infiltré. Jennifer y yo estábamos observando la casa desde el bosque, y te vi salir al balcón. Esa fue la primera vez que te vi. Recuerdo que parecía que no querías estar allí. Como si algo te estuviera molestando. Es una locura lo vívido que es ese recuerdo en mi mente.

La mirada de Christophe volvió a las estrellas. Después de un momento, preguntó: —Mason, ¿estarías dispuesto a creer que existe algo como el destino si pudiera probártelo?

—¿Cómo podrías probar el destino?

—Cuando era niño, mi padre me llevó a ver al Adivino del clan para que leyera mi destino. Mi padre siempre me decía que eran puras tonterías, pero era parte de la tradición del clan y tenía que ir. Pero lo que el Adivino me dijo se ha quedado conmigo toda mi vida. En secreto, siempre he querido creer que lo que dijo se haría realidad.

—¿Qué te dijo?

Observé el rostro de Christophe y vi las oleadas de emoción que lo cruzaban mientras miraba al espacio. Su mano, aún sosteniendo la mía, comenzó a temblar ligeramente. —Me dijo que algún día conocería a alguien que estaba destinado a ser mi pareja. Dijo que una marca de nacimiento que llevo en mi cuerpo coincidiría con la pata de esa persona. La verdad es que me he sentido atraído por ti desde el principio, también. Y creo... no, *siento* que hay algo que nos conecta. Y creo que eso es lo que tú también sentiste.

De repente, recordé a Christophe preguntándome sobre mi pata cuando estaba detenido en la cárcel. Me había preguntado sobre mi almohadilla faltante.

—¿Y crees que mi pata es la que coincidirá contigo?

¿Y si no lo es?

Christophe pareció leerme la mente. —Es cierto que te perseguí por lo que vi en el suelo aquella noche. Pero ahora sé que, sea o no sea, no importa. La atracción que sentí hacia ti era real. Creo que la marca de la pata que vi esa noche era la que pertenecía a mi pareja destinada. No necesito confirmarlo. Ya lo sé, ahora más que nunca.

Mi cabeza daba vueltas. *Pareja destinada*. Y sin embargo, por mucho que hubiera que asimilar, sentí una ligereza, una claridad, como si todo tuviera sentido. Esa era la razón por la que me sentía así. ¿Qué más podría explicar un sentimiento tan poderoso y repentino? ¿Qué más podría explicar por qué se sentía tan malditamente perfecto?

Me giré sobre Christophe, bloqueando su vista de las estrellas con mis ojos. Luego lo besé de nuevo. Era increíble lo fácil y natural que se sentía besarlo. Tan fácil como respirar. Acaricié su mejilla con mi mano derecha y luego la apoyé en su pecho. Cerré los ojos y me concentré en transformar solo mi mano.

—Quiero saberlo —dije—. Veamos cuánta mierda dicen los Adivinos.

Se rió, pero pude notar que estaba nervioso. Christophe creía en todo eso, después de todo. Y tal vez yo también quería creerlo. Pero no me hacía ilusiones.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Completamente seguro. Si tú lo estás.

Su expresión cambió mientras se armaba de valor, y se sentó, guiándome hacia atrás por los hombros. —Si no te importa —dijo, y me aparté de él. ¿Dónde estaba esta marca de nacimiento?

Sus manos fueron hacia su cinturón, y un enorme nudo se formó en mi garganta mientras lo desabrochaba y bajaba la cremallera. Sentí mi polla palpitando al ritmo de mi corazón, y presionaba firmemente contra mi ropa interior. Me moví ligeramente, esperando que no notara el bulto creciente en mis pantalones.

Christophe abrió sus pantalones y se sacó la camisa. Luego, lentamente, se deslizó los pantalones por los muslos y se los quitó por los tobillos. Los dobló cuidadosamente y los colocó a su lado sobre la roca. Inmediatamente lo vi, y mi corazón dio un vuelco. En su muslo derecho interno había una marca oscura que a primera vista podría haber confundido fácilmente con un tatuaje. Era clara: una huella de pata con una almohadilla faltante.

De repente, mi pata comenzó a hormiguear y palpar ligeramente. Me arrodillé frente a él y luego, lentamente, extendí mi pata y la presioné contra su marca.

La sensación de hormigueo se extendió por mi pata, y Christophe jadeó, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Sientes algo?

—No, es solo que tu pata está fría —dijo, y me reí.

—Coincide —dije—. Puedo sentirlo. Realmente coincide.

Asintió. —Yo también puedo sentirlo. —Entonces deslizó su mano por detrás de mi cuello y me atrajo hacia un beso.

Transformé mi pata de vuelta en mano, y mi palma se llenó con el calor de su muslo. Luego sentí una firme presión contra mi muñeca. Miré hacia abajo y vi que era el bulto abultado de su excitación. Me miró a los ojos, y lo besé mientras dejaba que mi mano vagara.

Christophe suspiró cuando hice contacto, y exploré su forma con mi palma y mis dedos. Acaricié su bulto mientras mi corazón martilleaba en mi pecho, enviando sangre hacia mi propia erección palpitante. Deslicé mis dedos bajo la cintura de su ropa interior y lentamente la bajé para revelarlo.

¡Oh, mierda!

Era enorme. Tamaño alfa. Perfecto. Con la luz de las estrellas sobre nosotros, solo deseaba poder verlo mejor.

Envolví mis dedos a su alrededor. El pene de Christophe, en mi mano, ahora mismo. No me importaba lo rápido que estaba yendo esta noche. En toda mi vida, nunca había sentido algo tan

correcto como lo que estaba sucediendo entre Christophe y yo en este momento.

Estaba tan duro, prácticamente palpitando en mi agarre. De repente, un viento fresco sopló a través del bosque, agitando las ramas de los árboles. Suaves nubes de vapor se formaban desde nuestras bocas con cada respiración.

—¿Tienes frío? —Parecía una pregunta tonta considerando lo caliente que se sentía su pene en mi mano. Negó con la cabeza.

—¿Y tú?

—No.

Comencé a acariciarlo, y él echó la cabeza hacia atrás y gimió. Palpitaba vigorosamente en mi agarre, y su glánde brillaba con líquido preseminal. Bajé mi cabeza hacia él y lo provoqué, pasando mi lengua por su punta. Luego tracé una de sus venas por su tronco hasta llegar a sus testículos, y bailé ligeramente mi lengua por la suave piel de su saco. Se estremeció y gimió, y lo sentí pulsar en mi agarre. Me miró, y le sonreí, feliz de estar obteniendo esta reacción de él. Entonces abrí mi boca, y una nube caliente de vapor salió de mis labios mientras lo envolvía.

Su grosor llenó mi boca, e hice lo mejor que pude para chuparlo hasta la base. Era delicioso. Increíblemente delicioso. No podía tener suficiente de él. Balanceaba mi cabeza y chupaba, tragaba y me ahogaba. Mi pene dolía por ser tocado, así que llevé mi mano dentro de mis pantalones y comencé a tocarme por desesperación. Christophe lo vio. Me apartó de su pene y me atrajo hacia un beso áspero antes de voltearme en cuatro patas, con mi trasero frente a su cara. Sabuesos del Infierno, no me había dado cuenta de lo fuerte que era.

Tiró de mis pantalones y me apresuré a ayudarlo a quitármelos. Pronto, estos y mi ropa interior estaban alrededor de mis tobillos, y los aparté de una patada hacia la tierra. Mi pene colgaba sobre su rostro, tan duro y caliente que podría jurar que estaba emitiendo su propio vapor. Observé cómo deslizaba sus manos por mis muslos y alrededor de mis nalgas, y lentamente

bajaba mis caderas, más y más.

Gemí cuando mi pene hizo contacto, empujando más allá de sus suaves labios hacia su cálida boca. Volví mi atención a su miembro, chupándolo mientras él me chupaba a mí. Estaba enloquecido por él. Feral. Nunca había sentido tal hambre loca, y no solo por probarlo sino por *tenerlo*. Quería ese grueso pene suyo en más que solo mi boca.

Lo tomé profundamente, cubriendo su pene con mi saliva mientras su lengua jugaba por mi tronco y bailaba sobre mi ano. Murmuré contra él, mis gemidos ahogados por su grosor.

—¿Qué dijiste? —gruñó. Su voz había cambiado de nuevo. Era la voz dura y dominante de un alfa.

—Te deseo —dije—. Christophe, te deseo.

Me empujó fuera de él. Gateé en cuatro patas, mis rodillas raspándose contra la roca. No me importaba. Christophe se acercó, y alcancé a ver la marca en su muslo. Mi marca de pata.

Compañeros destinados.

Estábamos destinados el uno para el otro. Marcados desde el nacimiento.

La idea era una locura. Absolutamente descabellada. Pero no me importaba. Todo había cambiado para mí. Estaba nadando en mi deseo por Christophe, y sabía que todo era verdad. Nada podría haber cambiado mi opinión sobre eso ahora.

Me di la vuelta y me presenté ante él. Aquí afuera en el bosque sobre esta mesa de roca, me sentía casi como un sacrificio. Me gustaba esa idea.

Todos tienen un destino.

Solo tenían que agarrarlo. Aquí estaba el mío, y quería rendirme ante él.

Christophe se acercó y bajó su rostro hacia mi trasero. Podía sentir su aliento caliente en mi piel. —¿Por qué no me dices tu nombre? —dijo.

—¿Eh? —¿De qué demonios estaba hablando? Me dolía por él, me moría porque estuviera dentro de mí—. Mason —dije.

—¿Estás seguro? —Me sonrió—. Pensé que era...

Giró su lengua sobre mi entrada, y un escalofrío de placer recorrió mi cuerpo.

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—C-cómeme el culo —dije, casi suplicando.

Christophe respondió con su lengua, y yo con un gemido. Pronto, no pude soportarlo más. —Fóllame —dije, ahora realmente suplicando—. Deja de provocarme.

Se enderezó, y sentí su polla presionar contra mí mientras se inclinaba sobre mi cuerpo. Miré por encima de mi hombro para encontrarme con él y lo besé. Luego, agarró mi cintura con una mano, se sujetó a sí mismo con la otra, y empujó hacia mi entrada. Me di cuenta de que estaba húmedo para él allí. Era la primera vez que experimentaba eso, la excitación de un omega.

Tómame...

Las palabras cruzaron por mi mente y luego salieron de mis labios. Grité cuando Christophe entró en mí. Su polla me abrió, empujando hasta el fondo de una sola vez. No se tomó su tiempo ni fue despacio. Embistió con fuerza, sus abdominales golpeando duramente contra mi trasero mientras me follaba. Tan propio y reservado como Christophe siempre había sido, ahora parecía un animal diferente. Y por mucho que me hubiera gustado luchar contra él antes, ahora todo lo que quería era rendirme a su polla.

Nuestros gemidos y los sonidos que hacíamos llenaron el bosque silencioso, y no me habría sorprendido si nuestras voces hubieran llegado hasta la casa de los Luna. Christophe empujó su mano contra la parte posterior de mi cuello, presionando mi cara contra la roca fría y lisa. Golpeaba su polla dentro de mí, la hinchazón de su cabeza haciendo olas contra mis puntos más sensibles. Ni siquiera necesitaba darme placer a mí mismo. Su polla estaba haciendo todo el trabajo, y me estaba llevando al borde.

—Vas a hacer que me corra —jadeé—. Joder, Christophe, oh, *¡joder!*

Él respondió embistiendo más fuerte y profundo. Lo miré, queriendo verlo cuando me corriera. Me devolvió la mirada, con los dientes apretados mientras bocanadas de vapor escapaban con cada respiración entrecortada. Me apretó con más fuerza y embistió una última vez mientras dejaba escapar un largo y satisfecho gemido. Sentí su polla palpitando dentro de mí mientras se corría, llenándome con su nudo. Mis ojos revolotearon hacia atrás mientras era llevado a mi clímax. Las estrellas giraron arriba y luego explotaron en mi cabeza cuando me corrí. El orgasmo se sintió interminable, como si estuviera encerrado en el placer al igual que su polla estaba encerrada dentro de mí, sostenida por su nudo mientras se derramaba en mi interior.

Y entonces, lentamente, las cosas volvieron a enfocarse.

El silencio regresó al bosque, acentuado solo por nuestras respiraciones rápidas. Christophe salió lentamente de mí, y me desplomé sobre la roca. Mis piernas se habían convertido en gelatina por la intensidad de todo, apenas podía moverme. Christophe se acostó a mi lado y me envolvió en sus brazos.

—Sabuesos del infierno —logré decir—. Christophe, eso fue una locura. Eso fue una locura.

—Lo sé —dijo. Sonaba un poco sorprendido—. Fue increíble.

Encontré mis pantalones, y ambos nos vestimos y nos limpiamos lo mejor que pudimos. Él volvió a encender las luces de hadas y examinó mi rostro por primera vez a la luz. Lo abracé con fuerza, principalmente porque simplemente no quería dejarlo ir, pero también porque hacía mucho más frío de lo que me había dado cuenta. Tomó mi rostro entre sus manos y me besó.

—Esto fue más de lo que podría haber esperado —dijo.

Mi mano vagó hasta su muslo, donde estaba la marca. —Esto es real —dije, aún sin poder creerlo.

—Esto es real —dijo, y me besó de nuevo.

La intensidad primaria del momento se estaba desvaneciendo, pero el anhelo por él seguía ahí, como un resplandor posterior. Mi cabeza daba vueltas. No sabía que era posible que los sentimientos por alguien se volvieran tan fuertes tan rápidamente. La realidad de la situación comenzaba a amanecer en mí.

—Christophe...

—¿Sí, Mason?

—¿Vamos a estar bien?

Yo seguía siendo yo, él seguía siendo él. Todavía pertenecíamos a mundos diferentes. ¿Una

marca del destino cambiaría eso? Sabíamos que la marca era real, ¿pero alguien más lo sabría? ¿A alguien le importaría?

—Sí —dijo—. Por supuesto. Este puede ser nuestro lugar. Nuestro lugar secreto. Haremos que las cosas funcionen. Encontraré una manera.

No estaba seguro de qué pensar de esa respuesta. ¿Realmente podían las parejas destinadas permanecer ocultas? ¿Era algo que podía ser un secreto?

Tenía que confiar en que esto funcionaría. Después de todo, ¿no nos había unido el destino? La marca lo probaba, ¿verdad? Tenía que creer que era cierto, porque estaba demasiado involucrado. Lo abracé con fuerza. No quería que viera mi duda.

CHRISTOPHE



*P*adre hizo una rápida inspección de la puerta del guardarropa, sin parecer ni impresionado ni decepcionado.

—¿Y el sistema de aire también ha sido reparado?

—Sí, Padre —dije.

—Entonces, ¿vamos a pagarle a este hombre?

—Mason Arkentooth, sí.

—Recuérdame otra vez, ¿por qué estamos pagando al delincuente que causó todo este daño para repararlo?

Esperaba que Padre no hubiera visto el tic en mi párpado izquierdo en reacción a lo que acababa de decir. Habían pasado tres días desde que Mason y yo descubrimos nuestros sentimientos el uno por el otro, y nos habíamos encontrado cada noche en mi —ahora nuestro— lugar secreto en el bosque fronterizo. Me enfurecía pensar en la imagen que Padre tenía de Mason: un criminal indigno de confianza, vulgar y de clase baja. Lo sabía, porque así era como yo también lo había visto, pero rápidamente quedó claro que no era así. Entendía las razones por las que se había volcado al crimen, y me había enamorado de él por eso.

Padre estaba equivocado. Las marcas de pareja destinada *sí* eran reales, y yo lo había encontrado. Después de aferrarme a esa posibilidad durante toda mi vida, realmente lo había encontrado.

—Mason y su familia han sido aprovechados por el Clan Blood Gulch, como estoy seguro que les ha pasado a muchas otras familias como ellos. No es una mala persona, solo alguien que hace lo que puede para proteger y mantener a su familia. Quería darle una salida de ese camino. Y quería demostrar que no todos los clanes de clase alta son así.

—Bien, bien —dijo Padre—. Lo has hecho bien. Aunque no entiendo muy bien por qué tuviste que ayudarlo personalmente. Se vuelve problemático involucrarse personalmente en cada asunto que haces. Parte de ser un buen líder es saber cómo priorizar.

—Lo sé, Padre —dije—. Y quise priorizar a Mason.

Padre me lanzó una mirada inquisitiva y luego se encogió de hombros.

—Supongo que es tu prerrogativa.

Esa noche, fui temprano al lugar del bosque para prepararlo para nuestro encuentro: mantas, almohadas, un calentador portátil y varias botellas de vino. Para mantener esto en secreto, no podíamos encontrarnos en ningún otro lugar, pero estaba bien con eso. Salir a un lugar escondido en el bosque para encontrarme con Mason era emocionante y romántico. Cada momento era una aventura.

Abrí una botella de vino y me tumbé sobre la roca, que había cubierto con pieles y mantas, y miré al cielo del atardecer. Me sentía libre y ligero, como si nada pudiera tocarme. ¿Cuándo fue la última vez que me sentí así? No podía recordarlo. Debió haber sido cuando era apenas un adolescente, pero no podía estar seguro. Quizás nunca me había sentido tan ligero antes. Era como si por primera vez en mi vida no estuviera estresado por el futuro. Todo lo que quería era estar aquí con él.

Pasó una hora, y el sol se había puesto. Encendí las luces de hadas y el calentador, y terminé una tercera copa de vino.

Mason llegaba tarde.

Revisé mi teléfono, pero no había nada. Eso debería haber sido tranquilizador —habíamos acordado evitar contactarnos por teléfono a menos que fuera una emergencia— pero aun así no podía evitar preocuparme.

Pasó otra hora. Jugueteé con mi teléfono en el bolsillo mientras me preguntaba cuánto tiempo sería apropiado esperar antes de llamarlo. Me transformé en mi forma de lobo y me senté en la roca, con la nariz levantada hacia la brisa.

Después de treinta minutos, capté el aroma de Mason, y quince minutos después, lo escuché corriendo por el bosque. Volví a mi forma humana cuando emergió de entre los árboles. Él también se transformó en humano y me envolvió en un fuerte abrazo.

—Llegas tarde —dije.

—No me digas que estabas preocupado por mí —dijo.

—No —dije—. Si no hubieras venido, habría disfrutado de esta botella de tinto lupaniano yo solo. Habría sido un buen momento.

—Cállate —dijo, y me besó—. Siento llegar tarde.

—¿Está todo bien?

Hubo una pausa antes de que respondiera:

—Sí, todo está bien.

Lo sostuve por los hombros y lo miré a los ojos, y él me devolvió la mirada con una fiereza obstinada. Pude notar que estaba ocultando algo.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Suspiró y se sentó en la piel extendida. —Esto es agradable. Cálido.

—Pensé que deberíamos hacer el lugar un poco más cómodo —dije, y le serví una copa de vino—. Considerando que lo usamos tanto como mesa como cama. Entonces, ¿qué está pasando?

Amablemente tomó el vino que le ofrecí y dio un largo sorbo. —No es nada en realidad. Es solo que la condición de mi madre está empeorando. Hoy estaba luchando solo para mover su silla de ruedas. Jennifer y yo tuvimos que ayudarla.

—¿Los sanadores no saben qué le pasa? —pregunté.

—Solo hemos podido llevarla a una pequeña clínica. No estaban capacitados ni equipados para diagnosticarla.

—Por los sabuesos del infierno, Mason. Puedo arreglar para que reciba atención.

Sonrió tristemente. —Gracias, Christophe. Ya has hecho suficiente, no merezco más ayuda. No quiero aprovecharme de tu amabilidad.

—No seas ridículo, Mason —dije—. No te estás aprovechando de nadie. Eres mi pareja destinada, Mason.

Lo rodeé con mis brazos y él me abrazó fuertemente.

—¿Por cuánto tiempo, Christophe?

—¿Por cuánto tiempo?

—¿Podrías cuidar secretamente de mi familia? No es gran cosa ahora, pero ¿cuánto podría durar? No podría esperar eso de ti. Y sabes que no podrías hacerlo.

Fruncí el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Desearía no ser de clase baja —dijo, y tocó mi muslo donde estaba la marca—. Esto me hizo creer que realmente hay magia en este mundo. Magia de verdad. Pero ¿cómo podemos ser parejas destinadas cuando ni siquiera podemos estar juntos?

—*Estamos* juntos —dije—. Aquí mismo. Ahora mismo.

—Sí, pero ¿siempre nos encontraremos aquí, así?

—Este es nuestro paraíso. Podemos escapar de ambos mundos aquí.

Se rio. —Para lo condenadamente inteligente que eres, a veces puedes ser bastante ingenuo sobre algunas cosas, Christophe.

—No soy ingenuo. Quiero estar contigo, Mason. Contigo, finalmente he encontrado la verdadera felicidad en mi vida. Ya no siento que me falte algo. Y una vez que me haga cargo del clan, no tendremos que preocuparnos por nada. Podré cambiar las cosas. No tendremos que hacerlo así nunca más.

—Y hasta entonces, tendremos que seguir encontrándonos en medio del bosque —dijo.

—Sí —dije—. Y seguiría haciéndolo para siempre si fuera la única forma en que pudiéramos estar juntos.

—No quiero ser un secreto —dijo Mason—. No quiero ser tu secreto.

Mi corazón se hundió. —Desearía que no tuviéramos que ser un secreto. Pero no sé qué otra opción tenemos.

Mason asintió con tristeza. —Cierto. Lo sé. —Rodeó mi cintura con sus brazos y me abrazó, enterrando su rostro en mi cuello—. Lo siento, Christophe —murmuró—. Es que han estado pasando muchas cosas.

—No te disculpes —dije, y lo besé en la cabeza. Tenía razón. Me había dejado llevar tanto por el momento de esto que había crecido entre nosotros que no me había detenido a pensar en lo que Mason estaba pasando. Fue egoísta de mi parte, esperar que esto pudiera ser nuestra normalidad. Egoísta, y sí era ingenuo.

Había construido esta idea de que este sería nuestro secreto compartido, pero Mason sentía que él era *mi* secreto. Y tenía razón, por terrible que fuera. Esto tenía que ser un secreto por mi familia, no por la suya.

Mason besó mi cuello mientras sus manos se movían por mi chaqueta, tirando de ella suavemente. Me la quité de los hombros mientras sus labios se dirigían hacia mi oreja, donde

mordisqueó el lóbulo y envió un escalofrío por todo mi cuerpo hasta mi miembro. Le quité la camisa y lo empujé hacia atrás sobre las pieles, plantando besos hambrientos por todo su pecho. Él gimió cuando rocé mis labios contra sus pezones, y cuando llevé mi mano entre sus muslos sentí su excitación esperándome.

Quería que esto fuera para siempre. Cada día que pasaba conociendo a Mason era una dicha. Nunca me había sentido tan cómodo con otra persona en toda mi vida.

¿Cómo podría arreglar esto? ¿Qué podría hacer por el hombre que sabía que era mi pareja destinada? ¿Por nosotros?

Continué mi camino por su pecho, besando el paisaje de sus abdominales hasta llegar a la parte superior de sus pantalones. Los desabroché y bajé lentamente la cremallera, diente por diente. Él me miró, esperando ansiosamente mi toque, y se lo di. Le bajé los pantalones por los muslos y presioné mis labios contra el gran bulto de su ropa interior, besando y acariciando su miembro a través de la tela.

—Deja de provocarme —gruñó—. O te golpearé.

Le sonreí y deslicé mis dedos bajo la cintura de su ropa interior, y luego los bajé. Su miembro se erguía grueso y firme, y pasé mis labios sobre la punta para saborearlo. Sus hermosos ojos azules me miraban mientras yo descendía lentamente, tomándolo dentro de mi boca. Lo hice despacio, saboreando tanto su sabor como sus pequeños espasmos de placer.

Nada en las reglas del clan decía que un plebeyo no pudiera emparejarse con uno de nosotros, simplemente era mal visto, especialmente para un primer alfa. Pero no había ninguna regla en contra.

¿Qué estaba dispuesto a sacrificar por Mason? ¿Estaba dispuesto a perderlo todo? ¿Mi destino?

Durante casi toda mi vida había creído que mi destino era liderar el clan. Era lo que me habían criado para creer. Pero...

Mason gimió y hundió sus dedos en mi cabello mientras lo tomaba profundamente en mi garganta. Rodeé la base de su miembro con mis dedos, apretando su grosor firmemente mientras masajeaba sus testículos con mi otra mano. Cuando me aparté de él, una gruesa línea de saliva goteaba de mi lengua a la punta brillante de su miembro. Jadeé para recuperar el aliento y luego volví a sumergirme.

Pero, ¿y si tuviera un destino diferente?

Todavía recordaba lo que el Vidente me había dicho, hace más de veinte años. Me dijo que me convertiría en un lobo leal, que se alzaría cuando la ocasión lo requiriera para proteger lo que más apreciaba. Siempre había creído que se refería a liderar el Clan de la Luna Creciente. Pero tal vez no era eso en absoluto. ¿Tal vez ese no era mi destino?

¿Y si mi destino fuera...?

—Fóllame, Christophe —dijo Mason, con voz grave—. Quiero que me folles, ahora mismo.

Levantó sus rodillas hasta sus hombros, abriéndose para mí. Agarré una almohada y la coloqué debajo de su trasero, luego me incliné, tomé su miembro, y pasé mi lengua desde su entrada, subiendo por sus testículos hasta la punta. Me quité los pantalones y acerqué mi erección a su entrada expectante, y empujé lentamente hacia adentro.

No pude evitar gemir cuando el apretado calor de Mason me envolvió. Él rodeó mi cuello con sus brazos mientras yo empezaba a mover mis caderas, embistiendo profundamente en él.

—Ah, joder, Christophe —gimió en mi oído—. No pares.

Su voz me excitó aún más, y lo follé más profundo, empujando sus piernas hacia atrás por los tobillos tanto como pude. Estaba tan apretado que parecía que me aferraba, suplicándome que no saliera de él.

Luchaba por contenerme, pero sabía que no podría hacerlo por mucho tiempo. Era como si estuviéramos perfectamente hechos el uno para el otro, y cada movimiento de mis caderas, cada embestida y retirada, era puro éxtasis. Lo besé, poniendo todo lo que sentía por él en ese beso mientras me hundía hasta el fondo. Estaba llegando al límite.

—Voy a correrme —dije.

—Yo también —gritó—. Espérame. Espérame.

Me mordí el labio y apreté sus muslos, haciendo todo lo posible para contener el clímax.

Mason agarró las pieles, apretándolas en sus puños mientras gemía. —¡Oh, *joder*!

Su miembro se flexionó, y lo sentí apretarse a mi alrededor. Estaba indefenso. El orgasmo me golpeó y no me soltó. Me hundí tan profundo como pude, derramándome dentro de él mientras su miembro palpitaba gruesas líneas de su culminación sobre mi pecho.

Salí de él, con la cabeza dando vueltas. Me desplomé junto a Mason, y él me envolvió en sus brazos. —Una cosa más —murmuró, y lamió su propio semen de mi pecho.

Nos acurrucamos juntos en el montón de pieles y mantas, el calor del calentador irradiando sobre nosotros.

—Perfecto —susurró Mason, con su rostro presionado contra mi cuello—. Jodidamente perfecto.

Besé su cabeza y lo abracé fuertemente.

¿Y si...?

Mi destino es...

¿Estar con él?

* * *

Caminaba nerviosamente por la sala de fumar. Las palmas de mis manos sudaban. No era propio de mí perder la compostura tan fácilmente, pero esta no era una reunión cualquiera. Tal vez debería haber elegido un lugar diferente para pedirles a Madre y Padre que habláramos. No me había sentido así desde que era un niño, pero todos los retratos de mis antepasados empezaban a parecer que me juzgaban, como si todos me miraran con desaprobación. Si Padre aprobaba, eso era todo lo que importaba. Su palabra era la palabra del clan. Pero conseguir su aprobación era la parte difícil.

¿Qué estás dispuesto a sacrificar?

Respiré profundamente y me encontré dirigiéndome hacia el vaso de brandy en la mesa de licores. Me detuve. No lo necesitaba. Me enderecé al oír que se abría la puerta detrás de mí, pero cuando me di la vuelta no era quien esperaba.

—Oh, hola, Christophe —dijo Arthur mientras entraba en la habitación.

—Arthur, ¿qué haces aquí? —pregunté.

—Eh, yo también vivo aquí. Estoy bastante seguro de que se me permite estar aquí —se acercó a

una estantería y examinó los libros.

—Lo siento —dije, sacudiendo la cabeza—. No quise decirlo así. Estoy un poco nervioso ahora mismo.

Cogió un libro del estante y lo metió bajo el brazo. —¿Todo bien?

Suspiré. —No. No realmente.

—Oh. ¿Qué ocurre?

—Esto va a parecer que sale de la nada, pero... Mason y yo estamos juntos.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿En serio? Por los sabuesos del infierno, Christophe. No esperaba que vosotros dos *realmente*... Vaya. ¿Un secreto, supongo? No te preocupes, me lo guardaré para mí.

—Arthur, ¿alguna vez tú... Cuando eras joven, papá te llevó alguna vez al Vidente? No lo recuerdo.

—Claro. Creo que todos vimos al Vidente, ¿no? Tradición del clan.

—¿Qué te dijo?

—No sé. Algo sobre tener un corazón justo y hacer un sacrificio. Bla bla, supongo que un montón de tonterías. ¿Por qué? ¿Qué te dijo a ti?

—¿Conoces la marca de nacimiento que tengo en el muslo?

Arthur asintió. —Claro. La huella de pata embarrada.

—Me dijo que era algo llamado marca de pareja destinada. Que en realidad mostraba la huella de la pata de la persona con la que estaba destinado a enamorarme.

—Vale —Arthur se rió—. Sí, así que hemos confirmado que estaba lleno de tonterías —Dejó de reír cuando vio mi expresión—. ¿Verdad?

—No lo sé. Papá también me dijo que era una tontería. Supongo que lo creí. Pero... No te lo vas a creer, Arthur, pero la pata de Mason coincide con la marca.

—Venga ya, Christophe. De Van me lo creería, pero no de ti.

Negué con la cabeza. —Estoy seguro, Arthur. Es verdad. Y sé lo que siento por Mason.

Me estudió por un momento, y pude ver que entendía lo serio que estaba. Se echó el pelo hacia atrás y exhaló un largo suspiro. —Vaya. Vale. Entonces, ¿qué vas a hacer?

En ese momento, la puerta del salón de fumar se abrió de nuevo y entraron mamá y papá. Arthur me miró, con los ojos abiertos de par en par al darse cuenta. —Buena suerte —murmuró, y se escabulló.

—¿Qué necesitas, Christophe? —preguntó mamá.

—Sabes que no es necesario que pidas nuestro permiso en asuntos oficiales —dijo papá—. Confío en tu juicio.

Las palmas de mis manos sudaban de nuevo y mi corazón latía con fuerza. —Este es un asunto que aún requiere su aprobación.

Él y mamá intercambiaron una mirada. —Continúa.

—No sé cómo decir esto, así que creo que debería decírselo directamente. Cuando tenía cinco años, me llevaron a ver al Vidente del clan, y me dijo el significado de la marca en mi pierna. Dijo que era una marca de pareja destinada, y que me uniría a la persona con la que estaba destinado a emparejarme.

—Sí —dijo papá—. Lo recuerdo.

—He encontrado a la persona que coincide con mi marca.

Intercambiaron otra mirada, y papá habló. —Christophe, las palabras del Vidente solo están destinadas a formar una estructura sobre la que comenzar tu vida. No ven realmente el futuro.

—Eso no es del todo cierto, Basch —dijo mamá, para mi sorpresa—. El Vidente me dijo que tendría cuatro hijos, y que uno sería un omega. Y...

Papá resopló. —Son tonterías —dijo—, y tú deberías saberlo más que nadie, Stella. ¿Quién es esta persona?

Tomé aire. —Mason Arkentooth.

—Por los sabuesos del infierno —dijo papá, con voz de bajo rumor—. No puedes hablar en serio.

—Mamá, papá, me conocen. Saben que no soy de los que toman decisiones precipitadas.

—Christophe, ¡es un *criminal*! —dijo mamá—. Es un criminal de clase baja.

—No, mamá —dije—. Es un buen hombre. Es fuerte, inteligente y leal. Su situación no es culpa suya.

—Él tomó la decisión de convertirse en un ladrón —dijo papá—. Eso no me parece muy honorable.

—Ustedes no lo conocen —dije.

—¿Y tú sí? ¡Acabas de conocerlo!

—La marca, padre. No estaba seguro de creerlo, pero ¿cómo más puedo explicar la conexión que siento con él? ¿Que siempre he sentido hacia él?

—Así que, por esto querías ayudarlo...

—No, fui honesto cuando te dije mis razones. Decidí eso antes de enamorarme de él.

Madre se cubrió la boca, y la expresión en el rostro de padre casi me rompió el corazón. Nunca lo había visto tan decepcionado de mí antes.

¿Qué estás dispuesto a sacrificar? Todo.

Tenía que estarlo. Si realmente creía en lo que sentía por Mason, si verdaderamente creía en la

profecía de la marca del compañero destinado, entonces tenía que estar dispuesto a renunciar a todo.

—No podemos aprobar esto —dijo padre—. Lo siento, Christophe. No debes verlo.

—Padre, después de todo lo que he pensado sobre esto, sé que este es mi destino.

—Tu destino es liderar esta familia.

—Con Mason a mi lado —dije—. Sin él, estaré incompleto para siempre. Nunca podré ser el líder que crees que estoy destinado a ser.

—No seas *ridículo* —rugió padre—. ¡Cumplirás con tu deber hacia tu familia!

No me moví, pero podía sentir las lágrimas llegando a mis ojos. —Sabes cuánto significa el clan para mí. Pero ¿cómo puedo negar el amor y el destino? Si lo sacrificara todo por una persona, espero que pudieras entender lo que siento por ella.

—Christophe, esto no tiene sentido —dijo madre—. ¿Qué estás diciendo? ¡Basch, deténlo!

Me di la vuelta para irme. Mi padre solo se quedó de pie observando, su rostro pálido por la conmoción.

Me apresuré a bajar las escaleras, transformándome mientras lo hacía. Arthur apareció de algún lado, caminando a mi lado.

—¿Qué pasó? —preguntó.

No pude mirarle a los ojos. —Tengo que irme —dije—. Necesito resolver todo esto.

—¿Irte? No puedes hablar en serio. ¡Oye! ¡Christophe!

Me puse a cuatro patas y abrí la puerta principal de golpe.

—¡No seas loco! —gritó tras de mí—. ¡No olvides quién eres!

Sabía quién era. De hecho, me conocía mejor que nunca antes. Durante casi toda mi vida, había sentido que me faltaba una parte de quien era. Que en el fondo, sabía que lo que había llegado a creer que era mi destino era solo una parte del panorama. Había estado buscando durante mucho tiempo para encontrar esa pieza faltante, y ahora finalmente la había encontrado en Mason. No iba a dejarlo ir.

Corrí. No me importaba lo lejos que estuviera, mis piernas me llevarían hasta él. Kilómetros pasaron volando, y me metí en la carretera de acceso oculta que conducía al corazón de la ciudad. El bosque desapareció y se convirtió en un borrón de concreto.

Tal vez me había vuelto loco. Tal vez eso era lo que el amor nos hacía. Nos hacía hacer cosas locas y estúpidas.

Mis piernas estaban a punto de ceder bajo mi peso, y todo lo demás se sentía como si estuviera en llamas. Aun así, seguí adelante.

Tenía que seguir adelante. Quería que estuviéramos juntos, como estábamos destinados a estar. *Verdaderamente* juntos. Compañeros unidos al lado del otro.

Me desplomé frente a su edificio de apartamentos y, lentamente, con piernas temblorosas, volví a mi forma humana. Me puse de pie, empapado en sudor y jadeando por aire, y llamé a su ventana.

—¡Mason! ¡Mason!

Recogí una piedra y la lancé a la ventana. Luego busqué en mi bolsillo mi teléfono, pero no estaba. En mi prisa, lo había dejado en casa.

—Maldición —murmuré entre respiraciones.

—¿Señor Luna?

Miré hacia la ventana y vi el rostro de la madre de Mason asomándose.

—Señora —dije, todavía tratando de recuperar el aliento, con las manos en las rodillas—. ¿Está Mason aquí?

—Mason está en la tienda. Déjeme abrir la puerta para usted.

—Oh, señora Arkentooth, no tiene que hacerlo —protesté, pero ella ya había desaparecido de la ventana.

Esperé abajo en la entrada del edificio, y poco después apareció para abrir la puerta.

—Gracias, señora Arkentooth —dije.

—Por favor, llámeme Eliza. Creo que necesita una toalla —dijo, mirándome desde su silla de ruedas—. ¿Está bien?

Asentí. —Estoy bien.

Ya en el apartamento, me trajo un vaso de agua y una toalla, y me limpié la cara empapada de sudor antes de sentarme en el sofá con un agradecido gemido.

—¿Su hija no está? —pregunté.

—Ha vuelto a la escuela —respondió con una sonrisa—. Señor Luna, quiero agradecerle por darle trabajo a Mason. Ha sido de gran ayuda para nosotros.

—Oh, no es nada —logré decir, todavía tratando de recuperar el aliento.

—No es nada. No sabe cuánto nos ha ayudado. —Empujó su silla para sentarse frente a mí.

—¿Está *seguro* de que se encuentra bien? Parece que acaba de correr un maratón.

—Bueno... eso no está tan lejos de la verdad. Corrí hasta aquí.

—¿Por qué haría algo así?

—Es... complicado. —Mirándola ahora, podía ver a lo que Mason se refería: era obvio lo limitados que eran sus movimientos. Me sentía terrible por haberla hecho bajar hasta la puerta para abrirme, pero parecía el tipo de mujer a la que no se le podía decir que no. En ese sentido, me recordaba a mi propia madre.

—De acuerdo —dijo, y tomó mi vaso—. Le traeré más agua.

—Oh, yo puedo...

—No, usted siéntese. Parece que está a punto de desmayarse. Yo puedo traerle el agua.

Se impulsó hacia la cocina y yo me quedé en el sofá. Un reloj hacía tictac suavemente en la pared. Lo miré fijamente, repasando lentamente lo que había hecho. Un sentimiento de vergüenza había comenzado a extenderse por mi cuerpo, como la presión del agua profunda. No quería tener que decidir entre mi familia y Mason. Era ridículo que tuviera que hacerlo.

—Siempre está trabajando tan duro —dijo la señora Arkentooth desde la cocina—. Sé que es muy difícil para él. Mason ha tenido que cuidar de esta familia desde que su padre falleció. Y mi condición solo empeoró las cosas. Ha sacrificado tanto por la familia. Sé que lo daría todo por nosotros, y eso me preocupa. Necesita vivir su propia vida también.

Sentí una dolorosa opresión alrededor de mi corazón. —Lo entiendo —dije—. La familia lo es todo. Yo haría cualquier cosa por la mía.

—¡Sí! —Volvió a la sala de estar y me entregó el vaso de agua rellenado—. Por eso he estado intentando durante tanto tiempo convencer a Mason de la importancia de formar la suya propia, de mirar hacia el futuro. El chico necesita salir y conocer a alguien. Una pareja se convierte en tu familia, después de todo.

—Así es —dije, atónito.

—En fin, por eso estoy tan agradecida de que le haya dado la oportunidad de trabajar, señor Luna. Siempre será confiable para usted, se lo prometo.

Parecía preocupada, y de repente me di cuenta de que debía haber pensado que había venido a dar malas noticias.

—Señora Arkentooth... quiero decir, Eliza... por favor. Escuche... Debe pensar que estoy aquí para hablar con Mason sobre su trabajo, pero la verdad es... Bueno, la verdad es que no hay ningún trabajo.

—Oh —dijo, pareciendo abatida.

—No, no. Lo que quiero decir es que Mason... Él y yo...

En ese momento, la cerradura de la puerta principal giró. Ambos miramos hacia allí mientras la puerta se abría y Mason entraba, con bolsas de comestibles colgando de sus brazos.

—Mamá, ya estoy en casa...

En el momento en que me vio, perdió el agarre de una de las bolsas y cayó al suelo, enviando naranjas y patatas rodando por el piso. Me levanté y me dirigí hacia él. No pude contenerme. Había querido verlo y abrazarlo tan desesperadamente que todo simplemente salió. Lo rodeé con mis brazos, apretándolo fuertemente contra mi cuerpo. Se quedó allí en silencio atónito por un momento antes de bajar la otra bolsa al suelo y devolver lentamente mi abrazo.

—¿Qué estás haciendo aquí, idiota? —preguntó suavemente.

Tomé su rostro entre mis manos y lo besé.

—Oh —escuché decir a la señora Arkentooth.

—Necesitaba verte —le susurré—. No más reuniones secretas.

Levantó una ceja hacia mí, y la señora Arkentooth se aclaró la garganta.

—¿Alguien puede explicarme qué está pasando? —dijo.

—Lo siento, mamá. Sé que es inesperado, pero, bueno, Christophe y yo estamos juntos. —Me lanzó una mirada interrogante.

—Estamos juntos —dije, tomando su mano.

—Todo esto es tan repentino —dijo ella, pareciendo sorprendida. Si no hubiera estado ya sentada, me habría preocupado por su seguridad—. Una sorpresa. Una agradable sorpresa. Pero tan repentina.

—Hay mucho que explicar —dijo Mason. Me lanzó otra mirada, y supe exactamente lo que significaba. *Déjame hablar a mí*. Le di un leve asentimiento. Contarle exactamente cómo nos habíamos conocido probablemente no sería la idea más sabia.

Nos sentamos en el sofá.

—Mamá, ¿alguna vez has oído hablar de algo llamado marca de pareja destinada?

MASON



Christophe y yo caminamos por la calle hacia un parque cercano, donde nos sentamos a ver a un grupo de niños perseguirse unos a otros en su forma de lobo. Todavía estaba un poco impactado por el hecho de que Christophe se hubiera presentado en el apartamento y ansioso por saber por qué, especialmente después de la conversación que habíamos tenido la noche anterior.

—¿Qué está pasando, Christophe? —pregunté—. ¿Ya no hay más reuniones secretas?

—Les conté a mis padres sobre nosotros —dijo.

Mi estómago dio un vuelco. —¿Lo hiciste? ¿Qué pasó?

Una llama de expectación emocionada se encendió dentro de mí. Si Christophe había venido aquí y le había dicho a mamá que estábamos juntos, entonces tal vez, de alguna manera...

Negó con la cabeza. —Mis padres no entienden lo que compartimos.

Me encogí, desinflado. —Ya veo.

—No entienden lo que *significa* que nos hayamos encontrado. La importancia que tiene.

—No —dije—. Supongo que no podemos esperar que lo entiendan. No es algo que tenga sentido para nadie, a menos que lo sintieran ellos mismos. ¿Qué significa esto para nosotros? —Temía cuál sería su respuesta.

—Mis padres pueden decidir qué pasará con el clan. O Arthur toma el control como segundo hijo mayor, o tal vez...

Agarré su brazo. —Espera. ¿No me estás diciendo que planeas dejar a tu familia?

—Si eso es lo que debo hacer, lo haré. Por primera vez en mi vida hoy, me alejé de las órdenes de mis padres. Saben que voy en serio.

—No puedes hablar en serio.

—Lo estoy —dijo, frunciendo el ceño—. Por supuesto que lo estoy.

Dijo esto, pero pude ver el conflicto en sus ojos. —Entiendo lo importante que es la familia para ti, Christophe. Nunca podría esperar eso de ti.

—¿Crees que somos compañeros destinados? —preguntó.

—Sí —dije enfáticamente—. No creo haber estado tan seguro de algo en mi vida. Creo que lo he sabido desde el principio.

—Entonces eso significa que tú eres mi familia. Tú y yo y nuestros hijos.

—Nuestros hijos —repetí. Me sentí hormigear solo de decirlo.

—Sí —dijo—. Y mientras estemos juntos, eso es lo que me importa. Ese es el futuro.

Contuve las lágrimas. La disposición de Christophe a sacrificar todo lo que más le importaba solo por mí me tenía abrumado. Todo sobre nosotros me tenía abrumado, como si no se sintiera real. Nunca había estado enamorado de alguien hasta ahora, hasta él. Ese amor me hacía querer huir con él para siempre, pero también me hacía pausar. Sonreí y tomé la mano de Christophe. — Lo siento —dije.

—¿Por qué?

—Porque es mi culpa que estés en esta situación de mierda. Si solo hubiera mantenido la boca cerrada sobre reunarnos en secreto... Mira, preferiría seguir manteniendo nuestra relación en secreto que forzarte a tomar una decisión tan jodida.

—Oh, Mason. No, no. Tenías toda la razón. Mi compañero nunca debería ser un secreto. Fue completamente injusto y egoísta de mi parte pedirte eso.

—Y es injusto y egoísta de mi parte que te veas obligado a renunciar a algo tan importante.

—¿Qué quieres que haga, entonces?

—No abandones a tu clan, Christophe. Necesitan a un hombre como tú para guiarlos. El tipo de hombre que da segundas oportunidades y ve lo mejor en los demás.

Me miró con esos ojos rubí suyos, la chispa de llama en ellos brillando con intensidad. Pude ver que intentaba pensar en una solución para esto y se quedaba sin ideas. Pude ver la tristeza parpadeante allí, y ese anhelo. Esa misma mirada de anhelo que había visto por primera vez hace poco más de una semana. ¿Realmente nos conocíamos desde hace tan poco tiempo? Había algo en Christophe que se sentía como si lo hubiera conocido toda mi vida.

—Si tengo que estar contigo en secreto, entonces viviré con eso.

Cuando regresamos al apartamento, Jennifer había vuelto de la escuela, y al cruzar la puerta principal me señaló con el dedo y gritó con una enorme sonrisa en la cara:

—¡Sabía que tenías algo con él!

Preparamos la cena y después de comer nos sentamos en la sala para explicarle la situación a ella y a mamá. Christophe estaba obviamente disgustado con todo el asunto, y yo también estaba molesto, especialmente porque entendía lo doloroso que debía haber sido para él darle la espalda a sus padres, pero sabía que él se daba cuenta de que tenía que volver. Si yo tenía que permanecer en las sombras, podría lidiar con eso, incluso si él se veía obligado a tomar abiertamente una pareja de alta cuna. Éramos compañeros destinados. Nada podría cambiar eso jamás.

Christophe se quedó a dormir en nuestro apartamento, y después de asegurarme de que Jennifer y mamá se habían ido a la cama, apagué la luz y cerré con llave la puerta de mi habitación. Nuestros labios se encontraron y nuestras manos exploraron en la oscuridad, trazando y encontrando la excitación del otro. Mordí mi almohada, haciendo lo mejor que pude para ahogar mis gritos mientras él embestía profundamente dentro de mí, nuestros cuerpos moviéndose juntos, piel húmeda contra piel mientras los dedos se entrelazaban y los labios dejaban besos desesperados. Esta vez no me dijo que iba a correrse, pero pude oírlo en su respiración y sentirlo en la forma en que su miembro se hinchaba y me llenaba, dejándome lleno de su calidez.

Así es como tendríamos que hacer las cosas. Siempre en la oscuridad, dos mundos siempre separados.

Pero al menos estábamos juntos.

—Christophe —murmuré en su oído mientras yacíamos en los brazos del otro. Era la primera vez que estábamos juntos en la cama, y la primera vez que nos íbamos a dormir juntos.

—Mason.

—Problema.

—¿Hm?

—Creo que me acabo de enamorar de ti.

Lo oí exhalar una suave risa, y me apretó más fuerte entre sus brazos. —No tienes idea de lo perdidamente enamorado que estoy de ti.

* * *

Durante los meses siguientes, Christophe organizó discretamente una nueva casa para mí, mamá y Jennifer. Él quería conseguirme mi propio lugar, y una casa separada para mamá y Jennifer en un vecindario de alta alcurnia, pero me negué e insistí en una mejora "modesta". Modesta para él, pero para mí era un lujo y ya me hacía sentir incómodo. Conocer a Christophe me había ayudado a aceptar mis prejuicios contra la riqueza de los de alta cuna, pero sabía que él era una excepción. Dudaba que alguna vez pudiera acostumbrarme a ese mundo. Con las finanzas a cargo de Christophe, nuestra familia finalmente pudo liberarse del Clan Blood Gulch y pasó a estar patrocinada extraoficialmente por los Crescent Moons. Nada estaba en papel, pero Christophe se aseguró de que estuviéramos cuidados. Aunque ya no teníamos que preocuparnos por el dinero, no me sentía bien dependiendo de Christophe, y decidí inscribirme en una academia comunitaria para estudiar liderazgo y artes jurídicas. Jennifer se transfirió a una prestigiosa pre-academia y destacó.

Sus padres sabían de mí, pero aún se negaban a reconocer oficialmente nuestra relación. A veces era difícil sentir que era un secreto, pero Christophe hacía todo lo posible para que me sintiera cómodo y no como si nuestra relación fuera algo vergonzoso. Incluso sus hermanos hicieron lo posible por darme la bienvenida, aunque podía sentir que eran escépticos. Christophe y yo hicimos todo lo posible por crear algún tipo de normalidad en nuestra relación, a pesar del

secreto.

Dos meses después de habernos mudado a nuestra nueva casa, Christophe organizó que llevara a mamá al norte, a Ursidcomb, el pueblo de cambiaformas osos donde vivían su hermano Vander y su pareja Pell. Los osos eran extremadamente buenos sanadores, y Pell era aparentemente uno de los mejores de la zona.

Me senté solo en el vestíbulo de la clínica, mirando un cuadro de un oso grizzly atrapando un salmón en un río. Ursidcomb era un pequeño pueblo rodeado de un denso bosque, y todos los edificios estaban contruidos de madera y olían a pino fresco. Probablemente era el lugar más relajante en el que había estado jamás.

Mamá estaba dentro siendo examinada. La puerta principal se abrió, y me puse de pie cuando reconocí a Vander.

—Es un gusto conocerte finalmente, Mason —dijo Vander, estrechando mi mano. Su vientre estaba hinchado por el embarazo.

—Lo mismo digo, Vander —respondí, y señalé su estómago embarazado—. Felicidades. ¿Cuánto tiempo te queda?

Sonrió. —Ya no falta mucho. Un mes, como máximo.

—Eso es genial. Me alegro por ti.

—Gracias —dijo—. ¿Tú y Christophe están intentando...?

Mi cara se puso roja. —Eh, umm...

—No es asunto mío —dijo—. Lo siento.

—No, está bien. Sabes, nunca hemos hablado realmente de eso, pero creo que no hay nada que realmente necesitemos decir. Sé que a ambos nos encantaría que sucediera. Es solo que es difícil...

Asintió. —Lamento que ustedes tengan que pasar por toda esa mierda con mis padres. No es justo. Son tercos.

—Entiendo —dije—. No es como si Christophe y yo nos hubiéramos conocido en las mejores circunstancias. No puedo esperar que ellos, o cualquier otra persona, entiendan lo que hay entre nosotros. Soy quien soy, e hice las cosas que hice. Tengo que vivir con eso.

—No conozco tu pasado —dijo Vander—. Pero creo que todo eso de noble, plebeyo, lobo, oso... es una mierda. Lo único que importa es quién eres por dentro. Tu calidad. Puede que Christophe sea un imbécil estirado —sin ofender —

—Totalmente lo es.

Ambos nos reímos.

—Pero también es el mejor juez de carácter que conozco. Por eso sé que debes ser un buen tipo. Es una lástima que mis padres se nieguen a entenderlo. Pero está bien, ¿sabes? No pensé que aprobarían que estuviera con Pell. Tuvieron que aceptarlo. Con el tiempo, tendrán que enfrentarse al hecho de que tú y Christophe están juntos para siempre.

Sus palabras me hicieron sentir cálido por dentro. —Gracias —dije.

La puerta de la sala de examen se abrió, y Pell empujó a mamá en su silla de ruedas. Llevaba una

amplia sonrisa en su rostro, y me animé.

—Bueno —dijo Pell—. Tenemos algunas noticias. Ah, tal vez Eliza, ¿te gustaría decírselo a Mason?

—Sí, doctor. Mason, es tratable —dijo, radiante—. El doctor Darkclaw dice que podré volver a caminar.

Mi boca se abrió de par en par. Corrí hacia mamá y la abracé fuertemente. —¡Eso es increíble! Mamá, no puedo creerlo.

—Tomará varios meses de tratamiento y terapia —dijo Pell—. Pero creo que se puede hacer aquí con nosotros en Ursidcomb.

—Es maravilloso —fue todo lo que pude decir. Estaba abrumado. Mamá me abrazó tan fuerte como pudo, y podía oírla llorar suavemente.

—Siento que hayas tenido que pasar por tanto por mí, Mason —dijo.

—No, mamá. No. Lo haría todo de nuevo sin dudarlo.

CHRISTOPHE



Madre, padre, Arthur y yo nos sentamos alrededor de la mesa del comedor para otro desayuno mayormente silencioso. Desde que Mason y yo nos juntamos, casi todas las comidas habían sido así. Arthur siempre era el primero en terminar y excusarse de la tensa incomodidad, y yo le daba a padre breves actualizaciones sobre el trabajo y los asuntos, pero eso era todo. Todavía estaba demasiado enojado para cualquier otra cosa.

Era ridículo que todavía estuviera viviendo en la mansión Luna. Debería haber estado viviendo con mi pareja y trabajando en formar mi propia familia. Ya no era soltero, aunque mis padres se negaran a reconocerlo.

—Recibimos un desafío del Clan Arctic Falls —dije sin emoción—. Lo resolví pacíficamente.

—Buen trabajo —gruñó padre.

—¿Algo más?

—Nada.

Salí del comedor. Tenía algo de tiempo libre, así que iba a visitar a Mason en su casa. Tenía el lugar para él solo durante el día, ahora que su madre estaba recibiendo atención en Ursidcomb, y hasta ahora había sido sorprendentemente difícil encontrar momentos en los que pudiéramos estar solos en privado. Esos momentos eran preciosos: solo poder hacer cosas normales del hogar

juntos, sin mencionar poder hacer el amor. Todavía nos encontrábamos a menudo en mi lugar en el bosque —era el mejor lugar para estar solos—, pero hacerlo encima de una roca no siempre era lo más cómodo. A veces solo queríamos una cama.

O un sofá.

O una silla.

O una bañera.

Fui a buscar mi chaqueta al guardarropa cuando escuché a madre llamarme.

—¿Christophe?

Me di la vuelta. —¿Sí, madre?

—¿Vas a salir?

—Tengo asuntos que atender —dije. Podría haberle dicho simplemente que iba a ver a Mason, pero prefería mantener a mis padres informados solo de lo necesario sobre todo eso, lo que esencialmente significaba que nunca les decía nada.

—Está bien —dijo. Su expresión típicamente fría parecía suavizada. Me arregló la chaqueta y me quitó una pelusa del hombro.

—¿Qué pasa, madre?

—¿Cómo está Mason? —preguntó.

Fruncí el ceño. Casi nunca preguntaba por él. —Mason está bien. Sigue siendo mi pareja, igual que antes.

—¿Cómo van los tratamientos de su madre?

Suspiré. La única razón por la que ella sabía de eso era porque padre había hecho un gran escándalo por los gastos de curación.

—Están bien —dije—. Y continuará recibéndolos hasta que se recupere por completo.

—No te estoy desafiando, Christophe —dijo—. Solo quiero saber cómo va todo.

—¿Por qué te importa?

—Me importa porque eres mi hijo. Y por extensión... Eso hace que Mason también sea mi hijo. Así que quiero asegurarme de que todo esté bien.

—Está bien —dije, tratando de ocultar mi sorpresa. Madre había mantenido una postura mayormente silenciosa de desaprobación sobre todo el asunto, y yo pensaba que veía a Mason como nada más que un ladrón de clase baja que de alguna manera me había corrompido. Bajé la voz—. ¿De dónde viene esto? Sé que no apruebas a Mason.

—Todavía estoy tratando de entender todo esto. No puedo decir que lo apruebe, pero eso no cambia el hecho de que él es tu pareja. Y... Bueno, nunca te lo dije, pero siempre he estado en desacuerdo con tu padre sobre las marcas de pareja destinada y su opinión sobre el Vidente.

—¿En serio?

—Sí. Verás, Christophe, yo... también nací con una marca.

Ahora no pude ocultarlo. Mi boca se abrió de par en par. —¿Qué? ¿Tú y padre son...?

—Tu padre y yo fuimos emparejados para fortalecer los lazos del clan y la familia, como lo fue tu hermano Loch.

—¿Tuvieron un matrimonio arreglado?

—En cierto modo. Nos conocíamos desde jóvenes.

Procesé esto. —La pata de padre no coincide con tu marca —dije.

Ella negó con la cabeza. —Durante mucho tiempo, estuve convencida de que tal vez había alguien por ahí que sí coincidía. Finalmente me di cuenta de que mis fantasías no eran justas para tu padre, ni lo serían para mis futuros hijos si no estaba completamente comprometida. Así que lo olvidé todo. Lo dejé ir. ¿Y sabes qué pasó?

—¿Qué?

—La marca desapareció. Y seguí adelante, y me enamoré de tu padre. Pero creo que quizás, a él le dolió bastante.

—Por eso no cree en ellas —dije, y madre asintió.

—Así que creo que lo que tú y Mason compartís es especial, a pesar de que él sea de origen humilde. Y he estado haciendo lo que puedo para cambiar la opinión de tu padre al respecto.

—Sabuesos del Infierno, madre —dije suavemente—. Espero... que no hayamos lastimado tu matrimonio con padre.

Ella sonrió y apretó mi brazo. —Como te dije, ya superé todo eso. Si hubiera habido alguien por ahí que coincidiera con mi marca, ya no es mi pareja destinada. Tu padre lo es. Y lo creo completamente.

Asentí, y luego, después de una breve vacilación, abracé a madre. Ambos no estábamos acostumbrados a abrazarnos, y ella devolvió el abrazo, rígida al principio, y luego con más calidez.

—Gracias, madre. No tienes idea de cuánto significa esto para mí. Espero que padre pueda llegar a entendernos igual que tú.

—Algún día —dijo ella.

Conduje hacia la casa de Mason lleno de una increíble ligereza. No había sido consciente del peso que había tenido sobre mis hombros, y tener el apoyo de madre me había aliviado en parte. También me había dado fuerza. No es que hubiera tenido alguna duda sobre nuestra relación, pero la historia de madre me había recordado lo especiales que éramos Mason y yo. Una cosa diferente, y podríamos haber terminado perdiéndonos el uno al otro. Lo más aterrador era que podría haber metido a Mason en la cárcel o algo peor, pero el universo había estado de nuestro lado y nos había unido.

Mason abrió la puerta principal y se abalanzó sobre mí, envolviendo sus piernas alrededor de mi cintura. Lo agarré, lo besé y lo llevé al sofá.

—Alguien está juguetón —dije.

—Tienes toda la razón —sonrió, tirando de mí encima de él. Echó sus brazos alrededor de mi cuello y me besó.

—Te amo —le dije.

—Yo también te amo. Pareces feliz.

Asentí. —Lo estoy. Este día comenzó con buen pie, sorprendentemente.

—Puedo decir lo mismo.

—¿Es así? Cuéntame.

—Mm. Tú primero.

—De acuerdo.

Me tumbé en el sofá y lo rodeé con mis brazos, abrazándolo contra mi pecho, y luego le conté lo que había pasado en la casa. Para mi sorpresa, los ojos de Mason comenzaron a humedecerse, y escondió su rostro en mi axila.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué pasa?

—Eso simplemente... Me hace muy feliz escucharlo —dijo—. Y es perfecto, Christophe. Es tan perfecto para lo que aprendí hoy.

—¿Qué aprendiste?

Me miró, apoyando su barbilla en mi pecho. Sus ojos brillaron y su sonrisa se ensanchó en una amplia mueca. —Vamos a tener un bebé.

Mi mandíbula cayó. —¿Hablas en serio?

—Claro que hablo en serio, tonto. Tú y yo vamos a ser padres. Estoy embarazado, Christophe.

Lo único que pude hacer fue reír. Lo abracé, lo besé y reí.

—Vamos a ser padres —dije asombrado—. Sabuesos del infierno, Mason. Esto es increíble. Es fantástico. Vamos a tener una familia. Los próximos Luna...

—Y con estas noticias sobre tu madre, quizás esto signifique que las cosas van a cambiar. —La esperanza en la voz de Mason me hizo volver a la realidad.

Todavía estábamos viviendo esta vida separada. Madre había cedido, pero Padre seguía tan terco como siempre. No quería criar a un hijo así. Un niño no lo entendería. Sin mencionar que mi hijo, suponiendo que fuera un alfa, sería el siguiente en la línea para heredar el liderazgo del Clan de la Luna Creciente.

Tomé la decisión en mi mente en ese momento de que, sin importar qué, este niño no sería criado como un secreto. Si Padre no nos reconocía, entonces no habría más discusión. Me iría para estar con mi familia.

* * *

Esa noche, me reuní con mis padres en la sala de fumar con una determinación recién forjada. Al igual que cuando les conté sobre Mason y yo, caminé por la habitación y miré los retratos y artefactos ancestrales que cubrían las paredes. Esta vez, sin embargo, no estaba nervioso en absoluto. Los ojos de mis antepasados ya no parecían mirarme con desaprobación, sino con aliento. Con orgullo. Yo era un Luna. Mason era un Luna. Nuestro hijo sería un Luna.

—Madre, Padre, por favor tomen asiento —dije, mientras me sentaba en uno de los sillones de cuero—. Tengo una noticia maravillosa para darles a ambos, y espero que puedan compartir mi felicidad y emoción.

Algo brilló en los ojos de Madre. Padre tenía el rostro pétreo y juntó las manos sobre su estómago.

—Continúa —dijo.

—Mason está embarazado. Voy a tener un hijo.

—¡Christophe, eso es fantástico! —dijo Madre.

Padre exhaló un largo suspiro.

—¿Basch? ¿No vas a decirle nada a tu hijo?

—No hay nada que decir.

—¡Basch!

Levanté la mano.

—Está bien. Padre, esto ya no está en tus manos. No decidirás el destino de mi hijo. Si decides ser parte de la vida de tu nieto es tu decisión. Pero mi hijo será criado como un Luna. Y yo estaré con Mason. El clan puede esperar mi liderazgo una vez que hayas fallecido, o Arthur puede tomar el relevo como siguiente en la línea, no me importa. Siempre me has dicho que la familia es lo primero, así que voy a estar con mi familia, sin importar qué.

Padre apartó la mirada. Por muy preparado que estuviera, aún dolía. En silencio, me levanté y salí de la sala de fumar.

Madre me siguió.

—Christophe —dijo.

—Lo siento, Madre. He tomado mi decisión esta vez. No hay vuelta atrás.

—Lo sé. Haz lo que debas. Te dije que estaba trabajando en él, y seguiré haciéndolo. Cuando llegue el bebé, por favor no te olvides de nosotros.

Me ablandé y tomé la mano de mi madre.

—No lo haré —dije—. Siempre estaré en contacto contigo. No estoy excluyendo a nadie. Solo necesito estar ahí para Mason de ahora en adelante.

Ella asintió.

—Continúa con tus deberes para el clan. Nada cambiará. Sigues siendo el líder, me aseguraré de ello.

Le di un abrazo a mi madre y me fui. Mientras bajaba las escaleras hacia el coche, una parte de mí se preguntaba si hoy podría ser mi último día viviendo en la mansión Luna.

Mason estaba solo en la casa y me recibió con un fuerte abrazo. No hacían falta palabras; podía leer en mi rostro que no había ido bien.

—Jennifer fue a visitar a mamá en Ursidcomb por el fin de semana —me dijo—. Entonces... ¿te mudarás?

—Espero que no te importe —dije, sonriendo.

—Oye. Tú pagaste por el lugar. —Sonrió—. Puedes hacer lo que quieras. ¿Tienes hambre?

—Mucha.

Fue a la cocina y lo seguí.

—Tengo algunas sobras en el refrigerador, puedo...

Agarré su muñeca y lo hice girar para que me mirara de frente. —No, tengo hambre de otra cosa.

Sus ojos brillaron y una sonrisa se dibujó en sus labios. Lo empujé contra la nevera, sujetando sus muñecas por encima de su cabeza con una mano, y le mordí suavemente el cuello. Gimió en mi oído y se retorció contra mí, y mientras besaba su cuello hasta llegar a sus labios, bajé mi mano libre y agarré su bulto cada vez más duro. Luego lo di la vuelta, soltando sus brazos para poder quitarle los pantalones. Empujó su trasero hacia atrás, frotándolo ansiosamente contra mí. Yo estaba duro, y me saqué el miembro. Sin demora, lo coloqué en su entrada y lo penetré.

Gritó y se presionó contra mí, tomándose completamente dentro. Agarré su cintura y embestí profundamente, llegando hasta el fondo. Después de follarlo así, lo saqué, lo hice girar de nuevo y lo levanté. Rodeó mis caderas con sus piernas y lo llevé hasta la mesa del comedor, donde lo recosté. Levantó las piernas para abrirse más para mí, y agarré mi polla para penetrarlo de esa manera también. La mesa crujía ruidosamente bajo nuestro ritmo, y el miembro de Mason rebotaba con cada empuje. Bajé la mano y lo rodeé con mi puño, comenzando a masturbarlo al compás de mis movimientos.

—¡Joder! —gimió, y lo sentí apretarse a mi alrededor—. Justo así. Justo *así*. ¡Ohh, mierda!

Podía sentir los espasmos de su inminente clímax ondulando a mi alrededor como olas en el mar, atrayendo mi propio orgasmo como la marea. El miembro de Mason se flexionó, y gruesos chorros de semen se derramaron sobre mi mano. Yo también me corrí, moviendo lentamente mis caderas y permitiendo que su estrechez exprimiera hasta la última gota de mí. Me retiré de él y luego me incliné para besarlo.

Se oyó un fuerte chasquido cuando las cuatro patas de la mesa se rompieron y cedieron. La mesa se desplomó en el suelo y, en el último momento, Mason extendió los brazos y me agarró mientras envolvía mis caderas con sus piernas. Me quedé allí con Mason pegado a mi frente, mirándonos con los ojos muy abiertos. Él miró por encima de su hombro la mesa destrozada, y ambos empezamos a reír.

La madre de Mason fue dada de alta de la clínica de Pell un mes después, poco después de que naciera la niña de Vander y Pell. Vivir junto a Mason, su madre y su hermana fue un cambio grande, pero bienvenido, en mi vida. Viniendo de mi hogar, me llevó un tiempo acostumbrarme a la nueva dinámica. No podía evitar ser demasiado formal con la señora Arkentooth, a pesar de sus insistencias para que fuera más casual. Exigía que la llamara por su nombre de pila, pero eso estaba muy lejos de cómo estaba acostumbrado a tratar a mis mayores, sin mencionar a mi suegra.

Mason continuó en su academia, pero decidió poner sus estudios en pausa a los cinco meses de embarazo para descansar y prepararse. Pell había determinado que íbamos a tener un niño.

El contacto con mis padres había sido limitado, aunque Madre venía de visita cuando podía. Me aferraba a la esperanza de que Padre eventualmente cambiara de opinión. Una buena señal era que no había hecho nada para impedir mi continuo trabajo para el clan, ni había restringido mi acceso a los recursos familiares y del clan. Sin embargo, reconocer oficialmente a mi hijo como heredero de la finca Luna y del Clan de la Luna Creciente era una historia diferente. No tenía idea de qué pasaría después de su nacimiento y cuando alcanzara la mayoría de edad, pero estaba preparado para luchar. Alfa, omega o incluso beta, mi hijo *sería* un Luna de pleno derecho.

Era el comienzo del verano, casi un año y medio después de habernos conocido, cuando tuvimos a nuestro hijo.

A las tres de la mañana, Pell trajo a nuestro niño, Kota Luna, a este mundo. Mientras estaba sentado junto a la cama de Mason y sostenía a mi pequeño en mis brazos, me invadió la sensación más abrumadora de asombro. Mason y yo lo habíamos creado. Era mi hijo, la prueba física de nuestro amor. El resultado del destino, del universo uniendo dos almas en perfecta armonía.

—Hola, Kota —le susurré. Le hice cosquillas en la mejilla y él levantó su diminuta mano y agarró mi pulgar—. Bienvenido a la familia.

Se lo devolví a Mason y besé a mi compañero en la frente. Me sonrió, y pude ver lo exhausto que estaba.

—Deberías dormir —le dije.

—Todavía no —respondió—. He estado trabajando como un loco para sacar a este pequeño, quiero pasar más tiempo con él.

Me reí. —Tendrás años para hacerlo.

—Todavía me cuesta creerlo —dijo Mason, acunando a Kota en sus brazos—. Tenemos un hijo.

Acaricié el cabello de Mason. —Lo sé. Es increíble.

—Honestamente, nunca podría haber imaginado que mi vida resultaría así. Entrar a tu casa resultó ser la mejor decisión que he tomado en mi vida. —Me dio una sonrisa pícara.

—Fue el destino —dije—. Es difícil imaginar cuán vastamente diferente sería mi vida también si no te hubiera conocido. Honestamente, me duele pensarlo. Estaría perdido, probablemente por el resto de mi vida.

Para mi sorpresa, gruesas lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Mason. Kota arrulló y bostezó, soplando una burbuja con su boca.

Rodeé su hombro con mi brazo y lo abracé contra mi pecho.

—Mason, ¿qué pasa?

Negó con la cabeza.

—Es solo lo que dijiste. Pensar en que te perdiste... que te lastimaron... No puedo soportarlo. Maldición, ¿desde cuándo me volví tan emocional?

Limpié las lágrimas de sus mejillas y lo besé, luego besé a Kota en la frente.

—Eso solo hace que donde estamos ahora sea mucho más especial e increíble. Todo estaba en contra de que nos encontráramos, hasta el final, pero aun así lo hicimos. Aun así nos conocimos y nos enamoramos. Nunca daré por sentado lo que tenemos, jamás.

—Te amo —dijo. Cuando sonrió, unas cuantas lágrimas plateadas más se deslizaron por sus mejillas.

MASON



Debería haber estado más nervioso por conocer a los padres de Christophe de lo que estaba, pero estaba demasiado preocupado por asegurarme de que Kota estuviera cómodo como para pensar en otra cosa. Me senté en el sofá y lo acuné en mis brazos mientras le susurraba palabras de bebé y le hacía cosquillas en la barbilla. Mamá se había llevado a Jennifer y a sus amigas de la escuela a nadar, así que teníamos la casa para nosotros solos.

Christophe estaba más nervioso de lo que jamás lo había visto. Mantenía un rostro serio e insistía en que estaba bien, pero no dejaba de dar vueltas por la habitación, sentándose ocasionalmente en una silla solo para moverse al sofá, y luego volver a otra silla de nuevo.

—¿Qué, estás probando todos los muebles? —dije—. Tranquilízate, ¿eh?

Asintió y se sentó de nuevo en el sofá. —Lo siento.

—Todo saldrá bien —dije—. No importa lo que pase. Estaremos bien.

Me respondió con una sonrisa distraída y luego se mordió una uña.

Me acerqué y me senté a su lado. —¿Quieres sostener a Kota?

—Sí. —Tomó a Kota de mis brazos y lo meció suavemente. Kota gorjeó y extendió sus manitas

hacia la cara de su padre—. Hola —dijo Christophe—. ¿Listo para conocer a la abuela y al abuelo?

Kota eructó y soltó una risita. Christophe se rió y lo besó en la cabeza, y Kota levantó la mano y le dio palmaditas en la mejilla.

Sonó el timbre. Christophe se enderezó. —Yo abro —dije.

—No, yo debería saludarlos primero —dijo. Me devolvió a Kota, se alisó la camisa y fue a la puerta y la abrió—. Hola, madre. Hola, padre —dijo Christophe—. Bienvenidos. Por favor, pasen.

Ahora sí estaba nervioso.

La señora Luna le dio un abrazo a Christophe y luego se acercó a mí. —Felicidades, Mason —dijo, y me sorprendí cuando se acercó para besarme en la mejilla. Sus ojos se dirigieron al pequeño bulto que acunaba en mis brazos y se iluminaron de alegría—. Y este debe ser Kota.

—¿Le gustaría sostenerlo, Stella? —pregunté, y le pasé a Kota—. Mira, cariño. Es la abuela.

Kota miró hacia arriba con ojos grandes, y la señora Luna le sonrió radiante. —Estoy orgullosa de ustedes dos —dijo—. Lo han hecho muy bien.

—Padre —dijo Christophe, y después de un momento de duda, extendió su mano. El señor Luna la tomó y la estrechó. La señora Luna y yo observamos tensos.

—Christophe. ¿Has estado bien?

—Sí, padre. Lo he estado. ¿Le gustaría conocer a su nieto?

La señora Luna se acercó a él con Kota, y cuando la mirada del señor Luna se posó en el pequeño rostro de su nieto, vi cómo cambiaba su expresión.

—Oh —dijo suavemente.

—Tómalo —dijo la señora Luna—. Sostén a Kota.

El señor Luna lo tomó en sus brazos, y una sonrisa se extendió lentamente por sus labios. —Me recuerda a ti, cuando eras un bebé —dijo—. Los mismos ojos. Va a ser fuerte, puedo notarlo.

Christophe asintió y, con cierta vacilación, extendió la mano y la puso en la espalda de su padre. —Yo también lo creo —dijo—. Puedo sentirlo.

—Eres el futuro de nuestra familia, pequeño —dijo el señor Luna a Kota—. Espero que estés a la altura del desafío.

Pude ver el alivio brillando en los ojos de Christophe.

—Qué precioso —dijo la señora Luna—. Mira, se está riendo.

Kota soltó una risita y extendió sus manitas hacia el señor Luna.

—Está feliz de conocer a su abuelo —dije.

El Sr. Luna le pasó Kota a Christophe y se acercó a mí. Me enderecé y le ofrecí mi mano.

Jamás antes me había importado mostrar respeto a alguien que no se lo hubiera ganado, especialmente a alguien de clase alta, pero las cosas habían cambiado. Yo nunca podría ser de clase alta, ni siquiera como pareja de Christophe. Ser de clase alta era más que solo dinero, era toda una vida de crianza que yo no tenía. Pero como alguien que ahora vivía en el límite de ambos mundos, iba a hacer mi mejor esfuerzo por aprender, por ser un embajador. Y eso empezaba aquí.

El Sr. Luna me miró de arriba abajo con una mirada intensa y penetrante, como si estuviera observando directamente mi carácter. Le devolví la mirada con firmeza, decidido. Ya no era el mismo hombre que una vez había intentado robar en su casa.

Extendió la mano y tomó la mía. Su apretón fue firme. No me dijo nada, solo estrechó mi mano, pero estaba bien con eso. Podía sentir receptividad en su saludo, una apertura para ver mi valor. Y estaba listo para probarme, para demostrar que era digno de ser parte de esta familia.

Christophe se acercó a mí, y deslicé mi brazo alrededor de su cintura y le di un beso. Kota arrulló y se rio, y le sonreí antes de besarle en sus diminutas manos.

Christophe me había dicho que todos tenían un destino, y ahora lo creía. El destino nos había unido, y ahora avanzaríamos juntos como uno solo. Este era el comienzo de nuestras vidas juntos, el comienzo de nuestra nueva familia.

El comienzo de un nuevo destino.

EPÍLOGO



CHRISTOPHE

Observaba a Kota jugar con su rompecabezas, sus ojos intensamente enfocados en el pequeño dispositivo en forma de cubo que su tía Jennifer le había regalado. A los cinco años, Kota era un poco más pequeño que sus compañeros de clase, incluso para un omega, pero lo que le faltaba en tamaño lo compensaba con ingenio e inteligencia. Estaba muy por delante de sus compañeros en lo académico.

Miré por la ventana, observando cómo los rascacielos del centro de Wolfheart se iban haciendo menos frecuentes. A medida que nos acercábamos al Viejo Wolfheart, la arquitectura cambiaba, casi como si estuviéramos retrocediendo en el tiempo, y pude ver enormes templos de piedra donde se realizaban todos los antiguos ritos. Me acomodé en el asiento y sentí que Mason me tomaba la mano. Lo miré y sonreí. Kota se rio y nos mostró el rompecabezas.

—¡Papá, Papi, lo terminé!

—¡Buen trabajo, Kota! —dijo Mason—. Ese era difícil, ¿verdad?

—No tanto.

El coche giró por el camino de acceso privado y el templo se hizo aún más cercano. Desde que mi padre me había cedido el liderazgo del clan hace dos años, el número de mis visitas al templo había aumentado enormemente, ya que se requería mi presencia en varias ceremonias. Hoy estábamos aquí por Kota, para escuchar los ritos del Oráculo.

Un año después de que asumiera el liderazgo de los Crescent Moons, Mason se había graduado de su academia, y este año había iniciado una organización para los barrios de clase baja para monitorear y ayudar a aquellos que habían sido aprovechados por clanes depredadores como los Blood Gulch. Jennifer se había graduado de la pre-academia y estaba en su segundo año en el programa de la Escuela de Tecnología de Cambio de la Academia Dawn. Era una de las pocas estudiantes de clase baja de la escuela, lo que había resultado en un trato injusto por parte de los instructores e incluso algunas peleas físicas con otros estudiantes, todas las cuales había ganado. Había tenido que intervenir algunas veces en su nombre, pero estaba claro por sus notas que ella pertenecía allí tanto como cualquier otro. Y con las técnicas avanzadas de curación de los osos, la señora Arkentooth se había recuperado completamente, salvo por una leve rigidez en las articulaciones por las mañanas. El año pasado, decidió participar en competencias de maratón de cambio de forma, donde corría por kilómetros en forma de lobo alrededor de la ciudad.

El coche entró en el estacionamiento del templo, y Stephen bajó la ventana divisoria. —Hemos llegado, señor —dijo.

—Gracias, Stephen.

Nos abrió la puerta, y desabroché a mi hijo de su asiento de seguridad. Tomó la mano de Mason y la mía, y los tres caminamos hacia la gigantesca puerta del templo. Kota estiró el cuello para mirar los enormes lobos de piedra que se sentaban a ambos lados de la entrada, con la boca abierta de asombro.

Dentro, el aire estaba brumoso por el humo, y me recibió ese familiar aroma a incienso de pino y cera de vela. Sentí que la pequeña mano de Kota apretaba la mía.

—¿Qué va a hacer el Oráculo, papá? —preguntó—. ¿Qué va a decir?

—Va a mirar en tu futuro.

—¿El futuro?

Me agaché y le apreté el hombro. —¿Tienes miedo?

Negó con la cabeza, pero pude ver que sí lo tenía. —¿Qué te dijo a ti, papá?

Le sonreí. —Me habló de ti.

Los ojos de Kota brillaron y sonrió ampliamente.

—¿Listo? —preguntó Mason.

—Sí —dijo Kota.

Caminamos juntos, de la mano, hacia el velo de humo que contenía el misterio del futuro.

¿Quieres más de Christophe y Mason?

¡Descarga un capítulo extra GRATIS, *La Cita*! Sigue avanzando hasta el final del libro para encontrar el enlace de descarga.

Y si disfrutaste *Marcado para el Omega*, **por favor considera dejar una calificación o reseña**. ¡Toda muestra de apoyo positivo es de gran ayuda para los autores! Puedes acceder fácilmente a la página del producto escaneando el código QR con tu teléfono o haciendo clic [aquí](#).



MANTENTE EN CONTACTO CON ASHE

Mantente al día con las ofertas y los nuevos lanzamientos suscribiéndote al boletín personal de Ashe Moon [AQUÍ](#), o escanea el código QR de abajo con la cámara de tu teléfono.



* * *

Si buscas algo más personal, ¡también puedes unirme a mi grupo privado de Facebook, [Ashe Moon's Ashetronauts!](#) Es principalmente un grupo de habla inglesa, pero todos son bienvenidos y estaremos encantados de tenerte. ¡Haz clic en el enlace o escanea el código QR de abajo con la cámara de tu teléfono!



Mi grupo es un espacio seguro para charlar conmigo y con otros lectores, y donde también realizo sorteos exclusivos y anuncios especiales. ¡Espero verte allí!



SIGUIENTE EN LA SERIE...



[Haz clic aquí para leer Atado al Omega](#)

El alfa Arthur Luna ha jurado mantenerse alejado de todos los hombres. Hace trece años, a pesar de estar profundamente enamorados, su mejor amigo fue obligado a casarse con otro alfa. Decidido a no volver a sufrir una decepción amorosa, Arthur no tiene planes de establecerse... hasta que descubre que Perry ha vuelto al pueblo.

Perry Houndfang maldice su matrimonio arreglado. No solo dejó atrás Wolfheart hace todos esos años, también dejó al amor de su vida. Con un marido infiel y despreciable pisándole los talones y una hija de tres años a la que proteger, Perry regresa a Wolfheart buscando refugio, pero no esperaba encontrarse con Arthur de nuevo. Pronto queda claro que el destino los había destinado a estar juntos, pero Perry sigue atado a otro. Para recuperar a su amor, Arthur deberá vencer al

marido de Perry en una peligrosa carrera de motocicletas entre lobos alfa, donde el vencedor se lo lleva todo.

La historia de Loch - *Casado con el Omega*

La historia de Vander - *Doctor del Omega*

La historia de Arthur - *Atado al Omega*

[Haz clic aquí](#) para suscribirte a mi lista de correo y recibir "*La Cita*", el **capítulo extra GRATUITO** de *Marcado para el Omega*!

